



¿EL CRIMEN PERFECTO?

Angel Negro

Novela de Angel Rodríguez Kauth

TopiA

Dedicatoria de su autor Angel Rodríguez Kauth

A mi dedo índice de la mano derecha,

único dedo que puedo utilizar

para golpear el teclado del procesador.

Gracias a él pude escribir este libro

y, en consecuencia,

le debo el homenaje que se merece.

PERSONAJES

Luis: protagonista.

Alberto: marido de Magdalena.

Alfredo: ordenanza de Luis en la empresa.

Cacho y Tomás: dos primos.

Carlos: amigo y compañero de estudios.

Claudia: prima de Lucas.

Cristina: prima de Luis, despreciada.

El “Flaco” Cruz: soldado-bioquímico.

El “Gordo del Perro”: colimba lame bolas de su Coronel.

Esteban: el dueño de la empresa.

Gil: Teniente Coronel.

Jorge: colega de Luis.

Josefina: maestra de quinto.

Lucas Zárate: el papá.

Lucía: novia y esposa de Luis.

Luisa: la mamá.

Magdalena: diseñadora.

Peralta: un sargento que lo tenía entre ojos.

Principal Rojo: encargado de la mesa de entradas.

Roberto: amigo en la Facultad.

Rosita: primer metejón de Luis.

Vallejo: el hijo de puta del suboficial principal.

PREFACIO

La historia de Luis puede haber sido la historia de cualquiera de los lectores, aunque sinceramente espero que así no sea. El relato de su vida nos lo va a mostrar como un muchacho extravagante, extraño, debido a que no era semejante o totalmente parecido a las personas de su edad. Mientras que la generalidad de los chicos preferían jugar con otros pibes, Luis se nos va a presentar como un muchacho que ni bien aprendió a leer y escribir asumió a la lectura como un vicio indispensable para su vida, lo cual no significa que él jugara al igual que los chicos de su edad... aunque bastante menos.

Pero tampoco debe llamarnos mucho la atención la forma de ser de Luis, casi seguramente los lectores encontrarán en las fantasías, los episodios y las conductas de él algunas semejanzas con las de algunos conocidos... por no decir, hipócritamente, consigo mismos.

Lo mejor es que dejemos aquí cuestiones psicológicas para describir las conductas de Luis, o de cualquiera, de nosotros. Y, sin más vueltas, pasemos a recorrer los vericuetos e intrínquilis que rodean a nuestro personaje de ficción... aunque sea más real de lo que imaginamos.

CAPÍTULO 1

LAS LECTURAS DE LUIS

Luis había sido durante parte de sus primeros diez años -y también durante los siguientes- de su vida un incansable y devoto lector y, porqué no decirlo, hasta un excelso devorador de cuantas novelas se le pusieran delante, en especial las del género policial, las de espionaje, las de intriga y las de misterio. En la vivienda de sus padres poseían en la biblioteca de una familia típica de clase media -¿o mediocre?, se preguntaba Luis- la colección completa de las novelas policiales y de misterio de la colección *Rastros* -que era una serie que publicaba la editorial ACME Agency- como así también las inolvidables novelas policiales de la colección del *Séptimo Círculo*, aquella que en alguna oportunidad fuera dirigida por el excepcional escritor Jorge Luis Borges, para la prestigiosa Editorial EMECÉ.

Todas estas lecturas se hallaban mechadas con los excelentes cuentos cortos policiales que publicaba la añeja revista *Leoplán*. Simultáneamente no dejaba de leer a las que consideraba las pésimas novelitas de Mister Reeder, quien era un detective con una inteligencia brillante y que siempre iba acompañado con un infaltable paraguas, al que jamás se supo que hubiera abierto... aunque lloviese a cántaros sobre su cabeza, en Inglaterra. Sin dudas que esto lo hacía el

autor original -Edgar Wallace- para demostrar que su personaje era un tradicional londinense, oriundo de Greenweech para más datos, acostumbrado a aguantar el chorreo del agua de lluvia cayendo constantemente sobre su sombrero bombín y su atildada ropa, cosa que era tan característica de la capital inglesa, aunque verdaderamente a la mayoría de sus habitantes les molesta la lluvia casi constante y que durante días no deja de caer, pero que se la aguantan sin chistar y fingiendo que no les molesta.

Esto de que las colecciones mencionadas eran completas es lo que Luis creía en su ingenuidad juvenil y la falta de talento que aún tenía como para observar que los ejemplares de la biblioteca estaban discontinuados en su numeración, pero esto lo averiguó recién cuando empezó a leer otro tipo de novelas policiales. Así tuvo oportunidad de llegar a conocer a la legendaria Agatha Christie y a su muy famoso detective privado -el belga Hércules Poirot- que aparecía, con su extraña vestimenta, algo descolgado en la sobria y tradicional sociedad británica. Poirot era quien solucionaba y esclarecía todos los crímenes que eran sometidos a su consideración, recurriendo para ello únicamente a sus célebres *células grises*, por lo cual en momento alguno recurría al uso de la violencia física, aunque si hacía uso de la violencia psicológica, tal como lo evidenciaban sus tradicionales reuniones -al final de cada libro de aquella

prolífica autora en que Poirot era el protagonista- con aquellas personas que eran sospechosas de haber cometido el crimen que él estaba tratando de dilucidar.

Algo semejante ocurría con Miss Marple, el personaje femenino de A. Christie, quien era una simpática viejecita pueblerina que residía en la pequeña localidad campestre de St. Mary Mead, pero -en la que pese a su reducido tamaño- habitualmente se producía un crimen o sucedía en las cercanías del poblado. En el mismo ella se entrometía porque la reclamaban y la más de las veces por su olfato, era lo que los argentinos llamaríamos una vieja chismosa. Pero Miss Marple siempre colaboraba decisivamente con las autoridades policiales del lugar para resolver -con la astucia de ella para observar hasta los más mínimos detalles que pudieran haber quedado en la escena donde aquel se produjo- a resolver el crimen que los policías tenían entre manos, pero no entre sus ojos como para ver lo sucedido. Inclusive, algunas veces era llamada por otras viejecillas chismosas de localidades vecinas que conocían sus habilidades detectivescas para ayudar a resolver algún entuerto que se produjo en sus pueblos y, a ese lugar, corría prestamente.

Y, Luis no sabía como, en una oportunidad le llegaron a sus manos las novelas de Raymond Chandler -las que publicaba EMECE- con sus astutos detectives privados Sam Spade, Dashiell Hammet y Phillip Marlowe, los que si

no podían solucionar con inteligencia algún caso que, por lo general una hermosa muchacha les había alcanzado con seducción femenina, entonces los solucionaban a los tiros o a las trompadas limpias, para de tal manera hacer caer en manos de la justicia a los delincuentes que habían planificado su crimen -robo u homicidio- a la perfección, pero no contaban con que alguno de esos investigadores privados interviniera en los mismos y metiera mano en ellos para colaborar en enviarlos a la cárcel.

De más está decir que Luis consumía estas lecturas y todas aquellas que cayeran en sus manos con fruición y lo realizaba en la oportunidad que fuese, sobre todo a la noche, cuando en la casa todos dormían, entonces él aprovechaba para leer todo lo que tuviese al alcance de sus manos. Esto lo hizo desde los 7 u 8 años hasta, inclusive, cuando cursaba en la Facultad; época esta en que debía dedicar más tiempo a los estudios, aunque no por eso dejaba de consumir durante la noche un poco de lectura pasatista, lo que era su máximo placer. Es de hacer notar que Luis no era aficionado a la lectura de los clásicos de la literatura universal, ya que nunca pudo terminar de leer obra alguna, pese a que se había propuesto firmemente hacerlo para no quedar descolocado en sus conocimientos y, sobre todo, ante sus amistades. El Quijote de la Mancha lo comenzó a leer varias veces, pero lo abandonaba otras tantas porque le resultaba aburrido y lo

sentía tremendamente pesado; en cambio sí le había gustado el *Martín Fierro* de Hernández y el *Fausto* de Estanislao del Campo, ésta última lo hizo reír muchísimo. Sí, en cambio lo atrapó un poema clásico español: “Coplas a la muerte de mi padre”, de Jorge Manrique, quizás porque trataba acerca de alguien que quería muchísimo y que -en su fantasía- esperaba que nunca sucediese.

Sin embargo, lo que a finales de la década del '50, como a principios de los '60, en los que estaba cursando los últimos años de la secundaria era el interés por los clásicos, nunca lo pudo concretar, ya que apareció -en su horizonte de ávido lector- el género del espionaje, al que conoció a través de una novela del británico Graham Greene -titulada "El tercer hombre"- y a la que poco después pudo ver en el cine. Dado que esta novela era corta en extensión de páginas, no consideró una pérdida de tiempo ni un despropósito volverla a leer rápidamente. Así lo atraparon las figuras de unos siniestros personajes a los que conoció en esas circunstancias; se trataba de los espías, individuos que en esa oportunidad se movían por los lúgubres espacios de una ciudad -Viena, aquella de los vales de Strauss- lo que le interesó para continuar indagando en esos temas. Sin embargo, con esas lecturas de Greene, apareció en la escena de sus pensamientos la problemática metafísica -la del bien versus el mal- la que se mantendría presente

ante él por el resto de su vida, aunque sin connotación religiosa alguna, como era el caso de Graham Greene, que vivió acosado por la misma.

Poco después accedió a la obra de otro gran escritor británico, como lo es John Le Carré, que nuevamente lo condujo por los intrínquilis de la temática de la intriga que transcurría por los sórdidos ambientes en que se movían los espías durante la Guerra Fría. De éste último autor lo atrapaba que en sus obras se arañan complejas lecturas sociales y políticas en la que sus personajes protagonizan sus acciones, aunque le desagradaba que Le Carré tomara una posición política definida a favor de los pueblos colonizados, pero aún así continuaba leyendo sus obras debido a que sus personajes eran auténticamente humanos y de esa forma a la novela “El hombre que volvió del frío”, literalmente se la devoró en un par de noches, pese a que era un mamotreto editado con letras muy chiquitas.

En cambio, las novelas protagonizadas por el agente 007, las del famoso James Bond que tenía licencia para matar, no lo seducían en absoluto, pese a que fueron el furor de un momento en su Buenos Aires querido y, es muy posible, que el desagrado que le producían las novelas de J: Bond, como también sus películas, quizás fuera por el exceso de violencia y de sexo -casi explícito- que aparecían en ellas.

Muchos de sus amigos le decían insistentemente a Luis que se le iban a quemar las células del cerebro de tanto leer, esto se lo decían porque él, muchas veces, no los acompañaba a jugar al fútbol o a salir a patear tachos de basura por unas cuadras más lejos del lugar donde vivían, esto último los divertía mientras lo hacían a las risotadas. Y no es que a Luis le desagradaran esos entretenimientos, simplemente ocurría que él prefería la lectura; eso era algo que lo satisfacía más, era algo que lo hacía transportarse a lugares remotos que pensaba que alguna vez los llegaría a conocer, cuando pudiese viajar a Europa.

De la ávida lectura de todas aquellas novelas policiales -e inclusive de las de espionaje, aunque estas últimas en menor medida- sacó en conclusión que en ellas todos los crímenes pretendían ser perfectos, aunque en definitiva, eran resueltos ya sea por la policía, o por detectives privados, por algunos aficionados, o por mero azar. Así fue como Luis aprendió que en todo crimen quedaba presente una huella del autor o de los autores del hecho. En consecuencia, por eso dedujo que para que un crimen fuese perfecto -ya lo pensaba como un homicidio- era preciso no dejar pista, huella o rastro alguno y, sobre todo, que la víctima del delito no tuviese conexión alguna -de cualquier tipo que fuera- con el delincuente. Esto fue algo que Luis siempre tuvo presente, durante varios años,

mientras maquinaba la forma de llevar a cabo un propósito criminal que empezaba a sentir como una necesidad.

De más está decir que Luis tuvo otra manera -simultánea y no contradictoria con la anterior- de introducirse en el hábito de la lectura, lo hizo a través de las revistas de historietas que le compraban alguno de sus padres o le prestaban los pibes del barrio, primero lo hizo con las infantiles como *El Pato Donald* o *El Ratón Mickey*, pero al poco tiempo se interesó más por el autóctono *Patoruzú*, cuyas aventuras las sentía más propias a lo suyo. Eso sí, lo que más le gustaba de éste último eran las venturas y desventuras del “padrino” del indio - Isidoro Cañones- al que admiraba como el tipo más “piola” que él reconocía, aunque no por eso lo tomara como un modelo de identificación, solamente le era útil para divertirse y reírse a carcajadas con las ocurrencias de aquél que aparecían en cada episodio. Un poco más tarde comenzó a leer las viejas y legendarias revistas *El Tony* y *D'Artagnan*, a través de la primera accedió a algunos de los clásicos de la literatura universal compendiados con dibujos y en “cuadritos” que, a fuer de verdad, él sentía que no eran fieles al texto original. Pero verdaderamente estos no le gustaban y prefería *D'artagnan*, ya que las aventuras que publicaban eran más ágiles.

CAPÍTULO 2

LA INFANCIA DE LUIS

Luis había sido un chico que nació en el espacio de una familia de las que se pueden definir como “bien” constituida debido a que contaba con sus dos progenitores, en ella él recibió todo el cariño que le podían brindar sus padres, particularmente su mamá. Ella -Luisa, de ahí el nombre con que bautizaron a su primogénito, sin saber que iba a ser el único que la cigüeña dejaría caer en su casa- era una mujer alta, casi podría decirse que grandota y que normalmente andaba adentro de la casa con un pañuelo que cubría los rulos con los que había sujetado sus cabellos castaños y, además, con un delantal sobre la remera verde -en verano- o con su pulóver gris y viejo en invierno y, cubriéndose las piernas hasta las rodillas con una falda de un azul desteñido. Luis no recordaba haberla visto en alguna oportunidad con pantalones, esto era posiblemente por aquello que decían papá y mamá al unísono “*en casa los pantalones sólo los lleva el hombre*” y que los tres festejaban con risas, aunque Luis no tenía la menor idea de lo que eso significaba, pero él se reía al unísono con ellos para no defraudarlos por lo que sospechaba que era una humorada por parte de ellos.

Luisa se dedicaba solamente a las tareas del cuidado de su hogar aunque, algunas veces -muy pocas, en realidad- preparaba y cocinaba algunas exquisitas

tortas de crema, chocolate y dulce de leche, las que normalmente estaban decoradas con algo que tuviese que ver con el destinatario de las mismas, así como también a veces elaboraba sabrosos bocaditos para una empresa de banquetes, lo cual le permitía ganarse algunos pesitos. A esta firma gastronómica la recomendó una prima hermana de su marido -Claudia Zárate- que mantenía muy buenas relaciones con la familia de Luisito. Ella lo aprovechó para hacer lo que le gustaba y, fundamentalmente, para tener algunos recursos propios en el bolsillo sin depender de lo que le diese su marido, algo que -por otra parte- aquél nunca le escatimó.

Obvio es decir que Luisa, por lo menos dos veces a la semana preparaba aquellas exquisiteces para su hijo y su marido, mientras que en otras oportunidades lo hacía para algunos familiares que festejaban algún acontecimiento al que habían sido invitados los padres de Luisito, pero a los que raramente él concurría, debido a que esas fiestas lo aburrían hasta el hartazgo ya que sólo se hablaban boludeses. Luis consideraba aquellos festejos como inaguantables, a la vez que no mantenía buena onda con sus primos Cacho y Tomás, a los que consideraba unos plomos imbancables debido a que eran muy charlatanes y fanfarrones y que no perdían oportunidad en tomarle el pelo por su afición a la lectura.

Y a esto se agregaba que mucho menos quería compartir algo junto a la estúpida de su prima Cristina -hermana de los dos anteriores- la cual había sido adoptada desde que era un bebé chiquito. El tema de la adopción nunca sus padres adoptivos se lo dijeron a Cristina, ellos temían que la “nena” los llegara a rechazar y no los quisiese más, a la vez que podría salir como loca en búsqueda de sus padres biológicos. Pero Luis, que le tenía bronca a Cristina, sentía unos deseos bárbaros de decirle que ella era una hija adoptada, producto de los deslices de una madre anónima, pero esto Luis no lo hacía ya que tampoco le agradaba aparecer como un “botón” a los ojos de los familiares que sí o sí de alguna forma se iban a enterar de la burrada que cometió. Sin embargo él tenía muchas ganas de contarle a su prima Cristina lo de la original adopción de ella, con el sólo propósito y gusto de ver sufrir a esa idiota de la que decían que era su pariente y a la que consideraba no podía compartir rasgo hereditario alguno con su persona que, según su modesta opinión, era un tipo con muchas luces y que intelectualmente viajaba a varios años luz de ella.

Por su parte el padre de Luis -el cual se llamaba Lucas- era un hombre alto, podría decirse que corpulento debido a que pesaba más de 100 kilos, muy trabajador -se levantaba a las seis de la mañana- y sus tareas las realizaba en el pequeño taller mecánico de autos que tenía y donde laboraba a la mañana y a la

tarde -esto luego de hacer una corta y reparadora siestita- y en el taller sólo era acompañado por dos ayudantes. Lucas era una persona de gestos adustos y firmes y, como corresponde a tales características fisiognómicas, de muy pocas palabras y, como tal, nunca daba marcha atrás con lo que le pudiera haber dicho o advertido alguna vez algo a alguien; esto Luis lo aprendió desde bien chiquito, por lo cual nunca le insistía para que le levantara o dejase sin efecto algún castigo que le había impuesto por una travesura que él hubiese hecho y que el padre consideraba que merecía una reprimenda.

Eso sí, Lucas era un tipo de “sanas costumbres”, como se solía decir por aquellas épocas, ya que nunca bebía nada más que un vasito de vino tinto durante las comidas -aunque algunas veces se daba el gusto de “castigarse” con un aperitivo, aunque siempre lo hacía de manera morigerada- y jamás se excedía con la ingesta de alcohol durante las fiestas familiares, cosa que sí hacían algunos de los participantes en las mismas, en especial dos hermanos de él que se emborrachaban frecuentemente haciendo pasar vergüenza al resto de los parientes. Lucas tampoco fumaba, algo que era muy común en los hombres de su edad que habitualmente tenían una cigarrera de diez cigarrillos llena de puchos y ni mucho menos salía de noche para meterle los cuernos a su mujer. Lucas era un tipo que solamente tenía un vicio secreto, semanalmente le jugaba un par de

pesos a algún numerito que traía el quinielero que pasaba por el taller todos los jueves y, de paso, el quinielero aprovechaba para venderle algunos otros números a los “muchachos” que trabajaban ahí e, incluso, a algún cliente de Lucas que había llevado su auto a reparar y que se tentaban en la ocasión.

Solamente a Lucas se le podía reprochar que en el taller tuvieran colgadas dos almanaques de años anteriores con imágenes de jóvenes muchachas semidesnudas, pero eso él se lo adjudicaba a sus mecánicos -los “muchachos”, como les llamaba, ya que los mecánicos que trabajaban con él eran peronistas- a quienes “*les gusta colgar esas porquerías de las paredes*” y también en esa categorización degradante entraban las dos fotos de Perón y Evita que pegaron “los muchachos” en las paredes junto a las chicas ligeras de ropa. ¡Ojo! Lucas no era antiperonista, pero no le gustaba la presencia de esas fotografías debido a que podían llegar a disgustar a algún cliente y no quería que en su taller se discutiera de política, ya que eso seguramente llevaba a una discusión o una pelea. Tampoco Lucas usaba groserías verbales ni gestuales en el ámbito de su familia, aunque si lo hacía en su taller mecánico cuando alguno de sus ayudantes -o él- cometían alguna imprudencia en los arreglos de los vehículos que les dejaron para sus composturas, con suma confianza, los clientes. Es decir, Lucas era el perfecto padre de familia -casi un tipo de las películas románticas norteamericanas- a la

cual quería y protegía dándole todo aquello que deseaban y que él| estuviese en condiciones de darles.

El hecho de que el padre se llamara Lucas, la madre Luisa y el hijo Luis, dio lugar a que algún chistoso, de aquellos que siempre dicen presente entre todas las parentelas, los bautizaran jocosamente como “la familia Lulú”, apodo que cuando llegó a los oídos de los Zárate -ese era el apellido de Lucas y su hijo- no les hizo mayormente gracia porque no solamente lo consideraban ofensivo sino también ridículo, ya que sonaba a algo así como una mariconada. Pero nunca les hicieron reproches en voz alta a quienes los llamaban así. Más bien preferían acompañar las risas -y hasta risotadas y chanzas por parte de los inaguantables primos Cacho y Tomás que eran los que se lo decían a Luisito- de una manera hipócrita.

Tanto Lucas como Luisa eran personas sobrias, que acostumbraban a usar una vestimenta común, ya sea en el uso doméstico como para salir a la calle, sus ropas para nada eran llamativas ni lujosas. En realidad se trataba de personas frugales en todas sus costumbres cotidianas, las cuales muy raramente se salían de quicio.

Lucas tenía un auto viejo, si se lo consideraba para los años '60, se trataba de un Ford modelo 40 que había comprado usado -eso sí, de primera mano- ya

que el dinero que ganaba nunca le alcanzó como para adquirir un automóvil cero kilómetro, como hubiera deseado. Él, como buen mecánico que era y sabedor de todos los secretos de los autos, lo había dejado perfecto y lo mantenía en hoja, imperecederamente impecable a los ojos de cualquier conocedor de mecánica. Más aún, cuando encontraba que tenía algún rasponcito, inmediatamente se lo llevaba a un chapista amigo que tenía su taller a dos cuadras del de Lucas y que rápidamente le corregía la pintura y se lo dejaba nuevamente como recién salido de una agencia de autos.

En aquél vehículo todos los años, durante las vacaciones de verano, desde que Luis tuvo uso de la memoria, se tomaban una semanita de vacaciones viajando hasta la fresca costa marplatense o a las feas sierras cordobesas, esto lo hacían sin tener desperfecto mecánico alguno en el trayecto, aunque la previsión de su padre -casi obsesiva en cuestiones mecánicas- provocaba que éste cargara en el baúl una caja de herramientas, especial y meticulosamente preparada para cualquier contingencia que pudiera surgir durante la “travesía” -como lo cargaban sus amigos- en previsión de que ocurriese alguna falla en el auto durante el viaje. ¡No fuera a ser que los dejara a pata en medio de la ruta!

Verdaderamente Luis -por entonces conocido como Luisito por familiares, docentes de su escuela y sus compañeritos- disfrutaba de sus

vacaciones junto al mar, ya fuese en Mar del Plata o Miramar, a él le gustaba oír el ruido de las olas rompiendo sus verdes aguas que se convertían mágicamente en blancas -el fenómeno lo entendió cuando se lo explicó su padre diciéndole que era por la salinidad que contiene el agua de mar- contra alguna escollera, a la par que se podía pasar horas en la playa haciendo casitas de arena que rápidamente serían destruidas por la llegada suave de las olas al borde de una arena amarillenta que se extendía -hasta no sabía que lugar- por debajo del agua marina. Nunca llegó a comprender cual era el sitio donde terminaba la tierra firme -como le llamaban en los textos de geografía que había leído- ya que sus límites eran difusos y se corrían de lugar a la luz del sol o en horas de la noche; tampoco entendía porqué se le llamaba tierra firme, ya que en el lugar dónde él estaba parado tenía arenas que iban y volvían con las olas hacia el mar y desde el mismo retornaban con la misma fuerza. Esto se lo preguntaba para sus adentros, puesto que no se animaba a decir en voz alta esas inquietudes intelectuales que podían aparecer como estúpidas para los adultos.

Una vez se insoló durante su vacaciones en Miramar como resultado de haberse quedado mucho tiempo al sol jugando -sobre las cálidas arenas de la playa- al fútbol con otros chicos que disfrutaban de sus vacaciones, al igual que él, en ése plácido lugar. Al regresar al hotel -que quedaba a tres cuadras de la

playa La Perla- y ya bien pasado el mediodía junto a su madre, volaba de fiebre y tenía la cara roja como un tomate maduro. En esa mañana el padre había salido solo para llevar el auto a una estación de servicio para que le cambiaran el aceite, lo lavaran y lo engrasaran ya que Lucas -al estar de vacaciones- no quería tocarlo, salvo que fuese por una emergencia mecánica. Entretanto Luisa se desesperaba porque no sabía que hacer con el chico que gritaba como un marrano -tendido sobre la cama de la habitación- al sólo contacto con las sábanas, ella únicamente atinaba a ponerle paños con agua en la frente mientras esperaba ansiosamente que llegara su marido, al cual puteaba intensamente para su interior por no estar allí para auxiliarla en la urgencia que requería la situación, a la par que se reprochaba por no haber sido capaz de cuidar adecuadamente a su hijo, ya que se la había pasado conversando como una cotorra con otra mujeres en la playa debajo de una sombrilla.

Cuando entró Lucas a la pieza del hotel -la que compartían los tres- no se asustó y lo primero que hizo fue levantar suavemente a su hijo para llevarlo caminando hasta el baño y colocarlo en la bañera, a la que previamente había llenado de agua fría y, sin haber hecho reconvención alguna a su mujer ni al niño, bajó a pedir un médico que, cuando llegó, luego de mirar a Luis adentro de la bañera, les comentó que esto que había ocurrido era de lo más común con los

niños durante las vacaciones y rápidamente le recetó -en letra ilegible- una crema para untarlo cuando lo sacaran del agua y un antifebril. De inmediato Lucas partió a la farmacia más cercana para comprar el medicamento y, en cuanto se lo untó a su hijo éste comenzó a sentir alivio.

Con ese suceso esta vez se terminaron las vacaciones playeras de Luis y sus padres, pero el episodio hizo que el niño sintiera una admiración increíble por su papá, al que consideraba su salvador -algo así como un mago- pero sin hacerle recriminaciones a su mamá por la falta de tino para superar la fea emergencia de la ocasión que se le presentó.

Cuando viajaban a Mar del Plata él y sus padres no solamente iban a la playa juntos, sino que también se daban panzadas comiendo pescado cerca del puerto; a Luis había un pez que le gustaba particularmente y que no se conseguía en Buenos Aires: era el atún recientemente sacado del mar, no el que venía en latas de conserva y que podía consumir en su casa. En Mar del Plata era el único lugar en dónde lo podía comer en milanesa o asado, para él era un pacer del olimpo ir con sus padres a un restaurante cercano a la playa y mandarse una milanesa y un bife de atún. Sus padres lo miraban comer y estaban encantados de ver su alegría mientras él salía pipón del lugar. Además, cuando regresaban del mar hacia la Capital traían un montón de cajas de alfajores Gran Casino, algunas

para ellos y el resto para repartir entre la parentela, pero Luis, sentado en el asiento de atrás siempre se devoraba una de doce alfajores de dulce de leche antes de llegar y los padres nunca lo retaron por la travesura.

La niñez de Luis fue anodina, sin muchas cosas salientes o extraordinarias para remarcar, él cumplía con el ritual impuesto por sus padres de acudir diariamente a una escuela pública que estaba ubicada a seis cuadras de su casa, en el barrio de Palermo Viejo y que a su vez estaba a unas cuatro cuadras de la avenida Córdoba, pero a la cual no lo dejaban acudir solo, sino que únicamente podía hacerlo con su mamá, ya que tenían miedo de que sufriera un accidente como consecuencia del intenso tránsito que circulaba por la avenida. Al colegio lo llevó su mamá todas las mañanas, luego de darle desayuno calentito de leche chocolateada y con varios cortes de pan francés untados con manteca y dulce de leche; Lucas desayunaba más temprano para abrir el taller antes de que llegasen sus “muchachos” a trabajar. Al cumplir ocho años los padres entendieron que Luisito ya podía ir solo al colegio, aunque eso no obstaba para que Luisa no dejara de salir a la puerta de calle para mirar orgullosa a su hijo caminando con su almidonado guardapolvo blanco, pero a la vez observando que cruzara de aceras sin problemas y, así, retornaba tranquila al interior de la vivienda para retomar sus tareas domésticas habituales.

Cuando cumplió los diez años los padres pensaron que ya era hora de enviar a Luis a una cercana parroquia de su vivienda, la que dirigía el Padre José - un curita que no era de mucho fiar, según conversaban las chismosas del barrio, ya que lo sospechaban de ser pedófilo- con la finalidad que hiciera su primera comunión. Es de hacer notar que ni Lucas ni Luisa eran frailones o chupacirios, simplemente eran católicos porque así se lo impusieron a ambos desde que nacieron con un bautismo que no eligieron y, como no podía haber sido de otra manera, hicieron otro tanto con su hijo Luis, al que bautizaron -también sin pedirle permiso por hacerlo católico- a los tres meses de haberlo dado a luz. En realidad, Luis muy pocas veces asistía a los ritos religiosos como la misa, algo que le reconvenían algunos de sus compañeros de barrio, más eso a él no le preocupaba en absoluto ya que los ritos, y también, los mitos religiosos mayormente no le importaban y hasta los ignoraba olímpicamente.

De tal forma este pequeño muchachito no opuso mayores reparos a la petición -u orden- de sus progenitores debido a que conocía que a un costado de la parroquia el curita José tenía una cancha de básquet y a él este deporte le interesaba solamente de haberlo visto por televisión en el aparato -en blanco y negro, por aquella época- que sus padres tenían en el dormitorio frente a la cama matrimonial. Así fue que concurrió con algunos compañeritos de la escuela y del

barrio hasta la capilla, hablaron con el cura José y éste les presentó a Doña Felicita que se encargaría de enseñarles el catecismo los días martes y jueves a la tardecita, pero con la condición que previamente debían haber realizado los deberes escolares. Felicita, como no podía ser diferente a tantas otras chupacirios que asentaban sus posaderas -algunas gordas, pero la mayoría eran unas solteronas flacas escuálidas- en las parroquias e iglesias de todo el país. Felicita era una mujer vieja -viejísima, así era como la veían los purretes, aunque no tendría más de 50 años- agria como el vinagre, que de movida nomás les advirtió que faltar a las clases de catequesis que les daría ella o alguna de las catequistas que la acompañaban en su santa misión era pecado -aunque, por las dudas, no aclaró si sería un pecado carnal o uno venial- y además, les dijo que deberían asistir a las clases con las ropas bien limpiecitas, los zapatos lustrados y con las uñas bien cortadas, agregándoles que era obligatorio concurrir -siempre y en esto insistió que era siempre- a la misa de los domingos que daba el padre José, caso contrario no podrían tomar la primera comunión ese año y deberían volver al siguiente a hacer la catequesis. Lo cual era una reverenda falsedad por parte de alguien que insistía en que no se debe mentir.

Quizás fue esto último lo que más les disgustó a los pibes, ya que toda la semana se debían levantar temprano para ir al colegio y, ahora, la vieja esa les

cortaba el plácido sueño dominguero, quedándoles el sábado a la mañana como único día para dormir a sueño tendido y reventar la cama hasta sacarle várices a las patas de la misma. La vieja esa que les impedía dormir los domingos a la mañana era “la Lorenza”, como después llegaron a llamar a Felicitas por la enorme nariz que tenía, aunque de esto nunca se enteró ella, pero sí el cura José que festejaba el apodo con risotadas y alguno que otro abrazote a los chicos. No tenían más remedio y no les quedaba otra alternativa, por unos meses tendrían que resignar la dormilona de los domingos y cumplir con lo que les habían impuesto sus mayores. Ellos siempre tenían razón -aunque no la tuvieran- y había que bajar el copete y obedecerlos, caso contrario se venía una paliza -o un castigo- que no se discutía jamás y que había que cumplirlo, sí o sí.

La verdad es que Luis nunca entendió esas cosas que le enseñaban en “la” catequesis, pero le parecía que a las viejas tampoco les importaba mucho que los chicos entendieran, ya que simplemente les hacían repetir las enseñanzas como loros, casi igual que en el colegio y así ellas cumplían con su misión apostólica. Para Luisito eso que Jesús había hecho milagros tales como resucitar a un tal Lázaro le parecía un “bolazo” grande como una casa lujosa; él había visto -con mucho dolor, congoja y tristeza- a su abuelo Lucas metido adentro de un cajón de madera cuando aquél murió. Entonces había llorado de pie al lado de su

abuelito querido -el único que conoció, ya que su mamá había quedado huérfana de pequeña- y mientras el abuelo Lucas yacía rígido en el cajón, un montón de viejas desconocidas rezaban letanías como si fueran un coro desacompañado. Esas mujeres eran de esas de las que tiempo más tarde se enteró que les llamaban las “lloronas” y que esas viejas no perdían oportunidad de asistir a un velorio en el barrio -o en algún otro de las cercanías- y que lo hacían casi gozosamente. Y mientras ellas “lloraban” él le pedía al abuelito, con toda la fuerza de su corazón, que se mejorara, se levantase del cajón y volviese a contarle esos cuentos fabulosos que sólo el abuelo Lucas conocía.

Pero el abuelo Lucas no le hizo caso y se quedó quietecito, como una pared, adentro del frío cajón y él nunca más lo volvió a ver después que le pusieran la tapa, salvo en alguna foto que guardaba y clasificaba su madre en un álbum familiar de fotografías borrosas. Luis sabía que el abuelo no conocía muchos cuentos, pero a él le encantaba que se los volviese a repetir mientras lo escuchaba arrobado a su lado recibiendo unas caricias y masticando -y saboreando gustosamente- las golosinas que el abuelo nunca dejaba de tener escondidos en sus bolsillos cuando le avisaban que Luisito iría a visitarlo. Pero el abuelo era pícaro y él tenía que buscar las golosinas con presteza, ya que siempre

el abuelo las escondía en un bolsillo diferente de un saco que a él le parecía que tuviese mil bolsillos.

Tampoco le era sencillo entender algunas otras cosas raras que le hacían leer en el librito del catecismo. Algunas de esas cosas eran casi cómicas, como aquella de porqué razón Jesús había convertido el agua en vino mientras se festejaba un casamiento. Ingenuamente -o posiblemente sin tanta ingenuidad- Luis se preguntaba si acaso Jesús no habría querido que todos los concurrentes a la fiesta se emborracharan en la celebración y eso a Luis no le parecía bien, ya que le habían enseñado que el alcoholismo era un vicio detestable. Entonces ¿cómo Jesús pudo haberlo alentado, acaso también él era alcohólico?

Y algo que realmente Luisito no entendía era porqué dios era el “padre” de él y de todos... no le entraba ni por las tapas que alguien que fuera invisible - como del que algo leyó alguna vez en un resumen de la obra de Wells- pudiera tener una mujer y haber “producido” la enorme cantidad de personas que había en el mundo, como había leído en una enciclopedia que le prestaron en la biblioteca del barrio.

Tampoco podía entender porqué razón al cura José había que decirle también “padre” si era soltero y le habían dicho que un hombre soltero no podía tener hijos. Además, tampoco comprendía porqué José era “cura”, si él no le

curaba nada a nadie; cuando Luisito estaba enfermo llamaban al médico de la familia para que lo curase. Y, además, volviendo al tema de la paternidad, él ya tenía un padre, lo quería muchísimo y le parecía una maldad perversa -y hasta una traición a su papá- que le hicieran llamar de igual forma a alguien -dios- que no era posible ni ver, ni tocar, ni oler. Y menos le gustaba que tuviese que llamarle “padre” al cura José -aunque se resignaba a llamarlo así- que era un buen tipo, que le enseñaba a jugar al básquet, pero que no tenía nada que ver con su papá, que para él era el hombre más bueno del mundo.

Pero, lo que para Luisito era un “misterio” irresoluble, era el asunto del misterio de la santísima trinidad. Él, hasta entonces, había aprendido de sus lecturas policiales que todos los misterios -hasta los más endiablados que se presentaran- eran resueltos por algún astuto e inteligente detective. Entonces no comprendía cómo era posible que no hubiese en el cielo algún comisario como había sido Evaristo Meneses, aquél célebre -y admirado por Luisito, aunque siempre deseoso de ganarle una partida- comisario de la Policía Federal, que había sido toda una leyenda en la Fuerza y al que no se le escapaba ningún “misterio” que hubiese ocurrido en la ciudad, era como una suerte de súper comisario. Si Meneses había logrado atrapar el solito al peligrosísimo “Loco

Prieto”, como entonces no iba a ser capaz de descubrir que tres personas se escondieran bajo el manto protector de una sola.

Más allá de estas disquisiciones detectivescas que Luisito reflexionaba sobre las cuestiones religiosas uniéndolas a una trama policial, estas disquisiciones policiales-religiosas únicamente las compartía con un compañerito de catequesis, quien intentaba convencerlo acerca de la veracidad de lo que las viejas les enseñaban, debido a que -según decía- era obligatorio y necesario creer en alguien, aunque no lo pudieran ni ver, ni tocar, ni oler. Y así, sin casi darse cuenta, llegó la fecha indicada -algo así como “A la hora señalada”- del 8 de diciembre, que fue cuando tomó su primera comunión en la parroquia del cura José, junto a todos sus compañeros de catequesis, ya que a ninguno de ellos las viejas catequistas los habían bochado... porque no se animaban a hacerlo ya que creían que dios los iba a castigar si los reprobaban.

Para la ceremonia religiosa sus padres le alquilaron por un día -en el centro de la ciudad- un trajecito que le quedaba que ni pintado, daba la impresión que era un enano en su casamiento. El traje era sólo para utilizarlo durante la ceremonia en la iglesia y ellos aprovecharon para tomarle unas cuantas fotos vestido de pingüino, rodeado por sus compañeros y un par de tías que fueron a la ceremonia y a la fiesta.

Luis estaba contento, feliz en la fiesta, pero al poco rato se dio cuenta que su felicidad no era producto de haber incorporado el cuerpo de dios al suyo, sino que solamente su alegría obedecía a los regalitos que le hicieron sus parientes, e inclusive, una tía le regaló dinero en efectivo -algo que raramente tenía en sus bolsillos- y rápidamente empezó a pensar que novelas se podría comprar con esa platita. Más, lo mejor fue la fiesta que le organizó su mamá en el fondo de la casa a la que asistió parte de la parentela, ahí comió una rica torta de chocolate con dulce de leche y nueces que ella le había hecho en la noche anterior con sumo esmero, ya que estaba decorada de una forma en que ella sabía que a él le agradaba.

Luego llegaron las vacaciones de verano, en el colegio había pasado a quinto grado sin problema alguno, ya que si bien no era muy afecto al estudio, con un poco de atención a lo que explicaba su maestra y un poco de dedicación a los deberes que le encomendaban a diario, tenía más que suficiente como para sacarse de encima todas las materias sin mayores esfuerzos ni tener que recurrir a una maestra particular, como habían hecho otros chicos. Es necesario reconocer que la materia que más le gustaba era “recreo”, ya que en él se divertía pateando una pelota de goma o jugando a darse golpes con los compañeros en el patio de la escuela. Más allá de la humorada sobre el recreo, en las disciplinas que se sentía

más cómodo era en historia -sobre todo la de la contemporaneidad- y en geografía, ya que gracias a ellas eso le permitía ubicarse en tiempo y espacio con sus lecturas cotidianas.

Tampoco Luis fue un chico -y luego, con los años un muchacho- que se destacara en los deportes; al fútbol le gustaba ir a jugar, pero era bastante pata dura con la pelota, al punto que más de una vez lo mandaban a cuidar el arco, algo que tampoco hacía muy bien, pero como le gustaba mucho ir algunas tardes a jugar, se tenía que aguantar la indicación de sus compañeros sin pestañar y calladito la boca. Él prefería jugar adelante, gambeteando y haciéndoles caños a los rivales y metiendo goles -los de Angelito Labruna le encantaban por la forma en que quebraba la cintura al entrar al área rival- como si fuera un gran jugador de los que salían en la tapa de la revista *El Gráfico*, pero bien sabía que eso era sólo producto de sus ensoñaciones. Luis tenía en claro que -en esto al menos- sus sueños eran imposibles de concretar porque no manejaba las dos piernas -era únicamente diestro y la izquierda la usaba sólo para apoyarse- y además le daba miedo cabecear porque su mamá le había dicho que podía quedarse tonto. Jugaba al fútbol en un potrerito cercano a su casa y el arco que defendía era uno que cada vez que iban a jugar debían armarlo entre dos montones de ropa que habían puesto de cada lado de la canchita, la que no medía más de 40 metros de largo y

casi otros tantos de ancho, ahí jugaban cinco contra cinco o -en el mejor de los casos- seis contra seis, si es que se colaban algunos chicos de otro barrio.

Algunas veces, no siempre, iba algunos domingos a sentarse en la tribuna popular del estadio Monumental -el de River, en el barrio de Núñez que quedaba cerca de donde vivían- acompañando a su papá que era hincha fanático de los “millonarios”; seguramente esa fue la causa por la que él también fuera del “Millo”, aunque él no fuese tan fanático, sino simplemente un simpatizante más de los de la “banda roja”. El hecho que fuese algo fanático de River no hizo que se trezara en discusiones -o hasta en peleas que podían llegar a las piñas- con los compañeros que eran hinchas de Boca. En más de una oportunidad le decía a su padre que ese domingo en que aquél quería ir al estadio él no podría acompañarlo a la cancha, ya que se tendría que quedar a hacer los deberes escolares para el día siguiente; en realidad Luis prefería quedarse en su pieza leyendo alguna novela policial que todavía no hubiese caído en sus manos -siempre ávidas de leer lo que viniese- de las que habían en su casa, o alguna que hubiese comprado en la librería, o en el kiosco de periódicos y revistas, lugares donde ya le conocían los gustos y sabían que es lo que iba llevar y entonces se la vendían; el tipo que atendía el puesto de diarios ya sabía que era “bocadito fácil” para lo que aquél le quisiera encajar.

A Luis le encantaba leer, como ya sabemos, pero no por eso descuidaba sus tareas escolares. En la primaria lo tenían a mal traer con “las” matemáticas y “el” lenguaje, a la primera no la entendía ni por las tapas y por eso se esmeraba más aún hasta que, por ejemplo, lograba sacar alguna operación con quebrados o con raíces cuadradas, aunque no sabía para qué demonios le iban a servir en el futuro. Por su parte, con lenguaje, no comprendía como a él, que era un lector consuetudinario, casi fanático de los libros, le pudiese costar tanto descifrar sus intrínquilis, como era esa cosa rara del tiempo pluscuamperfecto que debía usar al conjugar los verbos, o aquello de los adverbios, que lo volvían loco. Y aquí se le presentaba una interrogación casi metafísica: ¿por qué no lo dejaban hablar y escribir como lo hacía cotidianamente? ¿Por qué diablos lo hacían conjugar los verbos con una segunda persona del plural que decía “vosotros”? Eso nunca lo había usado ni lo usaría jamás, él -y todos los que conocía- decían “ustedes”, pero así le enseñaron -y hasta obligaron- a conjugar los verbos, como si fuese un gallego y él al único gaita que conocía era el almacenero de la esquina donde la madre le pedía que fuera a hacer algún mandado -azúcar o porotos- y el que algunas veces le regalaba una golosina diciéndole “*chaval, tú y tus amigotes vais a volverme loco cuando llegáis a mi estanco*”, algo que cuando se juntaba con los pibes del barrio los hacía reír muchísimo y, hasta alguno de ellos, se animaba a entrar al

almacén hablando como el almacenero y entonces el gaita lo sacaba vendiendo almanaques.

Luis nunca llegó a recordar -pasados algunos añitos- el nombre de todas sus maestras de la escuela primaria, salvo el de una, era la señorita Josefina, la maestra que tuvo en quinto grado, por la cual algunas veces sentía una extraña atracción, la cual se expresaba en unas insólitas erecciones que le aparecían en su entrepierna cuando, entre ensoñaciones, intentaba durante la noche conciliar el sueño, algo que la imagen de la señorita Josefina no le permitía hacer rápidamente, ya que ella se le presentaba con su dulzura habitual.

En aquellas oportunidades en que aparecían esas sensaciones -muy deseadas y esperadas por él aunque nunca reveladas a sus padres- se le aparecía en imágenes la señorita Josefina, como en una pantalla de televisión -ubicada en su frente- dentro de los pensamientos que lo acuciaban, la figurita graciosa, alta, esbelta -hasta hermosa- y notablemente cariñosa de aquella maestra haciéndole una caricia sobre la cabeza. En esos momentos no sabía -ni tenía idea- de a que razones atribuir las causas de esas erecciones, pero las mismas le agradaban por los cosquilleos que sentía sobre su “pito” y esto de las erecciones y las lindas cosquillas que sentía cuando las mismas se extendían por sobre todo su cuerpo le gustaba. Lo del nombre de pene Luis recién lo conoció más tarde; por entonces

no tenía la más pálida idea que su pito se llamaba así, como le decían los adultos sabedores, especialmente sus profesores de biología que se lo enseñaron en la escuela secundaria. Aquellas cosas que le ocurrían eran sólo de su intimidad, por eso las mantenía en el más absoluto secreto, no sabía porqué pero sentía un poco de vergüenza por lo que le pasaba, pero eso le gustaba y no tenía porqué compartirlo con otras personas, ni siquiera a sus padres que siempre lo comprendían y alentaban.

Recién un año después -cuando cumplió los doce- comprendió perfectamente lo que le sucedía a su organismo y supo que no era algo para tenerle miedo ni que fuese un fenómeno extraño que le sucedía a un enfermo. Una noche, ocurrió en la misma noche que festejaba su decimosegundo cumpleaños, pese a estar cansado de tanto jugar con sus amigos al fútbol en el fondo mientras su mamá preparaba el festejo para los cinco amiguitos que habían ido a visitarlo, tuvo una nueva erección y comenzó a jugar con su miembro, esto le provocó que a los pocos segundos sintiera una mayúscula expresión de placer al salir un líquido blancuzco del mismo. Sentía algo así como que estaba flotando sobre la cama, experimentaba entonces una sensación indescriptible de deleite placentero, no podía pensar, solamente sentir el goce por algo extraño que lo había invadido. En aquél momento sintió como su calzoncillo y la sábana

superior se mojaban -hasta empaparlos- con ése líquido caliente que se escurría de entre sus dedos temblorosos. Rápidamente se dio cuenta que el líquido no era pis y poco a poco se dio cuenta que el líquido se enfriaba sobre las telas y en los dedos de su mano derecha. Pudo salir de la ensoñación placentera que lo embargaba y se irguió sobre la cama pudiendo ver el raro enchastre que él había producido, como consecuencia del jugueteo nocturno con su miembro. Inmediatamente se levantó de la cama y se dio cuenta que eso no lo debería ver su “vieja” -como le decía cariñosamente a su mamá al estar los dos solos- aunque entonces no supo porqué no era conveniente que ella viese aquello, simplemente había que ocultárselo y se levantó de la cama, con una toalla mojada limpió la sábana y en el baño lavó su calzoncillo para luego meterlo debajo del colchón así se secaba.

De cualquier manera, Luis ya se estaba avivando -no solamente en las cuestiones sexuales- sino fundamentalmente en que nada que hiciese tendría que dejar en ninguna oportunidad rastro alguno, esto era básico si quería tener éxito en sus propósitos. Al principio de esas eyaculaciones, que las buscaba cuando se hacía una escapadita a escondidas al cuarto de baño para, ahí sí, sin temores, sacudir su miembro con la mano y esto no requería limpieza alguna de sus ropas; algo que no podía controlar exitosamente cuando ocurrían las imprevistas

poluciones nocturnas. Estas últimas necesitaban de la limpieza, que ya había aprendido a hacer sin despertar a sus padres, a la par que no dejaba rastros en la cama ni entre sus ropas. Decimos que Luis, en un principio, sentía culpas y vergüenzas, las que nunca expresaba en voz alta por aquello que le estaba sucediendo, aunque no sabía explicarse porqué aparecían esas sensaciones de culpabilidad. Hasta en algún momento llegó a pensar que estaba enfermo de algo raro -hasta pensó que podía ser el diablo-, pero no se animó a decírselo a ninguno de sus padres por esa rara vergüenza que lo embargaba debido a lo que le ocurría.

CAPÍTULO 3

LA JUVENTUD DE LUIS

Luis transcurrió por los tristes senderos de la pubertad y la adolescencia - los que son tristes para todos, aunque muchos nos engañamos queriendo retornar a ese período ilusorio de la vida que ya se fue y nunca volverá acompañado por aquellas lecturas de la infancia pero ampliadas con algunos materiales más para adultos. Esas lecturas eran matizadas cada 48 horas -y algunas veces en menor lapso según fueran sus urgencias de las llamadas endocrinológicas- con algún ejemplar de las revistas “Dinamita” o “Cabeza Fresca”, las cuales le eran útiles para acompañar sus largas horas de tedio con la siempre amistosa, atenta y generosa *Manola*, compañera de los encuentros y desencuentros propios de aquella edad. Estos no eran los únicos pasatiempos de Luis, también jugaba al básquet en la canchita del cura José, estudiaba un poco de todo lo que le daban en la escuela y sí leía los best-sellers de la época que llegaban a su casa bajo el sobaco de su papá o en la cartera que habitualmente portaba su madre, a los cuales agregaba algunos de los muchos libros de historia contemporánea -por la cual se había interesado, especialmente los de la Segunda Guerra Mundial- que se vendían en las librerías del centro de la Ciudad de

Buenos Aires, a la que por aquel entonces se la conocía como la Capital Federal, particularmente en sus recorridas por la Avenida Corrientes en horas de la tarde.

De todo aquel berenjenal de lecturas Luis había sacado una conclusión definitiva a partir de lo que había ocurrido en la historia o de lo que les sucedió a los personajes de sus novelas. Esa conclusión que para él era terminante e irrefutable era la siguiente: según lo que leía en los libros policiales el crimen perfecto no existía. Siempre el autor o autores de un delito, ya fuesen homicidios, robos, violaciones o cualquier otra figura, los responsables eran descubiertos... aunque no siempre iban a parar con sus huesos a alguna prisión; pero, en definitiva, para los investigadores policiales –ya fuesen oficiales o privados- el crimen había sido solucionado gracias a sus pericias y al auxilio de la tecnología, sobre todo la de las huellas dactilares. Más esto a Luis no le terminaba por satisfacer, le quedaba picando -cual si fuese un mosquito metido adentro de su cerebro- la idea que esto no era más que una mojigatería santurróna en que el “bien” debía ganarle al “mal”, por la que era necesario que tuviesen que encontrar a los culpables de los delitos, esto es, para cumplir con los dictados de lo “políticamente correcto” por una sociedad en que la pacatería era, y es, una ley indiscutible que no se pone en duda.

Sin embargo, pese a los aguijonazos del mosquito que vuelta a vuelta le rondaba por el cerebro para que se animara a planificar un crimen perfecto, Luis continuaba con la rutina que le habían impuesto sus progenitores. Es decir, aquello de que “*tenés que estudiar para ser alguien en la vida*”, mientras que, para sus adentros, Luis mascullaba algo así como “*¿y qué? ¿Acaso si no estudio seré un don nadie? No sería mala idea, pero no me convence ser un don nadie, prefiero ser un don alguien*”. Pese a aquellos primeros reparos, Luis entendió que sería conveniente estudiar, no solamente para ser “alguien” sino fundamentalmente para aprender cosas que le sirviesen con el dibujo de su plan diabólico.

Pero, a pesar de los intrínquilis metafísicos que le aquejaban frecuentemente con intensidad inusitada, nuestro protagonista terminó a regañadientes la escuela secundaria obteniendo el título de bachiller y, ahora, debía -el “deber” era como imposición familiar para llegar a ser un hombre de bien, aunque en realidad debía satisfacer la frustración de sus padres por no haber podido llegar a ser “alguien”- decidir que carrera universitaria elegiría para su futuro. Tenía que ser una que le dejara mucha “guita” -algo que aprendió de las historietas de Isidoro Cañones- pese a que Isidoro nunca en su vida estudió otra cosa que *La Rosa* -o *La Verde*- en el hipódromo de Palermo o en el de San Isidro. Por ello fue que pensó en estudiar medicina, pero se dio cuenta que era muy

difícil y, además, tenía miedo de olvidarse y confundir el nombre de todos los medicamentos que tendría que recetar ante diferentes pacientes. Entonces le quedaba la posibilidad de ser abogado o, caso contrario, estudiar psicología o, en última instancia, entrar en ciencias económicas. Sabía que los “bogas” tenían mala fama -los llamaban cuervos- y, pese a que contaduría era más jodida por el montón de matemática que debería estudiar, que era algo que no le gustaba, lo prefería a convertirse en abogado.

Aunque también no le era extraño que ya fuese como contador, como economista o como administrador de empresas, con cualquiera de ellas se podía ganar mucha plata, que es lo que deseaba. Es curioso, aunque nunca sus padres le habían hecho faltar algo que necesitase -obvio que sin tratarse cosas estrafalarias las que él hubiera reclamado- sin embargo Luis quería ser una persona de plata, de mucho dinero.

Psicología le llamaba mucho la atención, no entendía muy bien de que se trataba eso de la psicología, pero no descartó que le sirviera para llevar adelante su plan macabro de cometer el crimen perfecto. Creyó que si sabía -o adivinaba por los gestos de la cara de una persona- como pensaba o sentía alguien, entonces le sería más fácil concretar su propósito malévolo. Pero, además, no tenía la más remota idea en que podía trabajar un psicólogo que no fuese en un consultorio

particular. Y, lo peor de todo, no creía que un psicólogo ganara buena cantidad de dinero que, como ya dijimos, eso es lo que Luis deseaba. Cuando le contó a su padre, caminando por la vereda- que iba a estudiar psicología, Lucas asombrado y saliéndose de su rigurosidad le preguntó: “*si lo cogía a quien*”, esta respuesta le sorprendió a Luis más echándose a reír tomó fuertemente el brazo de su padre y siguieron caminando como si no hubiese existido aquella contestación sorpresiva en alguien que nunca había tenido esa expresión.

Luis consideraba que con cualquiera de aquellos títulos que eligiera -a poco de iniciar sus estudios en la Facultad- podría ganar dinero con facilidad cuando lo tuviera el diploma debajo del brazo o enmarcados en un cuadro en las prestigiosas oficinas que soñaba llegaría a ocupar, aunque estaba seguro que el diploma se lo iban a incautar sus padres para colgarlo -orgullosamente- en la sala de estar de la casa.

De último, esto es lo que deseaba para darles con el gusto a sus padres, vale decir, de “*llegar a ser alguien en su futuro como adulto*”. De esta manera no tendría que soportar algo que sentía como si fuesen reproches de esos que decían “*se pasa la vida como un vago leyendo pavadas que a nada bueno lo han de conducir cuando sea hombre*”. Aunque esto no significaba que ellos le pusieran trabas a su afición lectora, ni

que -por su parte- él dejara de lado sus deseos de ser una persona rica y con un alto prestigio social.

Aquellas reconvenciones, que también podían aparecer como retos dirigidos a Luis por sus padres, éstos no las hacían porque fueran brutos, incultos y no les gustase la lectura, al contrario, ellos también leían... y lo hacían bastante en sus ratos libres. Los padres de Luis no eran intelectuales, ambos habían hecho un par de años de la escuela secundaria y la habían abandonado porque sus familias no tenían las condiciones económicas suficientes que les permitiesen continuarlas hasta terminar con su formación escolar. Por eso querían que su único hijo se dedicara más a los estudios, para que de tal modo los superaran a ellos y así pudiese obtener un título universitario que lo habilitase a ejercer una profesión liberal y no tuviese que terminar trabajando en el taller de Lucas. Quizás era por esa causa que el padre de Luis lo llevaba muy raramente a visitar su negocio o a aprender el oficio.

En cuanto se refiere a la sexualidad, Luis era un muchacho raro -lo que no significa que fuese “rarito”- debido a que las chicas no le llamaban mayormente la atención. Sin embargo no dejaba de ir a algunos “asaltos” en casa de compañeros y, en aquellos, muy raramente bailaba. Es que hacerlo le daba vergüenza, ya que también para el baile era bastante pata dura, “medio tronco”, como en el fútbol.

Sus dificultades para bailar lo hacían aparecer a algo semejante a un perro que gira con la intención de morderse la cola; como bailaba muy pocas veces entonces no sabía hacerlo tan bien como sus amigos y como él creía que a las muchachas les gustaba que su compañero de baile lo hiciera, es decir, moverse con gracia al compás de la música y saber tomar entre sus brazos a las pibas; mucho menos se atrevía a “apretar” a alguna compañera de baile aunque aquella le pudiese gustar, mientras bailaban al compás de un bolero romántico del Trío Los Panchos. Por supuesto que tampoco podía darse el lujo de bailar un rock and roll, esa era una música que le gustaba, que se le metía adentro del alma más no en el cuerpo, por eso no podía seguirle el ritmo con sus pies.

Por eso de aquello de su falta de acercamiento hacia las chicas es que algunos de sus amigos -de esos bien “machos” que normalmente existían y existen en todas las “barras”- ellos sospechaban que Luis fuese medio “trolón”, pero eso era absolutamente falso; así como poca bola les pasaba a las chicas, tampoco sentía atracción por ningún muchacho y nunca dejó pista alguna que tal cosa lo pudiese hacer pensar a los otros. Le gustaban las chicas y hasta se hacía la paja con la imagen y pensando en alguna que por esos momentos le estuviese gustando, pero era muy tímido como para “largarse” con alguna de ellas.

Cuando los otros muchachos hablaban -y, sobre todo, fanfarroneaban mucho- sobre sus experiencias sexuales, fuesen reales o fantaseadas, Luis se hacía el distraído, él todavía no había “debutado” sexualmente y tenía miedo de realizarlo, esto era por todo lo que le habían dicho sobre los peligros de contagio en las enfermedades por acceso a contactos sexuales. En realidad, Luis no tenía miedo a -por ejemplo, contraer una sífilis o “agarrarse una chinche”- lo que Luis temía era que sus padres se enteraran que ya hubiese debutado y esto lo llenaba de vergüenza... Ni Lucas ni Luisa le habían hablado alguna vez sobre los temas de la sexualidad, más aún, esa era un temática que evitaban en las conversaciones, ya fuese durante las comidas o en otras oportunidades en que Luis estuviese presente; más esto no lo dejaban de charlar por santurrones, sino porque la timidez de ellos les impedía hablar sobre la cuestión, lo que no implicaba que lo hicieran entre ellos y con algunos amigos íntimos.

Por otra parte, cabe acotar que la timidez de Luis en tratar conversaciones sobre cuestiones sexuales, o bien de intentar un “ataque” amoroso a alguna de las pibas que salían de un “Liceo de Señoritas” cercano y que lo hacían a la misma hora en que él salía de su escuela. Esto no obstaba para que deseara -lo más prontamente que fuera posible- llegar a debutar sexualmente con alguna muchacha de alguna escuela secundaria, o aunque más no fuese, alguna piba que

trabajara, aunque más no fuese, como empleada doméstica. Había, sí, una piba del Liceo que le gustaba y que frecuentemente iba a bailar a los “asaltos”, pero no se animaba a encarar esta muchacha, de la cual ni siquiera sabía el nombre. Sólo la seguía a larga distancia -como para que ella no lo note- hasta averiguar dónde vivía y, algunas veces, hasta una disquería mirándola con “la ñata junto al vidrio” embelesado viendo como ella probaba uno y otro disco de 33 revoluciones.

Luis escuchó muchas veces a sus compañeros y amigos hablar de “coger” y hasta había aprendido diversas posiciones por lo que le contaban aquellos. Hasta llegó a ir a buscar en varios diccionarios -y luego en una enciclopedia “Lo sé todo”, que le compraron sus padres para facilitarle los estudios- el término “coger”, más nunca encontró respuesta alguna que no fuese el sinónimo de tomar, agarrar. Esto lo desconcertaba, ¿acaso sería tan malo “coger” -en los términos que los compañeros lo usaban- que ni siquiera aparecía en un diccionario? Fuese como fuese, Luis deseaba fervientemente coger y dejar las pajas que, según comentaban en la barra de amigos, con cada una de ellas estaría perdiendo cincuenta gramos de cerebro y, además, otros decían que si se hacían la paja les saldrían pelos en las palmas de las manos. Esto era lo que hacía que muchos de ellos tuvieran estas conversaciones ¡con los puños cerrados! Tal como él hizo más de una vez al salir del baño donde estuvo con *Manola*.

La retracción de Luis a enfrentar las situaciones que lo pusieran en contacto con una muchacha podía deberse -entre tantas cosas- a que consideraba que su miembro viril era demasiado pequeño, con respecto al de los otros muchachos. A ellos los veía que lo tenían más grande que el de él, a los muchachos -sus compañeros de básquet- los observaba con disimulo cuando estaban desnudos en momentos en que se cambiaban en el rústico vestuario de la parroquia para utilizar ropa deportiva antes de jugar y donde después volvían a vestirse “con ropa de calle” luego del partido de básquet, esto último previo a ducharse a continuación de un partido o entrenamiento. Recién años más tarde se enteró -gracias a lo que le contó un médico amigo- que en general todos los hombres ven a su miembro viril como más corto que la de los otros varones, esto es por una cuestión de perspectiva: ¡la propia se la ve desde arriba hacia abajo, mientras que las de los otros se las miran de frente! Pero en su adolescencia Luis siguió creyendo que la de él era chiquita.

CAPÍTULO 4

EL PRIMER AMORÍO DE LUIS EN LA UNIVERSIDAD

Cuando Luis hubo terminado el bachillerato se acercó juntamente con un par de compañeros de la secundaria a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que es dónde se cursaba psicología por aquel entonces, ya que era una carrera que hacía poco tiempo que se iniciaba a dictar y aún no tenía un espacio propio.

Luis había hecho sus estudios primarios y secundarios en instituciones escolares públicas y, desde ahí, se había solidarizado con sus compañeros mayores que apoyaban y luchaban por el dictadote una ley de enseñanza laica - aunque finalmente hubieran perdido frente al proyecto de enseñanza libre que auspiciaba el diputado Domingorena- ya que los de “la Libre” eran definidos como catolicones a ultranza -casi ultramontanos- y a esos tipos no los podía tragar de ninguna manera. Para ése entonces Luis ya se definía como un ateo, aunque no fuera militante, esto él lo hacía de tal forma debido a que algunos de sus compañeros militaban activamente en el ateísmo, haciendo esto desde una participación política partidaria, como eran las del anarquismo, del comunismo o las de las diferentes divisiones del socialismo que por ese entonces se testimoniaban de manera insistente, pero eso a él no le interesaba.

A Luis tampoco le interesaban mayormente las cuestiones políticas, ni la nacional ni la internacional, aunque a esta última le prestaba un poco más de atención para entender y comprender, sobre todo, la trama de las novelas de espionaje que seguía leyendo con fruición. Solamente simpatizaba -sin entusiasmo- con la muchachada de la izquierda en la Facultad, lo que llevó a que los camaradas de la Federación Juvenil Comunista lo atosigaran con panfletos, documentos y hasta algunos libritos para que se le afiliara a su organización, pero Luis -incólume en sus principios de ser políticamente independiente- se negaba a las insistentes pretensiones de aquellos. Más estos continuaban insistiendo y para ello utilizaban los encantos de una piba que sabían que a Luis lo tenía bien calentito, ya que su atención especial por ella se la había confiado a un compañero de Facultad, era un tal Roberto, del cual Luis ignoraba que también estaba afiliado al Partido Comunista. Más, esa confianza que le relató en tanto caminaban bajo la noche recién caída sobre la ciudad en la búsqueda del “bondi” que cada uno tomaría para que los condujera a sus respectivos domicilios, luego de haber asistido a sus clases en común, nunca esperó que llegara a los atentos oídos de los dirigentes bolches.

La muchacha que tenía muy calentito a Luis, desde que la vio por primera vez, se llamaba Rosita -“Rojita”, le decían cariñosa y confidencialmente en el

ámbito del Comité Central del Partido- y él la miraba embobado todas las tardes en los pasillos de la Facultad, mientras ella se mantenía parada al lado de una mesa que había ubicado la Federación. Ella estaba ahí, como un torbellino de belleza y sensualidad que arrasaba con todo lo que se interpusiera a su paso, en tanto exhortaba a los estudiantes que pasaban por el lugar con insistentes consignas partidarias, las que se referían a la revolución proletaria, a la reforma agraria y a la falsa conciencia que padecían los alumnos, ya que no se consideraban proletarios. Y lo de “Rojita” tenía un doble sentido, por un lado por su militancia política y, por otra lado, por su largo cabello rojizo ensortijado.

Luis no podía dejar de mirarla con ojos libidinosos y fervientemente deseaba hacer -en algún momento, no lejano en el tiempo- su debut sexual con Rosita y, por eso, diariamente se acercaba a la mesa de la Juventud Comunista en aquellos horarios que sabía que ahí la iba a encontrar arengando con la fuerza de su palabra al estudiantado. Él no quería encontrarse con ninguna otra persona del Partido, a los que en general los definía como agitadores, los que muy insistentemente le iban a hinchar las pelotas para que se afiliara a ellos.

Al regresar a su casa no podía sacarse de la cabeza la imagen de Rosita vestida con su pollerita corta -una minifalda de las que se utilizaban por

entonces- que le permitían ver por encima de sus rodillas un par de piernas hermosas y más abajo un par de pantorrillas esculturalmente torneadas que llegaban hasta unos finos tobillos bien moldeados que se hallaban enfundados por unas botas cortas que cubrían sus piecitos. Por encima de las piernas de Rosita no podía dejar de recordar su estrecha cintura encerrada por un ancho cinturón de cuero negro y, también, se le hacía presente, aquél pequeño y firme busto de ella ajustado, que usaba en una habitual blusa verde -algo gastada por el uso- a la que se le desprendían, como al descuido, los botones superiores, los que dejaban entrever en su rosado pecho amplio la aparición de un sugestivo corpiño negro que contenía sus deseadas tetas. Todo esto le imprimía a sus recuerdos una sensualidad que lo excitaba hasta llevarlo al punto de sufrir erecciones -no deseadas- mientras viajaba en el colectivo, hecho éste que lo hacía avergonzarse como si fuese un chiquilín y, para que no se le notara la erección, colocaba por el frente de la bragueta de su pantalón algunas carpetas -o libros de estudio- que portaba entre sus temblorosos brazos.

Luis -permanentemente- se hacía la croqueta acerca de cómo iba a encarar un encuentro amistoso con ella, la que súbitamente se debería convertir en una aproximación amorosa, sexual. Hasta llegó a pensar el lugar en el que le podría dar un primer beso en la boca y se lo imaginó en alguna placita cercana a la

Facultad durante la oscuridad de un atardecer, cuando salieran de allí. Creyó que sería prudente -y además efectivo a sus propósitos- previamente invitar a Rosita a tomar una Coca-Cola en un barcito cercano, pero esa idea fue descartada de inmediato, ya que se dio cuenta que ella despreciaría de plano el convite argumentando -horrorosamente escandalizada- que se trataba de una bebida que traía a nuestro país el imperialismo yanqui para someter las mentalidades de los jóvenes y mantenerlos colonizados bajo sus órdenes, agregando -sin hesitar un segundo en la letanía del discurso que él imaginaba- que el sistema capitalista con esas porquerías pretende convertirnos en enloquecidos consumistas de lo que ellos nos venden... y Luis no podía dejar de pensar que algo de verdad ella tendría con sus dichos.

Así fue que Luis continuó meditando como preparar su avance amoroso – y, sobre todo, que fuese exitoso- para llegar hasta Rosita. Asimismo, en sus avanzadas fantasiosas, Luis se devanaba los sesos pensando a dónde podría llevarla si ella -luego de beber algo y del beso que le iba a dar- aceptaba acostarse con él, sobre lo que no tenía la más remota idea de cómo sugerírselo, ya que temía “rebotar” y que eso lo supiesen sus compañeros en la Facultad, cosa que de sólo suponerlo lo embargaba de vergüenza.

Llegó a pensar en invitarla a que lo acompañe a un hotel alojamiento que -discretamente- había localizado a un par de cuadras de la Facultad de “Filo”, pero nuevamente lo asaltaban los temores embarazosos de avergonzarse. En este caso era que algún conocido los viesen entrar juntos al lugar... como si entrar ahí fuese algo pecaminoso o vergonzante, sabía que no tenía razón alguna por qué temer... pero él tenía miedo hasta que se llegaran a enterar sus padres por el comentario de algún amigo o vecino chismoso.

Luis nunca se atrevió a tener con Rosita más que alguna conversación trivial -como hacen los viejos cuando inician las charlas contando los achaques de sus huesos- pero él lo hacía siempre soportando las matizaciones de ella con algunas consignas bolcheviques. Esto ocurría dentro de los pasillos de la Facultad mientras ella se sentaba en una sillita que tenía ubicada detrás de la mesa “adornada” con los símbolos partidarios de la hoz y el martillo, las imágenes de Marx y Lenin y la de un tipo barbudo que él no conocía, pero que ella le contó que era “el” Che Guevara. Sobre este personaje, Luis no podía comprender como siendo argentino a la vez era un Comandante cubano y, entonces, Rosita aprovechaba las charlas para hacerle escuchar rumbas cubanas que salían del viejo fonógrafo que el Partido mantenía guardada debajo de la mesita. Al escuchar la música cubana y verla a Rosita moverse a ese ritmo, con la cadencia sensual de

sus angostas caderas, a Luis le daban unas ganas bárbaras de haber aprendido a bailar para acompañarla en sus movimientos y hasta invitarla a ir con él a una boite.

Pero el romance secreto que mantenía con Rosita -que ella desconocía, aunque también lo sospechaba en secreto, debido a las órdenes que le “bajaron” sus camaradas partidarios, que eran las de atenderlo con consideración- se cortó de cuajo cuando Luis no tuvo la mejor ocurrencia de hacerle un cuestionamiento por algo que ella voceaba sistemáticamente desde su lugar de “trabajo” político. Una tardecita Luis no pudo menos que cuestionarle que ella -en medio de un centro urbano- convocara a la reforma agraria, Luis le dijo que eso no lo entendía debido a que tanto él, como la mayoría de sus compañeros, solamente habían conocido una espiga de trigo o a una vaca a través de algún manual de estudio o de un libro.

Y ahí nomás “se armó la gorda” -o, mejor dicho, “la flaca pelirroja”, que entonces se olvidó totalmente de lo que el Partido le ordenó que cumpliera- y Rosita comenzó a los gritos pelados respondiéndole que era un tremendo boludo atómico y galopante, que él no entendía nada de política ni nada de cómo se hace una revolución y, para finalizar con la retahíla, que no la jodiera más con sus charlas anodinas -que eran pura cháchara- y que la hacían darse cuenta que estaba

frente a un tipo que actuaba como un pajero baboso. Ante tal reacción inesperada -y que sintió como brutal- a Luis no le quedó más que escapar del lugar “con la cola entre las piernas” como un perro apaleado. Estaba azorado, atónito y avergonzado porque los vociferantes chillidos de ella, a los que imaginó que se oirían hasta en Moscú.

Luego de tan triste episodio resolvió no retornar a la Universidad, un poco -y bastante- por el despecho que le había causado lo sucedido con Rosita y otro poco -bastante menos- lo que motivaba esa drástica decisión era que tenía miedo que hasta el Decano se hubiera enterado de lo que sucedió en el pasillo. Por esta última razón es que lo embargaba mucha vergüenza de retornar a los viejos claustros de la Facultad de Filosofía y se planteaba la posibilidad de continuar estudiando una de las carreras que en su oportunidad había desechado. Más, Luis sentía que -luego de lo ocurrido con Rosita- estaba paralizado como para tomar alguna decisión al respecto y lo único a que atinaba era considerar posponerla para después de lo que le ocurriera con el servicio militar, para lo que ya estaba a punto de ser sorteado.

Mientras tanto sus padres no entendían que es lo que le pasaba, teniendo en cuenta que por entonces Luis no quería salir a lado alguno y mucho menos asistir a las clases en la Facultad, pese a que ellos discretamente le preguntaban

que le ocurría, aunque sin recibir respuestas de su hijo. Luisa sospechaba -con acierto- que se trataría de algún desencuentro amoroso, propio de su edad, y así se lo comentaba a su marido, pero éste no lo creía y más bien pensaba que era porque lo habrían bochado en algún examen o en un parcial. Eso es lo que a ellos los tenía preocupados y, simultáneamente, pensaban en como podrían hacer algo para ayudar a su único hijo, aunque no se animaban a hacerle alguna sugerencia al respecto, ya que siempre habían dejado que Luis encontrara las soluciones a sus problemas.

Como no podía ser de otra manera sí, había otra salida, que era el suicidio. Luis en un mes y medio había superado su primera crisis afectiva grave; y, ya que se mencionó al suicidio, Luis era la persona menos indicada para quitarse la vida. Le gustaba vivir y, además, pese a su juventud -aun no tenía veinte años- le quedaba un propósito que concretar en su pasaje por la vida. Ése era cometer el crimen perfecto, tal como lo venía pensando desde hacía diez años y que en más de un delirio ensoñado, lo concibió como una misión encomendada en su paso por la tierra. Luis creía que no tenía una pizca de tonto, él no había llegado a comprender de manera acabada las historias de fábulas y mentiritas escritas en las novelas policiales y, mucho menos, a las historias verdaderas -de personas de carne y hueso- que tuvo la oportunidad de leer en los

textos de historia y a los que vio, muy bien representados, y muchas veces reflejados, en las pantallas de los cines. Personajes como Napoleón Bonaparte -quién era su ídolo-, Alejandro Magno, Julio César y Augusto -emperadores de Roma- Robespierre, el ruso Iván el Terrible, la dinastía de los Borgia y tantos otros; pero Luis olvidaba que todos ellos en algún momento, con algún episodio de sus triunfantes historias se habían equivocado, es decir, “habían metido la pata”, algo que les costó caro en sus vidas de éxitos sin igual.

Luis creía que él nunca “metería la pata” con su planificación exacta de cometer un crimen perfecto. Y por eso admiraba a Jack “el destripador”, de Londres, a ese sujeto al que nunca lo pudieron atrapar los policías del Yard, aunque también sabía se tuvieron sospechas que fuera alguna personalidad de Londres, como fueron el talentoso escritor Lewis Carroll y hasta un príncipe heredero de la corona británica. Él debía hacer algo semejante, pero sin dejar sospechas... y lo iba a realizar. También Luis sabía que nadie tiene la vida comprada y se puede morir en cualquier momento, como les había ocurrido a un par de conocidos de él y que tenían su edad, uno de ellos atropellado por un camión y el otro como consecuencia de una muerte súbita, por eso él no debía perder tiempo, no fuera que lo agarrase la parca antes de lo esperado. Pero

también sabía que no podía ser atolondrado y apurarse solamente para hacerlo y que al final lo descubrieran.

CAPÍTULO 5

LUIS EN LA COLIMBA

A todo esto, Luis ya había llegado a la edad de cumplir con el servicio militar obligatorio, esto se hacía sólo para darles con el gusto a los milicos y así perder uno o dos años de la vida de un joven al divino botón y sin aprender absolutamente nada. Rogaba -sin ser creyente- a dios y a todos los santos y vírgenes existentes y que no existían todavía, que en el sorteo le tocara un “número bajo”, para con eso salvarse de la milicia -ya que no le gustaban los militares- y, caso contrario que le saliera un número como para que lo destinen al Ejército; es que ni de casualidad quería ir a perder dos años de él en la Marina de Guerra, lo que casi seguramente lo llevaría a cumplir con la “mili” en la base de Bahía Blanca o, lo que es peor aún, en un destino en una basa naval que estuviera más al sur del país o -fantaseaba- a alguna de las islas Orcadas del Sur, tal como había leído en un viejo libro que tenía su padre y que protagonizaba un meteorólogo -Juan Manuel Moneta- que se comió en ellas cuatro años.

En algunas oportunidades llegó a pensar que para salvarse de la maldita mili hubiera sido bueno tener algún defecto físico, pero -afortunadamente- no lo tenía. Así que imaginó la posibilidad de agarrar un revólver y volarse de un balazo el dedo más chico del pie izquierdo, que era el más inútil que tenía ya que

no le servía para jugar al fútbol, y que solamente le servía para caminar. Pero estas alternativas las desechó con prisa debido a que no tenía un arma de fuego a su alcance y que si la hubiese tenido no sabría de qué modo usarla. Luis a lo que más le temía, era al dolor que un balazo le provocaría y las secuelas en el andar que le irían a quedar, así que dejó de lado esta alternativa y se resignó a cumplir con sus “deberes militares”.

El día del sorteo, que se hacía por la Lotería Nacional y se transmitía por radio a todo el país, se prendió al receptor que tenían en el comedor de su casa para escuchar con ansiedad que número le había correspondido a sus últimos tres dígitos de la Libreta de Enrolamiento, ya que con ellos se produciría su alistamiento. La mañana del sorteo esperó ansiosamente que los chicos de la Lotería Nacional cantaran sus últimas tres cifras de su alistamiento y después de un rato lo cantaron. Le tocó el 539, con ése guarismo se dio cuenta de inmediato que no se salvaría de la colimba, pero se puso contento porque no le tocaría ser marinero. Luego de hacer los interminables trámites -en un cuartel- de la revisión médica, donde esperó que le encontrasen alguna enfermedad para salvarse. En esos momentos se acordó que tenía el testículo izquierdo agrandado y mientras el médico revisaba su cuerpo -totalmente desnudo- se atrevió a decirle a aquél que ese testículo le dolía mucho. Cuando el médico advirtió que era

cierto, se lo apretó -con su mano derecha- él gritó como un loco y el sádico “profesional de la salud” le dijo:

-“*¿Boludo, cómo no querés que te duela si te acabo de apretar un huevo?*”

En medio del dolor que le provocó el médico con su apretón, Luis no pudo menos que reírse de la ocurrencia verbal de aquél, no obstante, lo bueno del apretón fue que el tipo le dijo que tenía una varicosela testicular y por ello lo anotaría como “apto relativo”. Él no entendió -al toque- que es lo que era ese diagnóstico, pero al rato un compañero de desnudez le explicó que eso significaba que no lo destinarían al interior del país y que -lo más probable- es que fuera a alguna agrupación de servicios, por lo cual “*no se tendría que romper el culo cepillando caballos*” y esto lo puso contento ya que estaría cerca de sus padres y, con un poco de buena suerte, estudiar algo para no perder tanto tiempo en la carrera que iba a comenzar.

Así fue que tranquilamente esperó a que lo convoquen para saber a que lugar lo destinarían para hacer la colimba. Y un día de mediados de enero le llegó la cédula de citación para presentarse inmediatamente en el Primer Cuerpo de Ejército -aquél que estaba a unas pocas cuadras de Puente Pacífico y que pasada la dictadura de 1976 fue cerrado- y después de aguantarse varias horas de trámites y plantones supo que lo destinaban a un Comando de Artillería en ése mismo

cuartel. Esto lo satisfizo, ya que iba a estar cerca de la casa de su familia y así no perdería tiempo en ir hasta allá cuando saliera con algún franco, que alguna vez tendría que ser.

Después de recibir la ropa de fajina, las “pilchas” para hacer los ejercicios físicos y la ropa interior, le comunicaron que el uniforme de “salida a la calle” se lo darían dentro de unos días ya que no tenían borceguíes tamaño 45 -que es lo que calzaba Luis- y esto lo afligió, porque eso quería decir que hasta que no se la dieran no saldría del cuartel.

Pasaron varios largos e interminables días -que a Luis se le hicieron una eternidad- encerrado en algo que a él se le asemejaba a una cárcel y dónde lo único que hacía era correr de un lado para otro a los pitazos de un gordo, que en esos días averiguó que era un suboficial principal y al que siempre que se cuadraba ante él -calzado en alpargatas- debía decirle “mi”, lo cual le pareció por demás insólito y estúpido, ya que si el resto de los “colimbas” también le llamaban así, entonces lógicamente el tipo no pertenecía a nadie. Más estas disquisiciones lingüísticas y filosóficas no es lo que atormentaban a nuestro pobre soldadito sino que lo que lo tenían a mal traer eran las corridas como maleta de loco que le ordenaba el suboficial gordo, los cuerpo a tierra que tenía que hacer al finalizar las corridas y los saltos de rana. Todos ellos se intercalaban

entre los pitazos de ese gordo suboficial principal, que se llamaba Vallejo y que era un flor de hijo de puta y del cual pensaba que de “principal” lo que tenía era ser el “principal” gordo cabrón que tenía a los soldaditos con el culo al norte volviéndolos locos todos los días con sus pitazos.

Y mientras corría de un lado para otro sin tener que ir a algún lado, o hacía cuerpo a tierra, o saltaba como un sapo, según fuera la voluntad arbitraria del gordo Vallejo, Luis mascullaba entre dientes -muchas veces sucios de tierra o masticando pasto, según donde le había tocado caer- que ese tipo no merecía mejor cosa que ser cagado a balazos. En esos momentos acudieron a su memoria los afanes todavía no realizados de hacer un crimen perfecto, pero no encontraba la forma. Vallejo siempre estaba con otros suboficiales y Luis rodeado de otros colimbas y, lo peor, no tenía a su alcance arma alguna, pese a que todos los suboficiales y oficiales siempre andaban con una pistola al cinto enfundada en una cartuchera, como si eso fuese la prolongación del pequeño e inútil pene que seguramente eso era lo que tendrían entre sus piernas. Entonces resolvió que eso habría que dejarlo para cuando le pusieran un fusil en las manos para aprender a tirar y lo podría usar cuando tuviera que hacer guardia.

Pero cuando Luis se acostaba a la noche a dormir -reventado por las milongas que le habían pegado durante el día- y se daba cuenta que si mataba al

gordo panzón adentro del cuartel, rápidamente lo descubrirían, ya que las armas de fuego con las que disparase serían fácilmente reconocibles por el rastro que dejaban dentro de sus “almas” y que así identificarían quien la había usado en el horario en que fue disparada. Así es que no tuvo más remedio que desechar la idea y seguir “bailando” al compás de la voluntad del hijo de puta de Vallejo.

A la semana de estar encerrado en el cuartel un enfermero militar lo hizo formar en fila junto a los otros reclutas, sin la camisa y, cuando tomó noción de lo que sucedía, le clavaron una aguja enorme -como las que se usan en las caballerizas- en medio de la espalda. Otro colimba le dijo que era una polivalente para que no se contagiaran alguna enfermedad; el resto de los soldados se colocaron la camiseta musculosa y tuvieron un buen rato de descanso. Pero Luis comenzó a sentirse descompuesto y le empezó a subir la fiebre -seguida de fuertes temblores- el calor febril le subía sin parar; al caer desmayado alguien -o algunos- lo llevaron a la enfermería y lo internaron, dándole quinina para bajarle la temperatura. Esto había ocurrido ¡justo ese fin de semana que dejaban entrar al cuartel a las familias para visitar a sus hijos! más Luis no los pudo ver porque estaba temblando de fiebre en la enfermería y se la tuvo que aguantar estando tendido allí solo.

Pasados tres o cuatro días -culpa de la fiebre altísima que tuvo no podía recordar bien cuántos habían sido- lo devolvieron a la “cuadra” junto a los otros reclutas y luego de otro par de días de descanso en que solamente lo hacían hacer “imaginaria” en la cuadra, lo cual consistía en pasar el lampazo por el piso -el que siempre debía estar brillante- en los casi cien metros que medía aquella y, además, por debajo de las camas cuchetas que se ubicaban a ambos lados del pasillo central.

Mientras tediosamente hacía la tarea -impuesta por un Cabo Primero- pudo observar que del “cofre” que había ubicado detrás de su cama misteriosamente le “desaparecieron” todas las ropas que le habían asignado al hacer la distribución de pilchas y que en su momento les advirtieron a los reclutas que cuando les dieran la baja deberían devolverlas y que, si no las podían devolver, tendrían que pagarlas. Esto de tener que pagar no le hizo la menor gracia y, entonces, se dio cuenta que comenzaba a consumir su primer crimen: así es que empezó a robar disimuladamente -cuando no habían otros compañeros en la cuadra- cada una de las pilchas que a él le faltaban. Luis no era tonto y advirtió que esto no podría ser un crimen perfecto, ya que si todos los reclutan robaban algo de los otros, entonces así se formaba una cadena sucesiva de robos, por lo que si todos ellos eran ladrones, en definitiva, entonces ninguno lo era y él

no habría cometido crimen alguno, vale decir, su proyecto habría fracasado. De estas experiencias de colimba sacó un aprendizaje impensable, el cual era que ahora había aprendido a robar, lo cual no era poca cosa y que debía agradecersele a la colimba por ser tan perfectamente honesta.

Después de una semana de aquella dolorosa inyección en su espalda se enteró que a todos los reclutas les iban a aplicar otra vacuna de “refuerzo”, lo cual lo aterrizó como si hubiera visto al demonio. Entonces se acordó que uno de los que ponía las inyecciones era un colimba que estudiaba bioquímica y que dormía en una cama junto a la suya y que además -por estar entre los de mayor estatura- conformaban la primera escuadra de tres cuando los hacían formar para aprender a marchar. Por todas esas casualidades es que trabó una relación casi amistosa con el “Flaco” Cruz y se animó a pedirle que cuando estuvieran inyectando con el refuerzo a los colimbas el Flaco se le acercara por atrás, le clavara la aguja -para dejar la huella que lo habían “clavado”- y la sacara volcando el líquido en el algodón que Cruz tendría en su mano izquierda. El Flaco le entendió sus temores y aceptó hacer la trampa que Luis le pedía, aunque con seguridad en algún momento le pediría una retribución. De tal modo, cuando el Sargento Peralta -quien lo tenía entre ojos- viniera a revisar su espalda

encontraría el agujero que le había dejado impreso la aguja y entonces no podría reprocharle nada a nadie.

Y así continuó la rutina de Luis, corriendo, limpiando y “bailando” hasta que en el primer sorteo que hicieron una tardecita en el detal sacaron el nombre de él -entre otros pocos- para salir esa noche a comer y dormir en su casa. Nunca supo porqué hacían esos sorteos, pero la cuestión es que durante quince días siguió “pegándole” a la suerte en esos sorteos. Estaba contentísimo de poder ver todas las noches a sus padres, comer con ellos y dormir como la gente en una cama cómoda y no en la porquería que tenía en el cuartel; su mamá con celeridad le preparaba las comidas que sabía que a él le gustaban. Todas las mañanas se levantaba a las seis de la mañana para decir presente a las siete en el cuartel, sin ser castigado por haber demorado en llegar.

Una tarde su nombre no salió sorteado y tuvo que quedarse a comer la bazofia que le daban en el cuartel, para rato -después de cenar- ir a acostarse nuevamente en una cama incómoda que nada que ver con la de su habitación. Lo insólito sucedió a las cinco de la mañana cuando la compañía dormía a pata tendida en medio de la “baranda” que producía el olor a pata de más de cien muchachos y con los fuertes ronquidos de muchos de ellos: en ese momento prendieron la luz del galpón y un suboficial los despertó ordenando que todos

los milicos formaran -de inmediato- al pie de sus camas en el pasillo central. Luis resolvió ignorarlo y se quedó acostado haciéndose el boludo, ya que él estaba alejado del “suncho”, hasta que escuchó que aquél -a los gritos- vociferaba algo así como:

“Necesitamos cuatro reclutas que tengan sangre grupo 0 Rh negativo, que se presenten al detal para concurrir al hospital y donar sangre para la esposa de un oficial. Los primeros cuatro que estén conmigo tendrán tres días francos”.

Sin pensarlo Luis se levantó, sin calzarse las alpargatas, corrió y llegó primero hasta el lugar, no podía creer la suerte que tenía, de inmediato un soldado encargado del detal confirmó en los legajos que cada uno de ellos tenía ese tipo de sangre -la de los boludos, que pueden darle sangre a todos pero que sólo reciben de los que tienen el mismo tipo de sangre- y cuando les informaron dónde debían presentarse, salió raudamente junto a los otros tres soldados hacia el hospital indicado, ahí les extrajeron la sangre y les dieron algunos consejos, como la de tomar un fuerte desayuno. De más está contar que cuando Luis llegó a su casa y despertó a sus viejos la mamá no podía creerlo, se lo comió a besos y de inmediato le hizo una leche chocolatada bien calentita con varias rodajas de pan francés untadas con manteca y dulce de leche. Charló un rato largo con sus

padres y un montón de minutos más tarde ellos lo mandaron a dormir dado que le hacía falta luego de la “sangría” que le hicieron en el hospital.

De tal suerte Luis durmió largo y tendido hasta el mediodía sin que lo despertara la estridencia de un clarín o la voz ensordecedora de un milico que ordenaba “*todo el mundo de pie, reclutones*”. Bien pasadas las doce del mediodía se despertó y no podía creer que se estuviera vistiendo como una “persona normal” -luego de pasado más de un mes haciéndolo con un uniforme de fajina- y mucho menos que cuando acudió a la mesa familiar se encontrara con una enorme parva de milanesas de lomo y otra de papas fritas, las que deglutió mientras sus padres le preguntaban por la vida en el cuartel y la madre insistía en averiguar sobre que contenían los pucheros que -por lo general- allá le daban.

Luego de la saborear como nunca la abundante, esperada y sabrosa comida, su mamá le trajo unas deliciosas frutillas con crema como las que solamente había comido en la pizzería “Las Cuartetas” de la Avenida Corrientes y, ya con la pancita llena y el corazón contento, salió a encontrarse con los amigos del barrio, estaba contento como perro con dos colas. De más está decir que para ese entonces Luis no recordaba siquiera un instante en cometer el crimen perfecto, porque ahora para él la vida era demasiado bella como para pensar en otra cosa que disfrutarla, aunque bien sabía que su crimen también

sería un máximo disfrute... pero era mejor dejarlo para más adelante. Y, después de pasar la siesta hablando pavadas con sus amigotes, bajo la reparadora sombra de los árboles de las anchas veredas del barrio, retornó a su casa y buscó algunos apuntes y un libro de Introducción a la Filosofía escrito por un gallego y que ésa era una materia que todavía le faltaba rendir y así se puso a repararla y estudiarla.

Pero, como no hay mal que dure cien años, tampoco hay felicidad que los dure, aunque sus padres lo hubieran cubierto de mimos y cariño; así que a la tercera noche se acostó temprano sabedor que a las seis sonaría el despertador para recordarle que debía volver al infierno de la colimba. Y, regresado al cuartel se reinició la rutina de correr a cualquier lado sólo porque se lo ordenaban, de limpiar un piso que diez minutos antes había refregado otro recluta y de bailar con el salto de rana a los caprichos de un suboficial estúpido o de un oficial que creyó que no lo había saludado juntando los dedos de sus dedos mayores de sus manos a la costura del pantalón. También Luis comprobó fehacientemente que aquello de *“temprano, al pedo pero temprano. ¡cómo los milicos!”* era absolutamente verdadero, ya que a las seis de la mañana sonaba estridentemente el clarín en el patio de armas de la guarnición -lo debían de haber escuchado hasta en Rosario- y debía vestirse con los ojos entrecerrados, tender la cama tan tirante que podía rebotar una moneda lanzada por el suboficial de semana, correr a lavarse en unos

lavabos mugrientos, largos y grises como esperanza de pobre, formar fila rápidamente para ir a desayunar una taza de mate cocido con un pancito y después a hacer cebo caminando sin sentido -como los locos- por las calles internas del cuartel hasta que a las siete comenzaban a fajarlos con aquello del “orden interno” y “orden cerrado”, algo que nunca pudo entender para que servía.

Y así fue pasando el tiempo corriendo, limpiando y barriendo, hasta que observó que en su compañía habían reclutas acomodados que ya habían dejado de hacer las imbecilidades que le hacían hacer a la mayoría -entre los que estaba él- y que ahora hacían otras estupideces: eran chóferes de comandantes, o soldados de órdenes -una suerte de sirvientas de un oficial superior- o a trabajar como oficinista en alguna dependencia del Comando, lo que les permitía tener algunas horas libres a la tarde, ya para estudiar, ya para vagar. En este sentido nunca iba a olvidar a la figura del soldado “Gordo del Perro”, quién en su opinión -y la de otros colimbas- era el mayor “lame bolas” que conoció. El Gordo siempre andaba bien atildado y mantenía perfectamente lavado y lustrado el vehículo de su jefe -como para poderse reflejar en un espejo- y, lo más divertido, era verlo correr como un pichicho a abrirle la puerta al auto del Coronel cuando el vejete bajaba de su oficina para subir al vehículo.

Luis no tenía “banca” alguna como para conseguir un laburo de esos, pero sí era atrevido y no quería pasar toda la vida limpiando el piso, los baños o yendo a hacer tareas de albañilería, sobre lo cual tenía menos ideas que un canguro. Así es que se animó a solicitarle autorización al jefe de la compañía -el teniente Chávez- para hablar con el jefe de la División Central del Comando de Artillería para explicarle que él era estudiante y necesitaba algunas horas del día para estudiar. Chávez le dijo que él no tenía problemas en autorizarlo, pero que seguramente el teniente coronel lo iba a “*levantar como sorete en pala*”, puesto que era un tipo muy cascarrabias. Sí, ya algunos compañeros le habían contado que el teniente coronel Gil -el Jefe que iba a solicitarle lo recibiera- era un hijo de puta, pero debía hacer el intento de encararlo.

Luis sacó fuerzas de flaquezas y a la mañana siguiente se presentó -con las ropas limpias y bien planchadas, las uñas bien cortadas y unas ganas bárbaras de conseguir lo que se proponía- ante el teniente coronel Gil y cuadrándose para saludarlo, le explicó lo que necesitaba. Cuando aquél, luego de escudriñarlo de arriba abajo se sonrió de que un miliquito se atreviera a presentarse a su despacho, Luis le expresó con voz firme y sin titubeos sus deseos de hacer sus tareas de soldado en alguna oficina. Gil, sin levantarse de su sillón ubicado detrás un amplio escritorio, le preguntó si sabía escribir a máquina, a lo que Luis le

respondió que un poquito; entonces Gil le dijo que necesitaba un soldado para trabajar en la mesa de entradas y -si Luis quería ocupar realmente el puesto- debería escribir a máquina a máxima velocidad. De manera sorpresiva le ofreció que se encerrara en la oficina -en la que iría a trabajar- todas las tardes y que sólo aprendiera a mover rápidamente los dedos sobre el teclado; Luis no entendía nada, el ogro se había convertido en un manso corderito y sin dudar aceptó el envite.

Ese mismo mediodía le comunicó la novedad al jefe de la compañía, el teniente se sorprendió que Gil no lo hubiera “*sacado de una patada en el culo*” y lo autorizó a trasladarse a la oficina, que le habían indicado y que lo hiciera después de almorzar, por lo cual lo relevaba de las rutinarias tareas de la tarde en la compañía. Y a las catorce horas salió disparado a la Mesa de Entradas, previo haberle pedido la llave al suboficial -el Suboficial Principal Rojo- quien era el encargado de la Mesa de Entradas, que trabajaba en una pieza contigua y a quien el Teniente Coronel ya le había anticipado la concurrencia de Zárate para escribir en la máquina de aquella dependencia del Comando de Artillería.

Luis se encerró en la oficina y comenzó a pegarle con los dedos índices al teclado de la vieja Olivetti copiando los textos de viejas planillas del Correo Ejército y los partes diarios que se habían hecho en aquella repartición. A los dos

días ya se acordaba de lo que alguien le había dicho acerca de dividir el teclado en una parte para la mano derecha y otro para la izquierda, a la par que había que agregar los pulgares para golpear sobre la tecla espaciadora. Al fin de la semana sumó los dedos medios de ambas manos y realmente escribía de memoria la mayoría del material que se usaba en la oficina. Por ello se presentó ante el Teniente Coronel para comunicarle que creía que estaba en condiciones de rendir examen; así el ogro -con la cara que parecía picoteada de viruela y que a veces semejaba una frutilla- al que todos le temían, tanto soldados, suboficiales y oficiales le dijo que lo esperara en la pieza mientras otros dos soldados que trabajaban ahí y que sólo limpiaban el piso y los muebles, en tanto uno de ellos golpeaba con un dedo la vieja máquina a la vez que a cada rato salía a repartir la correspondencia llegada a otros despachos del Comando.

Ahí esperó Luis -de pie y sin pensar en sentarse- más de dos horas hasta que por fin llegó el Teniente Coronel. Éste lo miró fijamente y le pidió que copiara el parte de avance del día anterior, sin quererlo Luis le pidió permiso para sentarse frente a la máquina, a lo que el Jefe, socarronamente, le preguntó: “soldado, ¿sabe escribir de parado?”. Y Luis -ante la mirada burlona del Principal Rojo que también se hizo presente- puso sus dedos a la obra, tratando de escribir lo más rápido posible y, a la vez, sin cometer errores; luego de cinco minutos de

teclear sacándole humo a la maquinita el Teniente Coronel le dijo que era suficiente y él esperaba ansioso un juicio de su examinador y, sin hesitar, aquél le ordenó al Suboficial Principal que de ahora en más éste recluta que tenían adelante iba a trabajar en esa oficina. Y luego vino lo inesperado. El “ogro”, sin que Luis dijera cosa alguna, le informó que cuando terminara con sus obligaciones en la oficina estaba autorizado a retirarse durante la tarde para asistir a clases en la Facultad. Luis de un salto se puso de pie y se cuadró, volaba de ganas por darle un beso y un abrazo al Teniente Coronel más, como es obvio, se quedó quietito y petrificado, solamente se atrevió a decir “*Si mi Teniente Coronel*”, a lo cual no pudo dejar de agregar un sincero “*Gracias, señor*”.

Al retirarse el “jefe” Luis salió disparando a comunicarle la novedad al Teniente Chávez y éste le recordó que debía volver al cuartel a las siete de la tarde. Así se preparó ansiosamente a que llegara el día siguiente para presentarse a cumplir con la nueva misión que le habían encomendado y luego de un par de días se encontró con una nueva sorpresa. El Principal Rojo le preguntó si tenía moto o bicicleta, Luis le respondió que no tenía, pero que podía conseguirla si eso era necesario; entonces Rojo le dijo que a las ocho de la mañana había que ir a una sucursal de correos cercana a retirar la correspondencia que mandaban para el Comando. Él no se iba a perder la oportunidad de estar más tiempo en la calle

y menos en la “cárcel”, así que esa tarde le preguntó al padre si le podía conseguir alguno de los vehículos que le había reclamado Rojo. De inmediato el padre recordó que tenía una moto vieja en el taller que un cliente le había dejado hacía como dos años y que en dos días –quizás menos- se la podía arreglar como para usarla.

Por supuesto que su papá se esmeró -dejando otros trabajos de lado- para dejarle una moto italiana de 100 centímetros cúbicos como si fuera una cero kilómetro y le pidió que la probara andando con cuidado y que debería sacar el carné. A Luisa no le agradaba que su hijo anduviese en moto, pero se resignó ante la euforia de su hijo. Cuando Luis le informó a Rojo que ya tenía moto éste le dijo que esa noche la trajera al cuartel y que la guarde en un taller que había en el Comando. A la mañana siguiente Rojo le ordenó que fuera al correo y así lo hizo, retornó al cuartel una hora más tarde y Rojo enfurecido le inquirió por qué razón se había demorado tanto, a lo que el recluta Luis contestó con la verdad: había una cola larga en la ventanilla para retirar correspondencia. Y nuevamente una sorpresa para Luis, el Principal le dijo que iba a arbitrar los medios ante Chávez para que se quedara a dormir en su casa y estuviera entre los primeros en la ventanilla. Era increíble, pero cierto. Esa tarde a las quince se fue a su casa y contó la novedad, comió, luego estudió, cenó con sus padres y a las veintiunas se

mandó al “sobre” poniendo el despertador para sonar a las seis. A la ventanilla llegó a las siete en punto y fue el primero de la cola que se iba a armando detrás suyo, iba llevando un bolso y un portafolio para cargar los sobres y paquetes que le entregarían los empleados del correo.

Una vez arribado al cuartel -quince minutos después de las ocho- se sorprendió por la reacción de Rojo quien le reclamó que para el día siguiente se demorara menos. Ganas no le faltaron de mandarlo a la mierda, pero eso era lo que el otro quería provocar para mandarlo en cana a un calabozo y sacarse de encima al acomodadito ese. Pero Luis continuó estando acomodado durante su mili y aprovechó la estima que le tenía el Teniente Coronel Gil para poder cursar -a medias- un par de materias y rendir otras. Esto lo pudo hacer gracias a que intuyó y entendió con rapidez el punto flojo del “jefe”. Ocurrió cuando éste lo llamó para decirle, casi en secreto, lo siguiente:

-“Zárate, cuando yo lo llame con un timbre, usted viene a mi despacho. Si yo estoy reunido con otros oficiales les preguntará que quieren tomar y pedirá del Casino de Oficiales que traigan para cada uno lo que quiera tomar y -ya sabe- que a mi me traerá el té frío de siempre”.

El té frío no era otra cosa que una taza de whisky escoses que se guardaba en un armario, cerrado bajo llave, en la oficina donde trabajaba Luis y que sólo él podía abrirlo y estando a solas sin la mirada de terceros. El Teniente Coronel

se tomaba tres o cuatro tazas todas las mañanas y no se ponía en “pedo” ni de cerca. Gracias a esta complicidad -delictiva para el código militar- es que Luis conseguía periódicas licencias por estudios o para rendir parciales, lo cual le permitía no solamente estudiar sino sobre todo poder alejarse del ambiente cuartelero, al que a los tres meses de vivirlo ya lo estaba odiando. Luis sentía como que el tiempo no pasaba y hasta llegó a tener la fantasía aterradorante que iba a ser soldado de por vida, que la baja no llegaría nunca para él. Esto en algunas oportunidades se convertía en un nudo inaguantable, al que lo sentía en la garganta y creía que se ahogaba por la falta de respiración, era una cosa opresiva que le llenaba el alma y hasta se despertaba en medio de la noche con pesadillas en las que veía -reflejado en un espejo pésimamente azogado y astillado- a un viejito con una larga barba blanca, canoso y vestido con uniforme verde oliva en donde aparecían, cerca del hombro, empequeñecidas y sucias las siempre odiadas tiras de los despreciables Cabos. Era como que el tiempo se le había convertido en una infinidad cósmica de la que nunca regresaría.

Llegada la primavera Luis creyó que no habían pasado nueve meses desde su arribo al cuartel, sino que eran nueve años; ya se habían ido de baja algunos compañeros, un par con problemas de salud, otro porque era pariente del Jefe de Estado Mayor del Comando y unos pocos más que habían ganado un sorteo para

salir de baja. Pero él seguía prisionero de un sistema carcelario perverso que cada día le resultaba más inaguantable; pensó en la posibilidad de escaparse convirtiéndose en desertor, lo planificó escapando al exterior, pero no tenía documentos -la Libreta de Enrolamiento se la retuvieron en el cuartel en el momento de su incorporación- y no había dejado de escuchar las advertencias que -periódicamente y con bastante discreción- les hacían algunos “sunchos” sobre los peligros de la desertión: serían juzgados por un Tribunal Militar y condenados a pasar varios años en alguna guarnición del Ejército en el lejano y olvidado sur patagónico. Es obvio que Luis también desechó la posibilidad de cometer este delito, debido a que tenía muchas probabilidades de no ser perfecto, tal como él lo tenía pensado y que -en este caso- deseaba ansiosamente que así fuera: estaba podrido de la conscripción.

Y de tal modo, sufriendo cada día más una disciplina que no comprendía para que les podrían a los soldaditos ser de alguna utilidad en su futuro, a la vez que no se aguantaba más las injusticias que observaba a diario que se cometían con soldados que no tenían acomodo alguno por influencias familiares -él era un acomodado, pero gracias a la propia gestión- fue pasando el tiempo sin que lo notara y llegó el tres de enero. Esa mañana se enteró que había salido con el número favorecido para irse de baja de inmediato. No lo podía creer, él no podía

tener tanta suerte dentro de aquel ámbito perverso, sacó cuentas y notó que todavía no había pasado un año desde que llegó hasta ahí.

Ahora Luis volvía a ser un civil que no debería soportar ni responder más órdenes autoritariamente estúpidas que salían -como graznidos- de la garganta borracha de estúpidos autoritarios. En casi un año de colimba solamente había aprendido a robar y mentir.

CAPÍTULO 6

LA CONTINUACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE LUIS EN LA UNIVERSIDAD

Luego de aquellos tristes sucesos que Luis protagonizara y sufriera con la hermosa, deseada y nunca poseída Rosita -episodio del cual tenía plena conciencia que toda la culpa fue solamente de él, por haberse comportado como un adolescente enamorado y, además, por no saber un carajo de política- y ya habiendo dejado de lado el episodio perversamente triste de su servicio militar, Luis resolvió retomar a full sus estudios... aunque no estaba muy seguro de volver a cursar en psicología, en realidad no quería retornar a la Facultad de “Filo”. Todavía resonaban en sus oídos los chillidos histéricos de Rosita puteándolo a lo loco, basureándolo como un a trapo de piso y aquello lo retornaba a sentir la profunda vergüenza de sí mismo que lo había embargado en la oportunidad en que se produjo.

Como no quería volver a encontrarse con la gente de psicología resolvió cambiar de rumbos académicos y decidió retornar a su vocación original -la que fue desplazada en una primera oportunidad- que era la de hacer algo relacionado con la economía que, si bien no le satisfacía en plenitud, sin embargo con ella

tenía una casi certeza que iba a ganar una buena cantidad de dinero en su futuro como adulto.

Así es que fue a parar a la Facultad de Ciencias Económicas, la misma que está ubicada sobre la avenida Córdoba y casi frente mismo al Hospital de Clínicas. Se inscribió en el Ciclo Básico sin haber tomado una decisión definitiva acerca de cual línea continuaría, pero para eso le sobraría tiempo para decidir que orientación final darle a sus estudios.

Luis sentía la necesidad de dedicarse de lleno a algo que no fuesen las mujeres, para reemplazarlas y que no lo volvieran a joder siempre tenía -a mano- a su buena amiga *Manola*, aunque recurriendo cada vez con menor frecuencia a su apoyo. Es que no necesitó de mucha inteligencia para darse cuenta que debía -y podía- depositar su libido en algo que fuese más productivo que en hacerse la paja. Probablemente esto lo aprendió en la colimba, ya que llegaba rendido a la cama y, de tal modo, pocas veces sentía que se le paraba la pistola como para poder masturbarse.

De tal manera, Luis retomó nuevamente sus estudios, haciéndolo con énfasis para olvidar los dos episodios traumáticos consecutivos que había sufrido en sus apenas veinte años, como fueron los de Rosita y el del maldito servicio militar obligatorio. Unos años más tarde se enteró -por un amigo que había

dejado durante su paso por psicología- que Rosita se había juntado con un hombre mayor que ella; el tipo tenía mucho dinero e ideológicamente estaba ubicado en las antípodas de la muchacha. Le pareció imposible, pero sin mucho esfuerzo entendió que la plata tira más que las ideas y racionalizó que Rosita no lo rechazó a él por no ser de su “palo” -políticamente hablando-, sino porque creía que era un seco de última.

También varios años después se alegró -como si todavía fuera un jovencito que estuviese a punto de ser sorteado para la colimba- cuando el Presidente Menem, al que él despreciaba por un sinfín de razones, resolvió eliminar el servicio militar obligatorio. Esto fue como consecuencia del asesinato de un soldado -por parte de un oficial, o algo parecido, no lo tenía muy claro el caso- en una guarnición del sur argentino.

Comenzó en Ciencias Económicas sin decirle una palabra a nadie que antes había estado inscripto en psicología, esto es porque todavía le duraba el abochornamiento que sufrió en un pasillo de aquella Facultad. Para ir a la Facultad, como así también para retornar a su casa, utilizaba los colectivos 12 o 39 o, a veces, el subterráneo que lo dejaba en la estación Facultad de Medicina y de ahí tenía un par de cuadras hasta su Facultad, las que aprovechaba para divagar en un sinfín de cosas, menos en el estudio.

Una de las cosas que más le gustaba de estudiar en la Facultad de Ciencias Económicas fue que el número de mujeres que tenía como compañeras era escaso y, a las que había, les pasaba poca bolilla. Hablaba muy poco con sus compañeros y, durante el primer año de la cursada, no hizo amistades; prefería repasar el tema de algún parcial en solitario frente a un café -cortado con unas gotas de leche- en un barcito de las cercanías de la Facultad y estudiaba en su casa con los apuntes que él había tomado -jamás los pedía prestados- pero, eso sí, con los libros que tomaba a préstamo de la Biblioteca o que a veces compraba.

En general, Luis prefería hablar poco cuando transitaba por los espacios académicos; se inclinaba en los momentos libres -entre una clase y otra- por dedicarlos a continuar rumiando sobre cómo iba a realizar un homicidio -único delito que entendía que realmente era tal- y que nunca lo fuesen a descubrir después de haberlo hecho. Observaba uno a uno a sus compañeros y a más de alguno de ellos les encontró causas por las que debieran ser matados por él. Unos por ser escandalosamente charlatanes y que hablaban a los gritos, cosa que lo incomodaba profundamente; otros por ser muy fanfarrones haciendo despliegues repugnantes de machismo -o de riquezas- y porque estaban permanentemente a la pesca de levantarse a alguna minita fácil -de entre las pocas que cursaban en la

Facultad- que se cayeran seducidas ante las expresiones de poderío material de aquellos tipejos.

Una vez más, Luis fue desechando a cada una de sus posibles víctimas en el espacio universitario, ya que cualquiera que fuese muerto por él, lo convertiría en un sospechoso por el sólo hecho de haber transitado los mismos lugares que quien fuera sacrificado por sus intentos criminales, que él los consideraba instintivos. Por esta atribución de orígenes resulta más que evidente que su corto paso por la carrera de Psicología no le había servido de mucho para su intelecto o sus conocimientos.

Y cuando comenzó a estudiar los primeros temas de economía se encontró con un texto que le impactó profundamente desde el momento mismo en que lo empezó a leer, ya que algunos capítulos eran de lectura obligatoria. Este fue uno de P. Samuelson que se titulaba "Curso de Economía Moderna", debido a que absorto pudo leer en la primera página -en el quinto renglón- que hacía referencia a una "*... teoría psicológica de que el cerebro es como una especie de buhardilla, donde sólo cabe un número limitado de cosas*". Esto le hizo recordar algo que había aprendido en sus originales estudios universitarios y, sin saber porqué, se puso muy contento, lo que lo llevó a enfrascarse cada vez más en aquél libro.

De tal modo Luis inició los nuevos estudios universitarios aprobando -sin mucho esfuerzo- las primeras materias, estudiaba bastante y, simultáneamente, continuaba jugando al básquet en la canchita del cura Pedro con sus amigos del barrio. En cuanto al fútbol solamente lo hacía yendo a la cancha de Defensores de Belgrano, que no quedaba muy lejos de su casa y adonde a veces iba caminando o, si estaba muy vago, se tomaba el colectivo 229 que lo dejaba a un par de cuadras. En ése club podía jugar un rato al fútbol siempre que el equipo local no la utilizara, ya que sábado por medio jugaba de visitante.

Las materias que más le gustaban de la carrera eran las teóricas, sobre todo las que hablaban de historia, ya que en ellas no sólo se hacía referencia a cuestiones de historia económica, sino que también hacían referencias a hechos políticos, sociales, religiosos y militares. Entre ellas Historia Económica era la que se destacaba en sus preferencias, ahí no solamente tenía profesores a los que admiraba sino que hasta algunas clases lo llegaban a deslumbrar. A veces los consideraba dignos de respeto, sobre todo al titular de cátedra, que era quien dictaba su asignatura sin llevar apunte alguno que lo ayudara en su quehacer pedagógico y se presentaba como el dueño de una memoria prodigiosa, era como una enciclopedia andante. Lo veía como a un personaje notable al que en algún momento le gustaría llegar a parecerse, ya que recordaba fechas, nombres de

personajes y hechos históricos sin necesidad de ayuda memoria alguna. Sus recursos pedagógicos se limitaban al uso de la lengua y a la tiza sobre el pizarrón, tenía una elocuencia incomparable y su letra en la pizarra era perfectamente legible. Por desgracia no tuvo muchos otros docentes semejantes a aquellos que dictaban Historia, los que, sin dudas, conformaban un excelente equipo de cátedra ya que los auxiliares intentaban, con bastante éxito, repetir las virtudes del titular. Sin embargo, del equipo de cátedra que dictaba algo así como Introducción a la Filosofía Económica, se llevó un grato recuerdo, ya que se parecían bastante a los de Historia.

Mientras cursaba Historia trabó relación con la única persona que podía considerar algo parecido a lo que definía como un amigo; se trataba de Carlitos A., un muchacho retraído como él que conversaba muy raramente con algún otro compañero. Posiblemente la semejanza con él -en eso de ser tímidos- hizo que casualmente se encontraran al salir del aula, siempre entre los últimos y allí comenzaran breves conversaciones, las que se repitieron varias veces y -pocos días más tarde- hasta fueron a tomar un cafecito juntos, al que invitó Luis. Los cafés compartidos se replicaron con el correr de los días y ambos empezaron a contarse algunas cosas privadas -no muchas en el caso de Luis- y arribaron a una excelente relación.

De más está decir que Luis en momento alguno se abrió a Carlos a punto tal como para confesarle sus secretos planes homicidas, pero eso no obstaba para que hablaran bastante de fútbol; Carlos era hincha de Boca y se cargaban mutuamente cuando el equipo del otro había perdido el domingo anterior. Inclusive, no solamente compartían la satisfacción por las disciplinas nombradas, sino que hasta sentían el mismo disgusto por Análisis Matemático. Como Luis había comprado el libro del “gallego” Rey Pastor, que escribió con unos ignotos - para ellos- Pi Callejas y Trejo. Rey Pastor era el mejor especialista en la materia y lo usaban casi de manera textual los profesores de la cátedra. Por eso se le ocurrió invitar a Carlos un fin de semana a estudiarlo juntos en su casa, cosa que aquel aceptó y concurrió allá un sábado. La mamá de Luis lo recibió con la mayor atención y les preparó un bizcochuelo para comer a la hora del té. Durante un descanso del estudio, Carlos le contó que Rey Pastor no era un bicho raro inexistente, sino que averiguó -o le contaron- que en esos momentos estaba viviendo en San Luis, en dónde dictaba clases en la Universidad; esto sorprendió a Luis a tal punto que llegó a sugerirle a su compañero que viajasen para verlo, para saber si era cierto que un “bocho” como ése podía existir, que fuese realmente un tipo de carne y hueso al que se lo podría ver y oír.

Esta intención de hacer un largo viaje juntos -en el tren Aconcagua o en El Libertador, según cual fuese más barato- se frustró prontamente debido a que se enteraron, en una de las clases por un docente, que el viejito Rey Pastor estaba muy enfermo y que raramente daba una conferencia en la Facultad de Ciencias de San Luis, por lo cual no era prudente hacer un viaje tan largo y, para colmo, a una Provincia que no tenía atractivo turístico alguno. Sin embargo no abortaron el propósito de hacer un viaje junto y mucho conversaron sobre trasladarse a algún otro lugar del país a pasar las primeras vacaciones de verano sin la familia que los controlara de manera constante, como si fueran unos vigilantes.

Lamentablemente los proyectos de viaje -y la misma relación armónica entre ambos- se truncó cuando Carlos le informó que se trasladaría a estudiar a la Universidad de La Plata, ya que a su padre lo habían trasladado -por cuestiones del trabajo en Yacimientos Petrolíferos Fiscales- a una localidad cercana a aquella ciudad en una refinería de aquella empresa y, entonces, él ya estaba solicitando que le considerasen las equivalencias de las materias cursadas para ir a continuar sus estudios a la “ciudad de las diagonales”.

Esta novedad, al instante de serle transmitido en un bar, ubicado a una cuadra de la Facultad -el café Martínez- mientras sorbían un cafecito, a Luis le cayó como una tremenda pateadura en los testículos, la misma lo dejó

estupefacto, turulato y, cuando pudo salir de la conmoción que le produjo la noticia reaccionó hipócritamente como si fuera un duque inglés. Con suma cortesía le deseó a Carlos el mayor de los éxitos en su nueva experiencia y quedaron en que viajaría a La Plata para visitarlo y estar unos ratos juntos para intercambiarse informaciones, aunque él no tenía la menor intención de cumplir con lo prometido. Para Luis la relación se había terminado, tenía la impresión que había sido objeto de una traición, de un engaño. No podía interpretar que aquella no había sido una decisión de Carlos, que iba más allá de lo que aquél podía hacer por su cuenta. Eso no le importó, simplemente no lo toleró y nuevamente comenzó a mascullar una venganza contra alguien, al igual que había hecho con Rosita un par de años antes.

Durante algo menos de una semana dejó de asistir a los cursos de la Facultad y recorrió barcitos lejanos a aquella y a su domicilio tomando no sólo un café, sino que más de una vez se bajaba una rica copa de vino tinto, pero sin llegar a ponerse en pedo, ni siquiera a marearse un poco. Es que Luis sabía manejar sus deseos étlicos y tenía plena conciencia que bajo sus vapores no se lograban aceptables conclusiones para ningún proyecto. Mientras deambulaba de un bar a otro Luis maquinaba como alcanzaría su objetivo de venganza sobre el traidor, a la par que hacerlo coincidir con su proyecto de última, cual era el

crimen perfecto. Y una vez más advirtió que -de matarlo- de alguna manera dejaría una huella de la amistad pasada y esto complicaría sus planes y, además, advirtió que la venganza no era útil para el crimen perfecto, precisamente porque dejaba una huella del autor del homicidio. Así fue que Luis nuevamente desestimó las planificaciones hechas para deshacerse de quien había sido su compañero y único amigo durante sus estudios -hasta entonces- en la Universidad.

Y Luis retornó a la Facultad, con bastante bronca advirtió que nadie había notado su ausencia de las aulas; ni los docentes y, lo que era peor aún, ni siquiera sus compañeros lo extrañaron. Esto último hizo que surgiera en Luis una cuestión paranoica, ya que sospechó de una confabulación o conspiración en su contra montada por todos aquellos, aunque pasada la primera semana dejó de lado la sospecha de una persecución perversa. De cualquier manera y luego de superar esta nueva frustración, continuó con sus estudios de un modo adecuado, aprobaba los trabajos prácticos y rendía con éxito las materias que tenía bien preparadas.

Asimismo, por sus buenos rendimientos académicos hasta llegó a ser o convocado por un docente para que se incorporara a su equipo de cátedra para participar como auxiliar de docencia e investigación de segunda categoría, es

decir, ayudante alumno ad-honorem, que es el primer escalafón de la carrera docente universitaria. Esta convocatoria personal en un principio lo llenó de orgullo debido a que lo habían tenido en cuenta, aunque inmediatamente desestimó la invitación -agradeciendo de buen modo la atención de haberlo considerado- porque no veía su futuro en la docencia universitaria ya que sabía que los docentes e investigadores universitarios ganaban muy poco dinero, aunque ni siquiera llegó a sospechar el panorama de becas, viajes al exterior y subvenciones que tal condición le podría deparar en el futuro.

Al estar cursando el tercer año fue cuando terminó por decidirse en orientarse hacia la Licenciatura en Economía, en lugar de recibirse de Contador Público Nacional. Asimismo ese año tuvo la oportunidad de conocer, de vista nomás, a una muchacha -que ese año había ingresado para estudiar en la Facultad- y que le llamó la atención e, incluso, algo de ella le agradó; no fue precisamente por su notable belleza, en nada era una muchacha de físico escultural, como había sido Rosita, pero esta le atrajo su atención por la discreción con que se presentaba ante la vida, ya que era semejante a él. Ella normalmente estaba sola y la solía observar sin ser acompañada por otros alumnos y sin siquiera conversar con los compañeros, a lo sumo, en algunas oportunidades intercambiaba algún apunte con otra chica de su mismo curso.

Pasadas algunas semanas después de hacer el descubrimiento y haber “fichado” a esta muchacha -que algo le gustaba, más allá de por lo discreta- se animó a intentar arrimársele; de tal modo se sacó de encima la pesada carga de su enorme cortedad, de esa timidez que siempre llevaba encima y que no lo dejaba animarse a hacer frente a las situaciones que le parecían podrían ser de algún modo engorrosas, esa carga la sentía como una mochila que transportaba por el desierto. Eran circunstancias en que debía poner en escena una soltura, una destreza de la que carecía para colocarse delante de situaciones que para él se presentaban como complicadas, aunque observaba -con muchísima envidia- que para otros muchachos de su misma edad eran situaciones sencillas, asequibles, que no les presentaban problemas.

Luis esperó a que se encontraran casualmente frente a frente en un pasillo de la Facultad, casi tropezándose uno con la otra; obvio es que la eventualidad fue -en buena parte- provocada por él. Entonces ella, sorprendida por el encontronazo, levantó su rostro redondeado, casi blanco, rodeado de un cabello entre castaño y rubio oscuro con rulos -se había hecho lo que las mujeres llaman una “permanente”-, sin maquillaje en los ojos ni en las mejillas ni tampoco llevaba sus finos labios pintados y que -con una ingenuidad casi infantil- no pudo menos que mirarlo directamente a los ojos de él, los que estaban como diez

centímetros sobre ella, haciéndolo detrás de unos lentes redondos con armazón de metal y poquísimo aumento. Luis pudo balbucear una disculpa de compromiso -a la que de inmediato la consideró un tanto torpe- y rápidamente intentó iniciar una conversación casual. Ella parecía complacida y le respondió con premura extendiéndole la mano derecha y diciéndole su nombre, dijo que la llamaban Lucía, pero señaló -como una advertencia- que no le agradaba que le dijeran Lucy.

Él también reaccionó con sorpresa ante la pronta respuesta de la muchacha de estirarle su manita, aunque no por ello dejó de tomar la pequeña, blanca y redondita mano que le tendió Lucía. En aquel momento sintió un agradable escozor en su cuerpo, era como una picazón que le recorría su organismo produciéndole una cautivante corazonada, era que no podía dejar de sentir que la aventura a la que se había lanzado andaría en un futuro cercano -casi seguramente- por un buen camino. En seguida él le dijo su nombre y le preguntó en que año estaba, cosa que ya sabía, pero tenía que rellenar la conversación para estirarla lo más posible. Así estuvieron charlando un breve rato, hasta que Lucía le dijo que tenía que volver a tomar clase y se despidió con una sonrisa afectuosa y sin más trámite.

Luis quedó contento con lo que había acontecido en el pasillo con la joven Lucía, aunque le quedó espoleando la suspicacia acerca de si le volvería a encontrar, no sabía si le había causado una buena impresión, si ella nuevamente lo saludaría en otra oportunidad. Por un lado le quedaba el recuerdo de la sonrisa afable de ella al despedirse, pero por otro lado todo lo hacía sospechar - tenía siempre incertidumbres- pero ahora fue provocada por la presteza con que se despidió de él, esto último lo hizo suponer que no le había causado una muy buena impresión y se quedó molesto consigo mismo por no haber sido capaz de atraer de modo lo suficientemente correcta la atención de la muchacha.

Por su parte Lucía no estaba contenta, se encontraba contentísima, plena de euforia con lo que le había ocurrido aquel día. Finalmente ese muchacho que le había atraído desde los primeros días en que asistió a clases tuvo el buen tino de acercarse a ella con un tropezón que no tenía nada de casual. Lucía conocía perfectamente que no era en el aspecto físico lo suficientemente atractiva o bella para los muchachos como lo eran otras chicas de su edad, incluso sus compañeras de estudios, muchas de las cuales rápidamente lograban un novio o, aunque más no sea un “filito”, como decía su mamá. Para ella Luis era un buen partido a conquistar, se trataba de un muchacho buen mozo, que siempre estaba pulcramente vestido y, sobre todo, muy inteligente. Esto no solamente lo había

averiguado -con suma discreción- entre las compañeras que cursaban con él, sino que también lo intuía de lo poco que habían conversado, en el cual Luis había demostrado tener un excelente dominio del lenguaje.

Entretanto Luis no dejaba de pensar un montón, muchísimo podría decirse, en cómo llevar adelante su proyecto criminal con éxito, se devanaba los sesos con el problema que tenía adentro de su mente, a punto tal que en algún momento llegó al punto de descuidar los estudios de economía y hasta dejar de prestarle la suficiente atención -que, sin dudas, se lo merecía- a la muchacha con la cual estaba intentando salir. Sí, para aparentar ser un tipo normal debía tener una noviecita y, para no perder mucho de su valioso tiempo en sus especulaciones criminales y en los estudios, la chica fue elegida entre sus compañeras de la Facultad, esto era lo más fácil para no perder tiempo en “levantes” callejeros o en fiestas idiotas, de las cuales no era adicto a frecuentar. Esa fue una de las razones ocultas y nunca confesadas que tuvo para elegir a Lucía.

Lucía era una piba dos años menor que él, ya sabemos que no era muy linda, pero tampoco era fea, solamente era alguien pasable -pasaba desapercibida- se trataba de una muchacha que no llamaba la atención por ninguna de sus condiciones físicas, así que Luis eligió a aquella muchacha que ni intelectual ni

físicamente atraía como para ser tenida en consideración por otros muchachos: con ella no tendría el problema de tener que celarla como un perro guardián. Por su parte Lucía se sintió profundamente honrada por el hecho que un muchacho relativamente bien presentable y, además, al que lo veía intelectualmente bien dotado se le hubiera fijado, a la par que no tenía la más remota idea de las razones por las cuales Luis la había elegido de entre un menú amplio de chicas más lindas que ella.

La parejita algunas veces salía a pasear los fines de semana por Palermo y, en aquellos escondidos parques en una oportunidad Luis se atrevió a darle un beso en la boca; para Lucía le pareció un momento celestial, mientras que para Luis simplemente no estuvo mal. Otras veces él la invitaba para asistir al cine, pero siempre para ver películas policiales que a él le gustaban, en tanto que a ella le agradaban más las románticas o musicales, entonces no decía palabra alguna y soportaba con santa paciencia los gustos estrafalarios de él. Más Lucía no dejaba de lado sus preferencias y aprovechaba algunas horas libres en la Facultad para irse sola -sin decírselo a su novio- a ver las películas que le gustaban, que eran las estadounidenses con muchos besos y bailes. La pareja se llevaba bien y cada uno respetaba los códigos del otro, Luis conocía de las escapadas de Lucía y las aceptaba sin decirle que las conocía, así como ella respetaba sus gustos literarios,

cinematográficos o su desdén por asistir a las fiestas juveniles o los “asaltos” que organizaban los compañeros de uno u otro.

Al fin de algunos años de estudios -los necesarios- Luis se recibió de Licenciado en Economía y sus padres festejaron el acontecimiento haciéndole una fiesta “a todo trapo” en su casa; a la misma concurren algunos compañeros de estudios de Luis como de Lucía, amigos mayores de la familia y, como no podía ser de otra manera, aquellos primos que siempre le resultaron unos plomos intragables. Obvio que a la fiesta asistió Lucía, quien “lució” más linda que nunca -en realidad más de lo que era- gracias a como la había producido con maquillaje una amiga para la ocasión. En el festejo corrió buena cantidad de vino tinto y blanco y algunas botellas de champagne y unas gaseosas -Lucía no tomaba alcohol- como así también algún par de botellas de whisky que estaban reservadas para los asistentes más viejos.

Entretanto, Luis conoció -gracias al festejo organizado por su mamá, la cual se esmeró al seleccionar la lista de invitados- a un tipo desagradable, que hablaba con gestos ampulosos y que era, sin duda alguna, un típico fanfarrón porteño. El fulano se llamaba Esteban, fumaba un enorme cigarro cubano que hacía toser a la mitad de los invitados -la otra mitad fumaba cigarrillos- y su gran panza era rodeada por una cadena dorada y mientras gesticulaba contaba -de

manera tal que todos lo oyeran- que era propietario, en el Gran Buenos Aires, más específicamente en los alrededores de Don Torcuato y cerca de la fábrica Ford en Pacheco, de una empresa que fabricaba asientos y butacas para automóviles -que, por ese momento, era sólo una PYME- pero que el “gordo y viejo” la quería convertir en una gran empresa que prontamente llegara a cotizar en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, ya que siempre fue su aspiración que “Cóndor” -tal era el nombre de la empresa- ocupase ése lugar de privilegio en provecho de la política de industrialización del país.

De tanto oír fanfarronear a Esteban, Luis se dio cuenta -“lo fichó”, merced a su perspicacia- que ése sería el “punto” ideal para concretar las pretensiones ambiciosas económicas de sus progenitores, pero este fin lo alcanzaría solamente si era capaz de seducir a Esteban. Pero mientras esto sucedía -como no podía dejar de estar zumbando- a Luis le seguía picando el mosquito que le rondaba adentro de la cabeza y que le decía que tendría que hacer el crimen perfecto donde se vertiera sangre, más se dio cuenta que debería dejar ese proyecto para más adelante, por el momento sería preciso concretar su proyecto de despegue económico y social.

En poco tiempo Luis logró trabar una relación amistosa con Esteban y consiguió convencer al viejo -así lo llamaba para sí, aunque nunca públicamente-

que aquél necesitaba un buen administrador para conseguir que su empresa creciera tanto como él lo deseaba. Y el viejo, sin titubear, lo contrató con un buen sueldo y con expectativas de ser mucho mejor si se concretaba el proyecto de crecimiento empresarial que Luis le había dibujado como perspectiva. Entonces fue que Luis decidió que ese era el momento preciso en que tendría que casarse, esto era para dar una buena imagen en sus relaciones con aquellos con los que estaría interactuando en su quehacer profesional. Y, para ello, nada mejor que aprovechar su relación con Lucía, la que luego de cuatro años de noviazgo le había sido fiel, al igual que él lo había sido siempre con ella.

Como en los cuentos de hadas, se casaron y fueron felices pero, a Luis le continuaba susurrando al oído la mosquita que lo incitaba a cometer el crimen perfecto y que desde hacía años estaba pensando cometer. Esto hacía que Luis no fuera enteramente feliz, era como si le faltara “un” algo para serlo. El nuevo matrimonio se compró con un crédito hipotecario -del cual salió como garante Esteban- un lindo departamento de dos ambientes, nada lujoso, discreto aunque cómodo para ellos dos y, pocos meses después de la fiesta, a los cinco meses, Lucía consiguió un empleo de contadora -ya se había recibido- en un organismo nacional. Así que trabajando ambos en diferentes lugares se veían solamente en la noche, a la cual llegaban cansados y con pocas ganas de hacer otra cosa que

hablar escasamente, mientras veían algo por televisión y luego se quedaban dormidos uno junto a otro, bien apretados con el frío del invierno y más alejados en el verano.

CAPÍTULO 7

¡AL FIN EL CRIMEN PERFECTO!

Luis conocía perfectamente sus pretendidas habilidades para hacer trampas con los números y, también, para hacerlas en relación a la gente con la que le tocara interactuar como profesional. Esas habilidades, que él creía poseer, las había aprendido de las innumerables novelas policiales y de aventuras que aún de casado no se cansaba de leer y releer, como así también de algunos de sus estudios universitarios.

Pero no nos engañemos -siempre hay una conjunción adversativa que le mete palos en la rueda de la historia individual o colectiva- Luis no dejaba de tener presente en sus pensamientos la posibilidad de concretar aquellos sueños de adolescente, que eran los de realizar un crimen violento y que fuese perfecto. Lo imaginaba y lo ideaba con la belleza de mucha sangre fluyendo, derramada a borbotones desde el cuerpo de una víctima que él hubiese hecho suya y -lo mejor de todo eso- sin dejar indicio alguno de su autoría.

Así fue como Luis comenzó a pergeñar aquél crimen soñado durante sus noches de delirio y también deseado en los momentos placenteros de las ensoñaciones diurnas, aquellas que tenía mientras deambulaba caminando -recién despertado por su madre- hacia la escuela primero y luego, cuando más grande,

en tanto viajaba en un colectivo en dirección a la Facultad de Filosofía primero y a la de Ciencias Económicas más tarde, sin olvidar el período del servicio militar en que quiso matar a más de un hijo de puta que lo “verdugueaba”. Obvio es que sobre esto de concretar un crimen que fuese perfecto, que nunca se descubriera a su autor, él sabía muy bien que no se lo podía contar a nadie, ni a amigos íntimos -de los que conservaba muy pocos- ni a sus padres con los cuales tenía la máxima confianza, aunque no tanta como para referirles estos secretos que eran únicamente de su propiedad...

Es que no quería aparecer ante ningún interlocutor como un degenerado, o como un loco de atar del cual los otros escaparían, huirían despavoridos. Aunque, en verdad, lo que Luis no quería era dejar pista alguna de lo que deseaba hacer en algún momento de su vida y, sobre todo, cuando se le presentase la oportunidad de hacerlo, coyuntura a la cual -a su vez- sabía que tendría que buscarla, ella no se le aparecería en el horizonte ni gratuita ni fortuitamente.

Lenta y detalladamente fue imaginando su plan delictivo, el que debería ser perfecto, aunque en realidad se debe decir que no fue plan, sino que fueron “sus” planes -fueron muchos- decenas, cientos y hasta podría decirse que miles de ellos. Por todo lo que había leído sabía que no podía matar, sí matar -eso es lo que él quería fervientemente- a una persona conocida o que tuviese alguna

relación con él o a su familia, como ya había ocurrido con Rosita, con los “sunchos” de la colimba y con algunos compañeros de estudio, como fue el caso de Carlos. Además, insistía en claro que no podía dejar rastro alguno que lo pudiese implicar ante las autoridades policiales o judiciales cuando se descubriera el cadáver producto de su obra de arte. Sí, lo que quería concretar era una auténtica obra de arte que, a diferencia de las que se encuentran en los museos y que las disfrutaban millones de visitantes, con ésta solamente se solazaría él.

Es cierto, Luis podía no haber dejado cadáver alguno, esto era llevándolo en el auto desde el lugar del homicidio y luego haciéndolo desaparecer bajo la tierra en alguno de los descampados de los alrededores. Pero eso no es lo que le interesaba, ya que si bien haber hecho desaparecer a alguien sería sí un crimen perfecto ya que nunca lo descubrirían, sin embargo con eso no podría gozar de la posibilidad de ver por la pantalla de la televisión los rostros desesperados y desconcertados de los policías cuando no encontrasen respuesta alguna a sus interrogantes acerca de lo que había ocurrido con el cadáver que en algún momento habrían encontrado y, lo mejor de todo, cuando los “canas” no tuviesen idea alguna de quien pudo haber sido el autor del crimen, o no pudiesen averiguar las razones del mismo.

Sabía por todo lo que había leído estos temas de famosos criminales y, además, porque siguió muy de cerca a través de los periódicos el resonante caso del célebre homicida Carlos Eduardo Robledo Puch (a) El Ángel de la Muerte, quien cayó preso en 1971, que el menor rastro que se dejase en el lugar del crimen, o algún dato que fuese a dejar sospechas, harían que rápida –o ya sea lentamente- llevarían a los investigadores a poder incriminar al autor del hecho sin la menor duda posible.

En tanto Luis deambulaba por los extravagantes vericuetos de sus fantasías, como ya se indicó se le presentó la oportunidad de comenzar a trabajar en la empresa de Esteban, el cual lo contrató para que hiciera sus mejores intentos de convertirla en una gran empresa. Para ello Luis llamó a colaborar - con buenos salarios- a un grupo de intachables diseñadores industriales -tres- para que mejoraran las diferentes condiciones de las butacas y asientos para automóviles, esto es, en cuanto se refería a la oferta de comodidad, seguridad, estética y otros aspectos que ellos deberían descubrir y que satisficieran las demandas de las empresas que se los podrían comprar. Y los tres diseñadores encontraron algunas propuestas modernas, pero para desarrollarlas necesitaban las computadoras -que recién se estaban comenzando a utilizar- y el apoyo de un

par de profesionales auxiliares para avanzar con mayor celeridad en las tareas encomendadas.

CAPÍTULO 8

UN PARÉNTESIS. UNA MUJER SEDUCTORA

Así fue como entró a la empresa una diseñadora recomendada por los tres diseñadores que, al momento de hablar sobre el contrato que firmaría ella, Luis no pudo dejar de mirarla con una atención que -no quepan dudas- iba más allá de lo estrictamente profesional. Esto era la primera vez -desde que se casó con Lucía- que miraba a una mujer delgada, de unos treinta años, con una altura de un metro sesenta y algo y muy bonita. Lo hacía con una curiosidad que se le aparecía como algo más que profesional; le interesaron -mientras conversaban acerca de las condiciones de su contratación en la empresa- las hermosas piernas de esa mujer calzadas en un par de zapatos rojos de tacos altos y con una falda que al cruzar las piernas permitían observar algo más que las rodillas. Le impresionó la simpatía de su cara, en la cual se destacaba una nariz algo más grande que lo esperable, pero que le confería una sensualidad particular, casi excitante, llamativa, que no podía dejar de atraerlo.

Además a la diseñadora la veía como poseedora de una notable cintura angosta que lo hizo recordar aquello que se decía de las “cinturas de avispa” y, cuanta sería la magia que la mujer -de nombre Magdalena- llegó a operar sobre él que, de inmediato, la llamó por su nombre de pila y le pidió que ella hiciera otro

tanto con él. Esto era por demás inusual en el trato que tenía para con sus empleados, a los que, además, los hacía que lo llamaran “Doctor”, esto lo recordó prestamente después de invitar a la diseñadora que lo llamase de un modo que él interpretaba que no era profesionalmente correcto, dado que había estudiado en la Facultad sobre la necesidad de mantener distancias óptimas con los empleados para que el respeto fuese mutuo y no se tomaran confianzas excesivas que en algún momento condujesen a malos entendidos.

Luis no tenía precisamente muchos temores que con Magdalena se produjesen hechos de confianza excesiva, por el contrario, con sólo imaginar la posibilidad que se materializaran lo excitaba en exceso y, en más de una ocasión, al llegar a su casa saludaba a Lucía con un tibio beso en la boca y corría al baño a hacerse una paja teniendo presentes los pequeños -aunque turgentes- pechos de Magdalena, su cuerpo, sus piernas y hasta su cara seductora en la que veía que su boca pintada de rojo carne aspiraba un cigarrillo y convertía -en su visión delirante- al pucho en un pene a la par que le imaginaba chupándole el suyo. Presentía que esas fantasías debían concretarse alguna vez... pero no tenía idea de cómo llevarlas a cabo. No nos llamemos a engaño, Luis era cagón, muy cagón, se alarmaba y asustaba por cualquier cosa; en este caso se inquietaba porque la

“mina” en cuestión, cuando intentara avanzarla, lo denunciara a Esteban, esto lo aterrizzaba por los resultados que pudieran provocar.

Inclusive, hasta lo alarmaba que sus empleados se enterasen que hubiese intentado avanzar seductoramente sobre la diseñadora y, lo que lo llegaba a aterrar más aún es que estos supiesen -de boca de ella- que lo había rechazado. Eso era -para él- algo impensable, intolerable que pudiera suceder, era como que supiesen que era maricón. Pese a todos estos temores nunca podía abandonar las intenciones de poseer físicamente a Magdalena, imaginó mil y varias situaciones para consumir el levante, más las dejaba de lado precisamente por los miedos que lo atenazaban. Estos pensamientos y fantasías eróticas llegaron a punto tal de “calentura”, que hasta fueron capaces de reemplazar a los de siempre, los del crimen perfecto que habían dominado las escenas de su pensar cotidiano.

Y, hablando de los empleados, Luis hasta sentía celos de cómo aquellos no podían dejar de sacar los ojos de encima de Magdalena cuando asistía al trabajo enfundando sus piernas en unos ajustados jeans que le marcaban sin disimulo una cola perfecta, apetecible, que la movía al compás de su gracioso andar y que él deseaba para sí. Inclusive, cuando escuchaba sonar unos taquitos suaves desde su despacho ya sabía que era ella la que rondaba por ahí, lo que se confirmaba con más de un silbido suave por parte de los “pinches”, aunque con

una alta dosis de piropo. Luis nunca fue afecto al sexo anal por considerarlo una perversión, pero al culo de Magdalena lo deseaba con ansias aunque eso lo definiera como un perverso. Ese culito debía ser solamente para él y llegó al colmo que cuando detectó a uno de los empleados silbadores, le entraron ganas de deshacerse de aquél. Pero no echándolo, sino matándolo, no obstante era consciente que ambas alternativas no eran válidas; al silbador descubierto no lo podría echar porque no tenía fundamento alguno, era un excelente empleado, cumplidor con sus obligaciones y, mucho menos, lo podía matar, por aquello que tenía una relación directa con él y temía que -con rapidez- se supiese de sus celos poco disimulados y, entonces, los policías le encontrarían un lazo de unión con el occiso. Así es que Luis no tuvo más remedio que aguantarse con mucha bronca los silbidos del fulano ése y dejó de lado aquellas dos opciones revirtiéndolas para pasar a pensar que, más todavía, le agradaba que su objeto de deseo fuese codiciado por otros.

Más, dejando de lado estos eventuales episodios, se puede señalar que, curiosamente, Luis no se sentía culpable de lo que hacía en el baño de su casa a solas ni de sus múltiples fantasías eróticas, ya que él vivía soñando -durante la noche y también durante el día, a la mañana y a la tarde, mientras desayunaba o comía- con invitar a esta mujer a echarse unos polvos juntos en algún lugar.

Había visto detenidamente el currículum de Magdalena y se enteró que estaba casada y tenía un hijo chiquito, lo cual para nada despejó sus anhelos sexuales, los que nunca había sentido antes por nadie, ni siquiera por Rosita. El hecho que Magdalena fuera casada solamente le provocó temores acerca de que el marido los encontrara in-fraganti y tuviese una reacción violenta como, por ejemplo que le metiera un tiro en la cabeza, cosa que no le hacía gracia o que le armase un escándalo en su sacrosanto lugar de trabajo, lo cual le parecía que podía ser peor, sería como un sacrilegio. Si lo mataban, al fin y al cabo terminaría de una vez con una vida atormentada por la comisión de un delito que no se atrevía llevar adelante. Pese a todos aquellos recelos, Luis proseguía con sus intenciones de “levantarse” a aquella atractiva, fatal y espectacular mujer que le quitaba los sueños y no lo dejaba vivir en paz.

Por su parte Magdalena no pudo dejar de notar el interés de Luis por ella, también se dio cuenta que él sentía una atracción hacia su persona que iba más allá de lo profesional. Y Magdalena no era ajena a esa atracción, ella también sentía por Luis un interés especial ya que lo veía -dentro de su timidez- como un tipo sensual. Su apostura de hombre alto, que siempre se encontraba vestido a su gusto y que, fundamentalmente, era alguien que le podía dar lo que no encontraba en un matrimonio que se estaba deshaciendo a pedazos. Es que el

marido de Magdalena era un tipo que prácticamente la tenía abandonada no solamente en lo sexual, sino básicamente en lo afectivo; ella notaba que Alberto -ese era su nombre- tenía un total desapego por la familia, tanto por ella como por el hijo de ambos; su marido era un tipo despreciable que no perdía oportunidad para desaparecer de la casa detrás de alguna minita ligera de cascos y tampoco le hacía asco a las prostitutas a las que les pagaba por el sexo que en su casa podía recibir gratuitamente.

A todo esto vale señalar que Magdalena no era una monja carmelita descalza, como una forma de revanchismo ella también había tenido un par de aventuras amorosas extramatrimoniales, pero no la habían dejado satisfecha, solamente fue echarse unos polvos con alguien que no la llenaba como persona.

Todo esto -que venimos de relatar- produjo en Magdalena una mezcla, era como un combo ideal para imaginar algo distinto para la vida de ella y de su hijo, llegando hasta tener fantasías en que la asociaban a Luis con una pareja estable y que la satisficiera en sus demandas sexuales, que ya hacía algunos años estaban insatisfechas. Magdalena se había construido la imagen de Luis como un tipo cálido, afable, y con una fuerte y notable capacidad sexual; ella ya se había dado cuenta que Luis no dejaba de mirarla cuando pasaba frente a él en el trabajo y que él se excitaba en serio con sus pasos, no como los boludos que silbaban ante

su tránsito, estos lo hacían por un mero dejo machista que repetían sin cesar ante cualquier mujer linda e, inclusive, las que no lo fuesen. Pero sabía que con Luis era diferente, a él sin duda alguna que ella lo excitaba. No era tonta y pasaba frente a la oficina de Luis más de las veces que lo necesario y -entonces- lo hacía contorneando sus caderas más que lo que hacía en otros pasillos de la empresa. Solamente esperaba que él tomara la iniciativa y si esto no se producía, ella provocaría alguna ocasión propicia para “apretarlo” más y que se deje de joder con las miradas provocadoras y que así él fuese a “los tejos”, en otras palabras, que la lleve a la cama.

Con el paso de un de poco más de tiempo Luis cobró coraje y le propuso a Magdalena algo extraño, una cosa que no estaba en la costumbre, en el hábito ni en el quehacer de la empresa; así un viernes a la tarde, cuando se terminaba el horario de trabajo, le propuso a Magdalena que se acercara al día siguiente -un sábado que, además, era feriado nacional- a las nueve de la mañana a su oficina porque tenía necesidad de hablar con ella. Tal cosa no era permitida por “el trompa”, pero Luis se la jugó y tuvo de Magdalena la mejor respuesta que podía esperar: ella le afirmó que con seguridad ahí estaría. Pues bien, el sábado tempranito él se duchó -al igual que hizo Magdalena- y se vistió con las mejores pilchas, le explicó a Lucía que tenía una reunión con otros directivos de la

empresa y que era altamente probable que después se fueran a almorzar todos ellos juntos para luego ir a ver un partido de fútbol, vale decir, calculaba que hasta el final de la tarde no estaría de regreso.

Y Magdalena realizó algo semejante con su marido, buscó una excusa laboral extraordinaria para un sábado feriado, argumentando que era altamente probable que le ofrecieran un aumento en su salario mensual, ya que -añadió- era una empleada sobre la que tenían un excelente concepto y, casi seguramente, le propondrían una posición de mayor jerarquía. Si Alberto tuvo alguna duda acerca de las explicaciones de su compañera, no lo sabemos, pero lo cierto es que le importaba un carajo lo que hiciera.

Luis se subió a su auto nuevo y partió hacia Don Torcuato por la Panamericana, entró a la fábrica por la puerta de acceso a los empleados, la cerró, subió a su oficina -faltando diez minutos para las nueve- y esperó ansiosamente la llegada de la mujer que lo tenía medio loco. Estaba convencido que Magdalena se atrasaría, ya que esa es una costumbre más de las féminas pero, cual sería su sorpresa cuando sintió el timbre de la puerta y la abrió por el portero automático que había instalado en su oficina sin preguntar quien era el que tocaba y, momentos después escuchó los taquitos de ella sonando sobre la escalera. No lo podía creer, no sólo concurrió a la cita sino que ella era puntual

y, entonces, Magdalena hizo su entrada triunfal para verlo. Ella abrió la puerta con una sonrisa casi infantil, estaba espléndida con su tapado de leopardo, él se quedó boquiabierto y apenas pudo tartamudear un saludo de compromiso, se puso de pie, le dio la mano y la invitó a sentarse frente a él, del otro lado de su escritorio.

Magdalena llegó puntual a la reunión que fue invitada por la sencilla razón que ella sentía lo mismo que él por encontrarlo. Viajó con su automóvil a bastante velocidad, ya que no deseaba arribar con tardanza, es que tenía la misma calentura que Luis y esperaba con la misma inquietud que él por que el encuentro finalizara con un revolcón en una cama, aunque también esperaba que fuera un poco más allá.

En esos instantes Luis se despojó de su timidez habitual y le preguntó si ella si ya tenía una idea de porqué la convocó. Sin titubear Magdalena le respondió que se lo imaginaba, ya que tenía en claro que no era normal esa reunión. Es decir, las cosas avanzaban a pasos agigantados en la dirección prevista y deseada por ambos. Como es obvio, comenzaron conversando trivialidades como el tiempo, el tránsito por la ruta, etc., hasta que Luis no aguantó más y confesó sus intenciones de tener con ella una relación más que profesional. Ella lo miraba desde sus enormes ojos castaños casi con arrobo y le

contestó que también creía prudente en avanzar en esas intenciones. Sin dudas que la conversación no daba para continuarla más, así que Luis la invitó a ir a un hotel alojamiento que estaba -disimulado- a un par de kilómetros de la ruta.

Surgió un problemita, tenían dos autos y no podían dejar uno en el estacionamiento debido a que llamaría la atención. Entonces ella tuvo una idea genial: Luis la seguiría en su auto y ella iría adelante en el suyo hasta una estación de servicio que conocía en la Panamericana, ahí pediría que le hicieran un lavado completo con cambio de aceite y filtros y que más tarde pasaría a buscarlo. Entonces llegó Luis y Magdalena se subió al auto de él, cuando Luis terminó de poner la tercera le tomó la mano y depositó ambas manos sobre las piernas de ella, algo que fue recibido con agrado por Magdalena.

Una vez que llegaron al hotel alojamiento entraron a una habitación -a esa hora estaban la mayoría de ellas desocupadas- sin tener en cuenta con que servicios se la ofrecía el portero y, ya en la pieza, se tomaron suavemente cada uno en los brazos del otro. Primero se dieron un breve beso en los labios y, de inmediato, se entregaron en un largo “chupón” de lengua; ella sintió que la lengua de Luis le llegaba hasta la garganta y eso le produjo un agrado tal que la hizo calentarse más que cuando imaginaba este encuentro sensual y que la gratificaba al máximo. Luis sintió algo semejante a lo que sentía “Magda” -como

la estaba llamando en confianza- y ambos, sin decir palabra alguna, comenzaron a desvestirse con prisa que, cual sería la rapidez con que lo hacían que las prendas quedaron desparramadas por el piso. Se sacaron todo lo que tenían puesto y se miraron con fascinación y deseo, él sólo pudo pedirle que se sacara el reloj de la muñeca, ya que quería que se encontraran totalmente desnudos y, ahí nomás se lanzaron abrazados encima de la cama sin siquiera retirar el cubrecama.

Luis se puso encima de ella e intentó meterle su pene en la vagina, pero estaba tan nervioso por la emoción que no podía embocarla. Entonces Magdalena, con mucha suavidad, le tomó el miembro y se lo introdujo en la vagina. Los dos sintieron en ese momento que se trasladaban al cielo, rápidamente él comenzó a bombear mientras se prendía fervorosamente, con pasión, de las tetas de Magdalena, todo esto ocurría entre los gemidos de satisfacción y goce de la mujer hasta que él eyaculó; entonces se dieron un largo beso de lengua mientras Luis se tendía al lado de ella, no pudiendo creer que lo que sucedía fuese posible. Así tendidos uno junto al otro hablaron naderías, Luis le contaba de sus estudios y Magdalena de los de ella hasta que -sin notarlo- ella se fue quedando dulcemente dormida entre los brazos de Morfeo y los de Luis. Él la contemplaba mientras que, suavemente, le acariciaba los pechos, la espalda y las caderas. Unas dos horas después ella despertó y le dijo que nunca había

dormido tan bien, sintiéndose tan protegida, en ese momento Luis tuvo una nueva erección y dejándola tendida la puso de costado y la penetró por atrás mientras le recorría los cachetes del culo, los muslos y las pantorrillas. Ella gemía y gritaba más que en el polvo anterior pero al terminar de bombear Luis ya no sintió la misma satisfacción que en el primero. No es que sitiera culpas, simplemente no estaba tan complacido como esperaba que debía haber sido.

Volvieron a charlar sobre cosas de sus vidas, especialmente lo hacía Magdalena quien no paraba de hablar, en tanto Luis asentía sus dichos y eventualmente agregaba algo intrascendente hasta que pasada media hora él le dijo que debían vestirse, ya que era tarde y podrían despertar sospechas en sus domicilios. Dicho esto se sentó al lado de la cama, buscó sus calzoncillos por el piso y se los puso mientras ella le acariciaba la espalda, a lo que él no se dio vuelta y le pidió que empezara a calzarse la bombacha y las medias. A regañadientes ella le obedeció, aunque le insistía con que deseaba más y él le respondía que habría una próxima vez.

Salieron de la habitación, subieron al auto, observaron y se rieron que la mayoría de las habitaciones a esa hora de la siesta ya estuvieran ocupadas por parejas que seguramente estarían en “trampa” -al igual que lo habían estado ellos- y pagaron al portero los turnos que usaron -los pagó Luis- y marcharon rumbo a

la estación de servicio dónde ella había dejado su automóvil y, a todo esto, Magdalena se recostó sobre el hombro derecho mientras Luis manejaba. Esta vez no hubo prensión de manos, solamente ella apoyaba la mano izquierda sobre el muslo derecho de él, antes de bajarse ella le preguntó cuando volverían a encontrarse, a lo que Luis -irónicamente- le contestó que el lunes por la mañana, como siempre, en la empresa y se despidieron con un suave y veloz beso en la boca.

En el viaje de regreso a sus casas los pensamientos y los sentimientos de cada uno de esta aventura amorosa -que es más común de lo que se piense- transitaban por vericuetos muy diferentes. Mientras Luis rumiaba la manera en que pudiera deshacerse de aquella mujer que lo había tenido loco de deseos sexuales y que ahora lo tenía loco por los deseos de ella de avanzar más allá de una experiencia sexual. Él, en ningún momento se había planteado aquél panorama, solamente había querido usarla como una aventura del tipo que tanto comentaban sus compañeros de trabajo o sus amigos del fútbol. Por su parte, Magdalena estaba desconcertada por las contradicciones de Luis entre sus primeros requiebros amorosos y las últimas reticencias y la evidente frialdad de él ante sus demandas sexuales; planificaba sin detenimiento -aunque sin saber para que lado agarrar- cómo podría reconquistar a su pretendido amor para

conducirlo hacia sus objetivos finales. Además no podía entender como alguien hubiera podido rechazar sus posteriores búsquedas de más sexo, hasta con discreción le hizo saber que tenía ganas de chuparle la pistola, pero ni siquiera eso lo había motivado a él a acercarse a ella.

Y el lunes a la mañana volvieron a encontrarse en su lugar de trabajo. Magdalena se apareció -al poco rato de entrar a la empresa- por la oficina de Luis -que era el gerente general- para consultarle sobre una trivialidad, que no era necesario consultarla con el gerente, haciéndolo nuevamente con la presentación de ella como lo hacía habitualmente -algo así como “la presentación de la persona en la vida cotidiana”- vestida con un modelito ajustado al cuerpo y la falda por arriba de la rodilla, tratando que Luis la volviera a mirar con los ojos “comedores” con los que se la devoraba antes. Pero sus intenciones se frustraron de inmediato. Luis, atentamente pero con frialdad, apenas la observó y le señaló que esa consulta que le traía debía llevarse al jefe de los diseñadores, del cual ella dependía. Eso hizo que Magdalena se desconcertara aún más de lo que le ocurrió a la salida del motel, no tenía idea de cómo podría volver a llamar la atención de él, a quién sinceramente se sentía apegada, ella lo quería sin grupos e iba a hacer todo lo que fuera posible por lograr hacerlo suyo.

Entretanto Luis continuaba maquinando la manera para que Magdalena no lo siguiera jodiendo con sus intentos de seducirlo y, mucho menos, con los requiebros amorosos que se venía venir. Por supuesto que lo primero que pensó fue en cómo matarla, así “mataba” dos pájaros de un tiro, ya que también cumpliría con el propósito que tenía presente desde antaño. Inclusive llegó a meditar que podría aprovechar que en esa época -1978- se producían muchos casos de secuestros, desapariciones y posteriores apariciones de cadáveres; así que si bien él no tenía nada que ver con las facciones que se enfrentaban, pero sí podía sacar una buena “volada” para hacer un homicidio. Pero esta alternativa fue desestimada rápidamente debido a que sabía que las fuerzas de “seguridad” andaban por todos lados y hasta revisaban los autos con operativos sorpresa en cualquier parte y podrían descubrir que llevaba un cadáver en el baúl. La sola expectativa imaginaria que pudiera suceder tal cosa lo puso nervioso, él no tenía nada que ver con la política pero no podía olvidar que en su juventud simpatizó - en la Universidad- con la muchachada de la izquierda en aquél ámbito y, tal cosa, le había dejado larvada una escasa o nula afección con las fuerzas de los represores. Es cierto, una cosa nada tenía que ver con la otra, pero los milicos armados por las calles le daban miedo y sólo reflexionar que podría encontrarse

con ellos en condiciones de “orsay” lo intranquilizaba. No debe olvidarse que Luis siempre fue un cagón.

De tal suerte no tuvo más auxilio que buscar otra estrategia para deshacerse de la presencia de Magdalena, no es que ella no lo continuara excitando, sí, por supuesto que sí, pero no quería mezclarse con ella en una relación que no fuera la de amantes eventuales; más intuía que Magdalena quería algo más amplio y él no estaba dispuesto a dárselo, a complacerla. Luis no deseaba romper su matrimonio, simplemente quería llevar adelante una vida perfectamente burguesa, como la mayoría de sus colegas; su esposa no sería una potra en la cama -como lo había sido Magdalena- para satisfacerlo sexualmente, pero era una buena mujer, de su más absoluta confianza y con la que en el futuro seguramente tendrían un hijo. Además ya poseía un departamento y -junto a Lucía- se estaban por mudar a una vivienda más confortable y mejor ubicada. A todo esto es preciso añadir que se acababa de comprar un lujoso auto importado de Alemania -esto lo pudo hacer gracias a la apertura de la economía que llevaba a cabo Martínez de Hoz- y algo le faltaba para ser un auténtico “chanchito burgués”, tal como le habría dicho Rosita si lo encontraba en tal situación. Lo único que le faltaba para completar el cuadro era la amante, pero la mujer que le gustaba para eso no deseaba jugar en tal posición. Con lo poco que la escuchó

mientras compartían el lecho con Magdalena de dio cuenta que ella pretendía destruir su matrimonio y eso él no se lo iba a permitir.

De tal modo Luis planeó otra táctica para que Magdalena desapareciese de su vida, la misma era más sencilla y hasta posiblemente le agradara a ella, aunque no podría matar a dos pájaros de un tiro. Así fue que en las conversaciones amistosas con colegas de otras fábricas -que estaban en el mismo rubro que la de él- comenzó a introducir el tema acerca que en su empresa tenían una diseñadora industrial excepcional, la que además de ser una excelente profesional era muy bonita pero que quería ganar un sueldo que ellos no estaban en condiciones de pagarle. Cuando notaba que alguno de los interlocutores mostraba interés en el tema entonces dejaba caer -como al descuido- que ella era una fabulosa yegua en la cama; con esto aprovechaba para mandarse la parte de sus desconocidas dotes donjuanescas, lo cual hizo que sus colegas emitieran manifestaciones de sorpresa y hasta de alegría por la buena noticia, ya que Luis siempre fue considerado un “bicho raro” en este sentido. Y, como no podía ser de otra forma, un pez cayó en el anzuelo que le había lanzado con tan magnífica carnada; Jorge, que era gerente de producción en una fábrica de ruedas ubicada en la línea del oeste del Gran Buenos Aires, lo interrogaba más y más acerca de las habilidades de la fulana y

Luis largaba prendas de a poquito, como para hacerlo entrar en su juego al igual que se hace en una corrida de toros.

Tres días después de aquella charla, Jorge lo llamó por teléfono para preguntarle más datos de la diseñadora en cuestión y si estaría dispuesta a que él la conociera. Entonces Luis invitó a su colega a que lo visitara en su oficina en cualquier momento para tomar un café y charlar de bueyes perdidos, a lo cual Jorge respondió que al mediodía siguiente lo iría a ver. El hecho de que la empresa estuviera en una ruta diferente a la de Jorge significaba que ella estaría espacialmente alejada, lo cual lo entusiasmó en demasía. Y, efectivamente, al día siguiente -puntual como un soldado- llegaba a su oficina Jorge, elegantemente vestido de traje gris oscuro y zapatos negros, de inmediato se sentó en un mullido sofá y Luis llamó a un ordenanza para que les trajera un par de cafecitos y, de paso, que le avisase a Magdalena que quería hacerle una preguntita -la cual había pensado de antemano para no quedar descolocado- para lo cual la necesitaba en su oficina. Antes que llegase el ordenanza con los cafés que había pedido ya estaba ella en la oficina y -como siempre- radiante de belleza y con su clásica minifalda. Sin que Luis hiciera gesto alguno de presentación ya Jorge se puso de pie y le estiró la mano a la mujer para saludarla mientras se la retenía excesivamente, con lo cual Luis -regodeándose para sus adentros- no esperó en

pedir un tercer café y la invitó a sentarse en una silla frente a ellos. Obvio es que Magdalena no dejó de cruzar las piernas, primero por detrás de las pantorrillas y, ante las miradas indiscretas del invitado, pasó directamente a cruzar una pierna sobre la rodilla de la otra, con lo cual no sería exagerado decir que, desde la posición más baja de cada uno de los sofás que ellos ocupaban, se le podía ver hasta el color de la bombachita que llevaba puesta.

Luego de mantener una charla intrascendente -en que hablaron más que nada Jorge y Magdalena- ella pidió permiso para retirarse sin haber oído la pregunta de su gerente, ya que tenía que terminar unos bocetos que le había encargado de urgencia el jefe de su sector. Aunque antes de partir el invitado le pidió que le enviara un currículum a lo que ella -con un mohín- le respondió afirmativamente. Al irse Jorge la seguía embobado con la vista y, cuando quedó a solas con Luis, le manifestó su sorpresa porque una mujer así, tan perfecta, realmente existiera trabajando en una empresa y no fuese solamente el producto de la industria cinematográfica, tras lo cual no dejó de expresar su interés por llevarla a su empresa. Consultó a Luis sobre el salario de ella y, para sus adentros, pensaba en la posibilidad de ofrecerle duplicarlo con el objeto de convencerla. A todo esto Luis se seguía regodeando al intuir la calentura de Jorge y, aunque parezca mentira no sentía celos ni bronca por eso, al contrario, se

sentía satisfecho porque así marchaba viento en popa su plan, le estaba saliendo perfectamente.

Obviamente, un mes más tarde Magdalena presentaba su renuncia al “Cóndor” y le explicaba a Luis que únicamente lo hacía debido a que -en la empresa de Jorge- iba a ganar un ochenta por ciento más de lo que recibía en la de Esteban. Asimismo no dejó de expresarle a Luis que hubiera preferido quedarse cerca de él ya que lo quería como jefe, aunque no era tonta y percibió que él ya no sentía atracción alguna por ella, a lo que Luis le dijo -sinceramente- que lamentaba perder a tan buena empleada y que sería muy difícil reemplazarla y se despidieron con un gélido beso en la mejilla. Finalmente -pensó aliviado- que el plan había salido redondito, como los de ricota; ahora le faltaba que el viejo proyecto saliera igual y, hasta supuso, que éste había sido una puesta a prueba de su ingenio y que podía volver tranquilo y sin culpas con su compañera.

CAPÍTULO 9

¡AL FIN AL CRIMEN PERFECTO!

Dos años más tarde, mientras Luis conducía su nuevo auto importado de Alemania, comprado gracias a sus buenos oficios en la empresa de Esteban que crecía a pasos agigantados y como aquél deseaba y se lo había encargado, encontró entre sus pensamientos el plan perfecto para realizar el crimen exquisito, el que realmente le sacaba el sueño desde jovencito. Lo pergeñó rápidamente usando sólo su imaginación y se dispuso a llevarlo a cabo cuanto antes, porque si no lo hacía pronto le faltaría algo para completar su deseo y viviría torturado con esa falta, sabiendo que cada vez le quedaba menos piola en el carretel.

Para materializarlo decidió comprar un par de guantes ordinarios -de lana- como los que usaban algunos obreros de la construcción y un cuchillo de cocina grande y filoso, esto lo realizó en una ferretería que estaba muy alejada de su camino habitual para ir y venir de la empresa, se encontraba en Moreno, que era una localidad por la que nunca pasaba y era una ferretería a la cual jamás había entrado, así que el único empleado que había para atenderlo no lo conocía y difícilmente, con seguridad, lo reconocería en otra oportunidad. Estos elementos no los podía esconder en el auto debido a los retenes policiales que lo

podían parar con el objeto de pedirle documentación personal y del vehículo y que hasta podrían revisárselo en búsqueda de materiales subversivo”, tal como algún libro de Marx.

Esto sucedía en cualquier parte de la ciudad -también en las rutas. Y él no deseaba ser interrogado sobre esas cosas extrañas que había comprado en la ferretería y que no se concedían con el vehículo en el que viajaba. Así es que con cuidado y a baja velocidad efectuó el retorno a la ciudad, procurando mirar a doscientos o trescientos metros más adelante si estaba instalado algún operativo de “seguridad”, eso le dio buenos resultados, ya que tanto a la altura de Morón como de Ciudadela alcanzó a observarlos, lo que con tiempo suficiente le permitió desviarse unas cuadras antes para así rodear a los retenes con éxito. Estas maniobras hicieron que evocara sin sentido alguno -no sabía la razón de porqué ocurrió- a Isidoro Cañones, el padrino del indio Patoruzú, cuando elevaba preces al cielo diciendo *“gracias dios mío por haberme hecho tan vivo y tan hermoso”*. Al igual que Isidoro, él también se sentía un tipo “piola”, aunque no recordaba que en última instancia todas las vivezas de Isidoro no finalizaran como aquél lo deseaba. Entre estas reflexiones de satisfacción llegó a su casa, besó con cariño a Lucía y mientras esperaba que ella le sirviera la rica cena a la mesa fue discretamente hasta el garaje, recogió las cosas compradas en Moreno y con

discreción, cuando Lucía estuvo en la cocina, las guardó en la caja de seguridad, a la que muy raramente accedía su compañera.

Luis seguía siendo cagón y si bien tenía bien planificada su operación criminal, sin embargo no se atrevía a ponerla en marcha. Al fin de mucho estudiar y repasar su plan, recién la semana siguiente resolvió ponerlo en funcionamiento. Entonces una mañana, antes de partir hasta su trabajo, le comunicó a Lucía que esa noche llegaría bastante tarde a dormir, porque tendría una extensa reunión de directorio en la empresa de Esteban debido a que habían cosas muy importantes que tratar y que posiblemente eso redundaría en un aumento de sueldo para él, a la vez que le aumentarían su participación accionaria. Ella le dijo que no se preocupara, que iba a mirar televisión un rato esperando que él llegue y que, si se quedaba dormida, iba a encontrar comida en la heladera, la cual se la iba a hacer con cariño.

Llegada la noche esperada no regresó a su casa -tal como le avisó a Lucía- y previamente le pidió prestado el auto a su mujer argumentando que ese día quería llevarlo a hacerle revisar un ruido, que podía ser de la cadena de distribución. Ella se lo prestó sin chistar ya que no lo necesitaba y era mejor ir y volver a la oficina en taxi antes que se le cortara la cadena y se quedara plantada como una idiota en medio de la calle. En realidad, él no quería usar su llamativo

automóvil que podría delatarlo y en cambio prefería utilizar el Fiat Uno que le había regalado hacía tres años a Lucía para un cumpleaños, ya que al ser un auto común pasaría desapercibido a los ojos de algún mirón nocturno y que no se detendría a ver a ése auto que no llamaba la atención, como si lo habría hecho el suyo.

Así es que Luis, después de estar hasta bien entrada la tarde en la empresa arreglando alguna documentación -la que en ese momento le pareció extraña- se fue a bordo del Fiat rumbo a comer en un boliche de mala muerte en el barrio de Villa Crespo; luego de cenar una milanesa dura, frita en un aceite que parecía haber sido usado muchas veces... en el motor de un tractor. La milanesa estaba horrible, y para poder terminar de tragarla pidió de postre un flan que el mozo le dijo que era casero -no había dudas, fue hecho en una fonda- y salió del lugar como a las 10 de la noche. Se dirigió hacia Constitución, fue directo adonde había visto que trabajaban las prostitutas y, detenido en una cuadra poco iluminada sobre la calle Cochabamba, comenzó a evaluar el muestrario de “locas” que se acercaban al vehículo mostrándole sus atributos mamarios. Pasaron 15 minutos y no encontró a alguna que sirviera a su plan, hasta que por fin vino hasta su ventanilla una mujer cincuentona, gorda y con hedor a perfume rancio, la que le ofrecía sus favores sexuales -los que le fuesen requeridos,

cualquiera de ellos- por poco dinero, cosa esta que era lo que menos le importaba a Luis. Entonces invitó a la mujer a subir al auto, ella le dijo lo que cobraba por cada diferente servicio y él lo aceptó de inmediato, prometiéndole una buena propina si los hacía bien. La pobre mujer gozosa de haber hecho tan buen levante -el primero en dos noches de “sequía”- de inmediato se le montó en el auto y sin decir nada le dio un beso en la mejilla y comenzó a franelearlo entre las piernas. Esto fue algo que disgustó a Luis aunque lo soportó al principio y luego le propuso a la mujer trasladarse a un lugar reservado -ella imaginó como romántico- que él conocía en la costa de Vicente López, donde tranquilamente podrían tomar una botella de champaña mientras ella le hacía una sabrosa chupada de pistola, lo que le permitiría mezclar leche con alcohol, dicho este que hizo reír con una sonora y gastada carcajada a la pobre mujer que no tenía idea de cual sería su triste destino.

La prostituta se parecía a una caricatura de aquellas que filmó el inolvidable cineasta italiano Federico Fellini, a Luis le recordó rápidamente -en un rápido pantallazo a Giulietta Masina en “Las noches de Cabiria”- aunque en realidad la mujerzuela no tenía nada que ver con una de las musas inspiradoras del gran Fellini. Ella tenía en su rostro pinturas de todos los colores imaginables -por lo menos esa fue la impresión que tuvo Luis- que estaban mal

desparramadas, pobre, alguien con conocimientos sobre arte plástico habría dicho, jocosamente, que tenía en su cara más pinturas que un museo clásico europeo.

Ni que decir que la gorda se encontraba encantada con la conquista que había hecho esa noche, se había levantado a un muchacho joven, buen mozo y con la guita que hacía añares que no veía ni por las tapas, por lo cual aceptó gustosamente el convite. Luego de atravesar la ciudad de sur a norte llegaron a una pequeña playa junto al río de la Plata que estaba llena de piedras, latas y botellas de bebida rotas y entre todo eso también condones, pañales viejos malolientes de caca y las demás porquerías que se puedan imaginar. Verdaderamente no era lo que se podría llamar un lugar romántico, sin embargo la mujer vieja y gorda se bajó del auto, a invitación de él, y no bien hizo otro tanto Luis ella no perdió tiempo en arrodillarse sobre la arena mugrienta para bajarle la cremallera del pantalón. Cuando Luis descendió del auto hizo como que llevaba una botella de champagne en un bolsillo interior del saco de su elegante traje, que en nada coincidía con los guantes con que cubría sus manos y que se los acababa de poner, aunque lo que había colocado en el bolsillo era el cuchillo de cocina con hoja dentada. Él la dejó hacer a la gorda los primeros manoseos -sintiendo bastante asco porque la realizaba tan horripilante fémica- y

cuando ella arrimó la boca a la entrepierna de Luis éste sacó sigilosamente el cuchillo de su bolsillo, la tomó de los pelos para alejarla de su pistola que, gracias a las hábiles maniobras de la gorda, comenzó a pararse. Más, en verdad, Luis alejaba la cabeza de la mujer -sobretudo- de las cercanías de su vestimenta, esto fue para no ser salpicado por la sangre que iba a fluir del cuello de la víctima, al que consideraba -por como lo veía desde arriba- como el cogote de un chanco o, mejor dicho, de una chancha mugrienta.

Entonces, exento de pudores clavó el cuchillo en el lado izquierdo del cogote de la chancha que tenía arrodillada frente a él, como pidiéndole disculpas por el pecado de haber maniobrado sobre su miembro sexual, y la degolló sin más trámite ni miramiento alguno. Recorrió con la filosa hoja sus carnes flácidas de izquierda a derecha en un rápido movimiento que reflejaba la falta de arrepentimiento y la decisión de terminar rápidamente con la tarea emprendida y que no era otra cosa que la culminación efectiva de sus fantasías juveniles nunca concretadas efectivamente. El goce sublime de la acción realizada sin titubeos y la sangre fluyendo a borbotones del cuello de la mujer por la arteria yugular -que entre estertores lo miraba desorbitada sin entender las razones de lo que sucedía- y esa mirada de ella sometiendo su vida a sus designios le pareció a Luis algo semejante a lo sublime que sentía al escuchar la novena sinfonía de

Beethoven, en especial la parte final, cuando oía el fabuloso Himno a la Alegría, ejecutado bajo la dirección del notable Daniel Barenboim, así lo hiciera con cualquier orquesta.

Sin entender bien que es lo que estaba ocurriendo con su cuerpo, Luis observó que su miembro viril -como se le llama desde la pacatería periodística- se había hinchado y erguido al mango y entonces no pudo más y, con la mujer ya tendida y agonizante tendida a sus pies, se salía de la vaina por hacerse una buena paja para poder “acabar” con tanta excitación, con toda la pasión que puso en marcha para su “ópera prima”, la que le despertó la realización de “su” crimen. Pero Luis no era tonto y aún en los momentos más apasionantes se le prendía la lamparita que le permitía pensar con la mayor racionalidad de la que era capaz; así se dio cuenta que si acababa con su semen en el lugar dejaría la huella de aquél y eso podía hacer que lo descubrieran cuando llegara algún vecino y avisara a la policía y arribasen los de la “científica”.

Así es que rápidamente -aún con la pistola bien parada, como no la había visto nunca y cuya longitud lo hizo enorgullecer- se dirigió al automóvil y sacó un condón -que siempre llevaba escondido en un bolsillo interior de la puerta por consejo de un ex compañero de estudio que le dijo que nunca se sabía cuando lo podría utilizar- para colocárselo en el “pito”, como recordó que le llamaban

sus padres al pene, y en ese momento, no pudo menos que traerlos a sus remembranzas y esto se asoció con las pajas que se hacía de joven mirando extasiado las imágenes de mujeres casi desnudas que aparecían en las fotografías de las páginas de las viejas y siempre recordadas -y añoradas- revistas *Dinamita* y *Cabeza Fresca*.

Sin embargo estos recuerdos familiares no interrumpieron la excitación que animaba a Luis y, con el condón ya colocado, comenzó a velocidad inusual a sacudir su mano derecha sobre su miembro recubierto por el plástico del profiláctico y, en pocos segundos, eyaculó. Fue una sensación que jamás había sentido cogiendo con Magdalena y mucho menos con Lucía e, inmediatamente, se dio cuenta que esa eyaculación representaba en su fantasía el producto de la tarea cumplida, se sentía orgulloso de haber saldado la deuda que tenía con sus historias de fantasmas que lo aguijoneaban insistentemente desde hacía más de veinte años; la mosquita que lo persiguió adentro del cerebro había desaparecido como por arte de magia. Sintió que le había dado un golpe certero con la palmeta que usaban sus padres para matar moscas en la cocina. Ya los vuelos insoportables del bichito no volverían a aparecer ni a joderle su tranquila vida burguesa, ahora estaba en paz consigo y hasta con el mundo, que a la sazón nada tenía que ver con los delirios fantásticos de Luis. Llegó a pensar que un crimen

que no puede ser descubierto, ni superado por otros crímenes, entonces se convertiría en el límite último de los mismos, luego de este ningún otro sería comparable.

Una vez que terminó con la paja y las sensaciones de satisfacción que la rodearon en su interior, con extrema rapidez procedió a tomar los guantes que había dejado en el techo del auto antes de hacerse la paja, ya que de habérsela hecho con esos guantes de porquería que había comprado hubiera sido en extremo dificultoso hacérsela y los arrojó encima del cuerpo del cadáver de quien había sido la pobre infeliz que había elegido -no fue al azar- para satisfacer sus placeres sádicos, otro tanto hizo con el cuchillo al que -previamente a tomarlo con los guantes- había procedido a limpiarlo pulcramente con un paño para que no quedara ni en el mango ni en la hoja sus huellas digitales. Hecho esto se sacó el condón con cuidado para que no cayese una sola gota de semen al piso de pedregullos y arenas, lo dejó con la boca hacia arriba y le hizo un fuerte nudo en el cuello, tras lo cual se lo metió en un bolsillo del pantalón. Luego recordó que debía borrar las huellas de su calzado, las que podrían haber quedado en las partes arenosas de la playita, cosa que hizo con una de sus manos -la derecha- temblorosa todavía después de la exitosa y gratificante masturbación. Luis subió al automóvil, prendió las luces interiores para revisar que no hubiera quedado

alguna pertenencia de la mujer que acababa de degollar y sólo encontró la horrenda carterita que ella solía revolver -junto a sus compañeras- por las calles de los alrededores a la plaza Constitución. Tomó la carterita cubriendo -con sumo cuidado- su mano derecha con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo trasero a la derecha de su pantalón y, echándose sobre el asiento del acompañante, abrió la puerta izquierda del vehículo y arrojó el pequeño y horrible adminículo de aquella mujer, la que había sido su víctima, sobre quien yacía bañada en sangre a solamente un metro del automóvil que era de su esposa.

Terminada la última acción cerró la puerta izquierda con detenimiento, apagó las luces interiores y puso en marcha el vehículo a la vez que prendía las luces bajas del vehículo. De tal forma emprendió tranquilamente el regreso al domicilio conyugal, prendió la radio del auto y la sintonizó con una emisora de tangos en la cual, justamente escuchó uno viejo ejecutado por su autor, un tipo bastante poco conocido que se había llamado Eduardo Bianco y la pieza era, irónicamente “*Plegarias*”, al que acompañó silbando o tarareando los versos que recordaba particularmente aquellos que dicen:

“mientras que un alma de rodillas / ¡pide consuelo, pide perdón!”

Y, tras cartón escuchó uno interpretado por el inolvidable Gardel y, en este caso también parecía una ironía de la noche, ya que era “*Por una cabeza*”. A

ambos los acompañó silbando mientras alegremente se alejaba del lugar del crimen tarareando algunos versos que recordaba; aunque lo que estos tangos le hacían recordar era la cabeza de la mujer sangrante por el cuello y recostada en el suelo.

Estos recuerdos no le produjeron remordimiento alguno ni sentimientos de culpa, conducía y viajaba sintiendo en que ese era el momento de mayor felicidad en su vida, incomparable a cualquier otro, por fin había cumplido con el objetivo que durante tanto tiempo había mantenido escondido en el más absoluto secreto.

También recordó entonces que ninguna vez le había preguntado el nombre a la pobre mujer que se prostituía para sobrevivir, por lo cual pensó que ella era un ser anónimo y que seguramente sería enterrada como una NN, sin darse cuenta que pronto se encontrarían muchas tumbas con ése rótulo, producto de los crímenes ejecutados por la dictadura militar que asolaba por entonces a la Argentina. Asimismo ignoraba que aquella negra y triste dictadura había contado con la necesaria e imprescindible colaboración de personajes de la civilidad -la mayoría de ellos empresarios, banqueros, estancieros, etc.- como así también de la curia católica. Pero esto a Luis lo tenía sin cuidado, ya que la política era algo que nunca le interesó demasiado, para él era algo sobrante y ni

siquiera en la Facultad durante su época de estudiante tuvo una militancia activa, solamente había tenido simpatías por los zurdos, pero ahora eso estaba mal visto y hasta era perseguido, por lo cual también lo mantenía en secreto. Las únicas personas que se lo podían reprochar eran su esposa, la cual jamás lo haría, y Rosita, quien debía estar bien calladita de su pasado comunista ahora que vivía con un “oligarca”.

En cuanto a que con la dictadura también estaban metidos los curas esto lo tenía sin cuidados. Sobre la religión hacía años que había abandonado la práctica católica dejando de ir al templo de aquél sacerdote llamado José, debido a que le hinchaban las pelotas los insistentes interrogatorios del cura acerca de la frecuencia de sus relaciones con su amiga “Manola”, le daba la impresión que el curita con eso se masturbaba. Esto no significó que debido a la fuerte presión que ejercieron los padres de Lucía, no tuvo más remedio que haberse casado bajo el amparo del culto católico, con misa de esponsales y todo.

En cambio Luis ignoraba -o quería ignorar por conveniencia de sus intereses laborales- la complicidad de la civilidad con el régimen de terror que se había instalado en el Estado; para él eso eran solamente rumores o versiones antojadizas que le contaban en tertulias familiares los pocos conocidos zurditos que se acercaban a conversar con él. Por otra parte, ante las críticas que

escuchaba sobre la gestión de Martínez de Hoz al frente del Ministerio de Economía, las refutaba con los mejores argumentos que aprendió en la Facultad sobre las virtudes del liberalismo económico -y cuando pronunciaba esos discursos acartonados parecía que reviviera en su persona al mismísimo A. Smith- como así también elogiaba sin reservas las conveniencias del libre cambio, de la ley de la oferta y la demanda y del monetarismo. En cambio, cuando escuchaba versiones acerca que la fábrica de butacas y asientos para autos -en la que trabajaba- no estaba en una buena situación financiera, sino que se encontraba teclando, entonces las rechazaba de plano ya que nadie mejor que él podía conocer el funcionamiento de las finanzas de la misma, las que a diario controlaba en las planillas que elaboraba el contador.

Así, mientras Luis recorría el camino de regreso a su domicilio, tarareando los tangos de Gardel que salían por la emisora sentía que poco a poco iba perdiendo cargas que venía llevando sobre sus hombros desde hacía años, experimentaba con regocijo que había rejuvenecido, hasta creía que era un pibe. Pero, como no podía ser de otra forma, de inmediato le surgió un interrogante: ¿qué culpa tenía la gorda para que él la matara? ¿Qué había hecho la pobre infeliz para merecer que la sorprendiera como él lo hizo? Con este misterio a develar continuó inquieto el resto del trayecto hasta que poco de arribar se dio cuenta

que ése no era un misterio que le tocara resolver a él, sino que le correspondería a la policía. Esta reflexión lo tranquilizó y siguió tarareando tangos, ahora era “*Se dice de mí*” de Tita Merello, que era una mina que -para él- cantaba como los dioses y, lo que no era poco, seducía con facilidad a su público.

Al llegar al destino abrió el portón automático y guardó el auto en la cochera que había alquilado para Lucía y, antes de cerrar el portón para acercarse los veinte metros que lo distanciaban de su hogar, tuvo el cuidado de revisar detenidamente la parte delantera del auto controlando que no hubiese quedado la más mínima mancha de sangre en el mismo. Una vez que entró en el edificio en que vivía subió un piso en ascensor hasta su apartamento y abrió la puerta con el esmero necesario para no despertar a Lucía, la cual a esa hora ya debería estar durmiendo.

Cuál sería el asombro de Luis cuando observó que la luz de su dormitorio estaba prendida y, al entrar al mismo se encontró que Lucía estaba sentada en la cama con su cara radiante de felicidad y sin hesitar, se levantó de un salto arrojándose a sus brazos para encajarle un largo beso en la boca. Él no entendía lo que pasaba pero no necesitó más que unos segundos para enterarse, ella, exultante, le contó que estaba embarazada y rápido le contó que el día anterior le había llevado a un bioquímico amigo una muestra de su orina y esa tarde aquél le

comunicó que estaba embarazada y la felicitaba por la novedad que ella estaba ansiando. Ella, ansiosa aún, le dijo que iban a tener un Luisito a lo que él intentó balbucear algo pero ella siguió diciéndole que, si no era así, sería una Lucrecia, ya que el nombre de ella no le gustaba pero, de esa manera, seguirían con la tradición de la familia “lulú” y, en esos momentos, sintió que le daba un soponcio, la historia volvería a repetirse y no es que esto a él particularmente le desagradara, pero no podía dejar de recordar la bronca que eso le produciría a sus padres cuando escucharan nuevamente lo de la “familia lulú”.

Con la noticia del embarazo ella estaba excitada, no paraba de hablar, mientras que él la escuchaba, sin articular palabras y con una sonrisa complaciente. Él estaba atónito ante la felicidad de ella por una cosa tan pueril como era esperar un hijo, al fin y al cabo cualquier animal lo podía hacer y por eso las perras no movían la cola. Eso no lo comprendía, quien estaba gozoso, pleno de felicidad por algo que no podía expresar era él, lo que había hecho no lo hacía cualquiera, lo suyo había sido una obra de arte inigualable, pero no por eso movía la cola. Más se tuvo que aguantar los saltitos y grititos de alegría de su mujer mientras le contaba que a la nueva casa a la que se iban a mudar ya tenía prevista cuál sería la habitación de la criatura.

Pasados estos momentos de euforia manifiesta de Lucía y de la euforia - por distintos motivos diferente- contenida de su marido, ambos se metieron en la cama y ella se abrazó fuertemente a él hasta que los dos se quedaron profundamente dormidos y a la mañana siguiente se despertaron, se levantaron y ducharon preparándose para “rajar” a sus respectivos trabajos, previo un beso que ella le dio en la boca y al cual él no opuso resistencia alguna.

Los dos desayunaron juntos y ella partió pensando como iba a contar la buena nueva en la oficina a sus amigas, las que eran muy pocas, pero parece que con la novedad del embarazo perdió el retraimiento habitual y deseaba contarle la grata noticia a todos los que encontrara, inclusive hasta su jefe. En tanto Luis se fue aliviado de no tener que escuchar más a su mujer y, aunque no podía contarle a nadie las causas de su júbilo, este no dejaba de ser tal, la mosquita ya no lo perseguía y eso era un tremendo consuelo.

Ya en su auto, Luis puso la radio para escuchar algún informativo matutino -algo que habitualmente no le interesaba- para saber si se decía alguna noticia sobre un crimen en Vicente López, pero sus expectativas lo desilusionaron, ya que nada decían al respecto. Ni bien llegó a su oficina pidió los periódicos del día y se mandó de cabeza a las noticias policiales y tampoco aparecía palabra alguna sobre el tema. Pasó el día inquieto haciendo las tareas

más elementales -ya que no se podía concentrar- y ni siquiera bajó a almorzar con los otros ejecutivos de la empresa, a la tarde su inquietud alcanzó una gradación tal que dos horas antes de la hora en que siempre se retiraba alegó un fuerte dolor de estómago y volvió a su casa. El retorno hubo el mismo ritual que en el viaje de ida, es decir, buscando sintonizar informativos en alguna emisora, pero en ninguno de ellos daban la noticia que necesitaba escuchar.

Luis llegó mucho más rápido que de costumbre a su casa y lo primero que hizo, después de preguntar si había alguien -podía ser que estuviera Lucía o la empleada doméstica- y, sin respuestas, se dirigió al dormitorio a prender el aparato de televisión y, buscando algún noticiero se concentró en Canal 7, que habitualmente daba informaciones de las novedades policiales. En ese canal, al fin encontró a un periodista que relataba que se había encontrado el cadáver degollado de una mujer en Vicente López, de nombre Rosa García, crimen sobre el cual la policía que estaba en el lugar no tenía pistas seguras a seguir. Inmediatamente buscó el diario La Razón 6ta edición, el cual le dejaba el diariero en la puerta de su apartamento y, después de mucho buscar entre sus páginas encontró dos miserables líneas acerca de lo que había hecho.

Intentó buscar en los noticieros de otros canales, pero nada; se sentía defraudado, su crimen perfecto no había tenido mayor resonancia, apenas una

simple mención. Esto no le agradaba, soportaba un extraño sinsabor y, cuando llegó su esposa, se tiró a la cama para dormir diciéndole que estaba con un fortísimo dolor de cabeza y que casi seguramente estaba en vías de engriparse o de agarrarse alguna “peste” semejante. Lucía, solícita, le ofreció hacerle un té de yuyos que cuando chica una vecina -medio bruja ella- le enseñó a preparar para esas situaciones y él se lo agradeció, pero lo rechazó. Deseaba quedarse solo consigo y así ocurrió, durmiéndose en medio de pesadillas que le decían que lo suyo no había sido un crimen perfecto.

Al día siguiente, en su oficina a horas del mediodía y antes de bajar a almorzar le echó un vistazo a La Nación y en la primera página -abajo a la izquierda- aparecía una nota informando que la policía estaba inquieta, ya que la asesinada García era la madre de dos hampones que manejaban el negocio de los “piratas del asfalto” y que tenían su centro de operaciones en Villa Dominico. De tal forma Luis se enteró que esta novedad puso en alerta a la policía de Buenos Aires, la que estaba al mando del temible General Ramón Camps, el represor. En principio no alcanzó a comprender el porqué del alerta policial, pero llegada la noche por la pantalla de televisión se dio cuenta de lo que ocurría. Es que los peligrosos maleantes andaban llenos de bronca y habían salido a buscar al asesino de su madre -a la que no veían desde hacía años- pero que ellos estimaban que

sería obra de una vendetta por parte de alguna banda rival. La policía no estaba desencaminada en sus prevenciones, esa noche ya aparecieron dos cadáveres pertenecientes a una banda que operaba en Moreno y esto las fuerzas policiales no lo podían permitir debido a que ponía en jaque la política de “seguridad” del gobierno provincial y por eso ella también -con redoblados esfuerzos- saldría a la búsqueda intensa del homicida, fuese un hampón o un don nadie.

La noticia no alarmó mayormente a Luis, sabía que ni los hampones lo encontrarían ya que no tenía conexión alguna con ellos y, por otra parte, tampoco la policía podría encontrarlo porque no había dejado rastro alguno por el que lo pudiesen identificar. Pero tenía una leve sensación de resquemor de que hubiese dejado algo de él en la playita de Vicente López o sobre el cuerpo de su gordísima víctima y, lo peor de todo, que tampoco había previsto o elaborado - como es de rigor para estos casos- una buena coartada que justificase una alejada ubicación suya del lugar del lugar en el que se encontró el cadáver.

Unos días después leyó que había caído muerto un maleante de la banda de los García, esto significaba que la situación se ponía peliaguda tanto por el lado de los hijos de su víctima como por el de la investigación policial que casi seguramente, se estaría llevando sin dar mayor información a los medios periodísticos. Sin embargo, con el paso de los días, el tema del homicidio y del

enfrentamiento entre bandas se fue borrando de las noticias -esto seguramente había ocurrido por un arreglo entre las fuerzas del orden y los maleantes- y, con ello, también se iban desvaneciendo los temores de Luis.

La vida del joven matrimonio “lulú” continuó con la rutina cotidiana, aunque a Lucía había que sumarle los periódicos controles ginecológicos por el embarazo, que según dos médicos que la atendían, venía algo complicado y por lo que a los tres meses le recomendaron reposo, aunque no absoluto. Luis, ya liberado de la mosquita que lo había perseguido durante años, se convirtió en un marido ejemplar, atento a las demandas de su mujer -a la que cada día quería más- e inclusive, satisfacía los más insólitos antojos de ella, como fueron los de salir a comprarle un kilo de helado de limón a las tres de la mañana o buscarle un par de medias que ella no recordaba dónde había dejado, esto era una hora más tarde y cuando ya había vuelto a concitar el sueño. Tal panorama hogareño condujo a que Luis desatendiera -parcialmente- sus obligaciones laborales y solamente iba tres días semanales a la empresa, retirándose temprano para regresar junto con su -por ahora- queridísima esposa y que sería la futura madre de su hijo. Sin duda alguna que Lucía era una muy cariñosa y buena esposa, aunque es menester reconocer que con el embarazo se convirtió en una auténtica hinchita que

lo volvía loco con pavadas propias de su antojo, el que era más simulado que verdadero.

Probablemente fue esta última condición de ella la que condujo a que Luis dejara de prestarle atención a las novedades financieras y económicas que publicaban algunos diarios capitalinos, como así también a que no atendiera suficientemente las cuestiones de lo que sucedía en la empresa “Cóndor S. A.” y, así fue, que no le dio la suficiente y debida importancia al hecho que un par de automotrices -que eran firmas extranjeras y a la vez clientes de la empresa que él gerenciaba- hubiesen suspendido la compra de butacas y asientos para sus vehículos. Este fenómeno de reducción de la producción trajo la concomitante reacción del despido de varios operarios, lo cual no produjo mayormente quejas de los mismos ya que no estaban sindicalizados. Esto que los obreros no estuvieran afiliados a sindicato alguno ni tuviesen delegados gremiales era extraño, pero así lo había establecido Esteban para su empresa, al poco tiempo de haber asumido la Junta Militar y, de algún modo, Luis compartía esta política. Simultáneamente, la empresa tuvo que rescindirles el contrato a dos ejecutivos, como eran el contable y el gerente de relaciones públicas. Los colegas les hicieron a estos ejecutivos una comida de despedida, pero Luis no asistió aduciendo que su esposa estaba descompuesta, pero eso sí, no dejó de “ponerse” para el regalito que

los amigos le hicieron. Y sí, ¡¡Luis era un cagón!! Que ni siquiera se atrevía a participar de una comilona en agasajo a quienes habían sido sus compañeros trabajo por más de dos años.

Por culpa de los usurpadores del poder los trabajadores -de cualquier nivel que fuesen- se vieron afectados por las inclementes políticas represivas - laborales y económicas- que se iniciaron antes del golpe militar con el gobierno de Isabelita y bajo la férrea conducción del “brujo” López Rega, las que se incrementaron desde el 24 de marzo de 1976. Asimismo, con la Ley de “Seguridad Industrial” -dictada en 1976- se prohibía cualquier medida de acción directa por parte de los obreros, el trabajo a desgano, o la baja de la producción por parte de los trabajadores ya fuesen industriales o de servicios, todo lo cual -si llegaba a ocurrir- sería reprimido ferozmente por los sicarios armados de la Junta Militar.

Por otra parte, para comprender lo que ocurría durante aquel período en que imperaba el terror en la Argentina y que necesariamente rebotaba en la empresa de Esteban, es preciso recordar a la perversa Ley de “Reforma Financiera”, dictada en 1977, la que se dio juntamente con la reforma arancelaria la cual lo que trajo aparejado fue el intenso endeudamiento externo del país. Todas estas medidas produjeron que se derivara en la apertura económica de

1979 y que -en última instancia- promovió una reestructuración regresiva del sector industrial nacional que de tal manera perdió competitividad y, estos hechos financieros y económicos, no dejaron de afectar a la fábrica de “Globo S. A.”. Y Luis acompañaba en un discreto silencio cómplice aquellas medidas represivas que se daban tanto en lo gremial como en lo político y, asimismo, veía con buenos ojos las medidas regresivas que se acompañaban en lo industrial, esto lo hacía más por conveniencia personal -como lo hicieron tantos otros colegas suyos en aquellos momentos difíciles en que prefirieron mantenerse calladitos la boca- antes que por razones ideológicas, ya que no se deben olvidar sus tenues inclinaciones izquierdistas de cuando era joven, pero que con la llegada de la dictadura prefirió mandarlas al desván de los no recuerdos.

Es que Luis en cuestiones políticas era entre medio ingenuo y medio pelotudo -queda a criterio del lector juzgar que mitad prevalecía- y, como nunca le interesó mayormente la política, en estos momentos no sólo no le interesaba sino que prefería mirar para otro lado cuando le llegaban los rumores sobre secuestros -y asesinatos- de obreros, intelectuales y estudiantes a los que se acusaba de subversivos y terroristas o, de última, consideraba que era real y verdadero que la gente de Montoneros y del ERP cometían actos terroristas; en

sus recuerdos mantenía vívidos los relatos que se publicaron -sin empacho alguno- de cómo los primeros habían asesinado al General Aramburu.

Por otra parte, al fin y al cabo él no conocía caso alguno de un secuestrado por las “fuerzas de seguridad” y, cuando alguna vez sus padres -en una visita a la “casita de los viejos”, en Palermo- estos le contaron que uno de los pibes que jugaba al fútbol con él en el barrio había desaparecido en un operativo militar-policial que hicieron a dos cuadras de su misma casa, Luis solamente respondió con una expresión que por entonces estaba de moda:

“¡¡¡por algo habrá sido!!!”

Y con su máxima indiferencia posible les cambiaba de tema, ante la sorpresa de los viejos “lulú” que prefirieron no comentar más al respecto. Para ellos su hijo se había convertido en una especie de monstruo que no quería oír los comentarios que le iban a hacer acerca de los padecimientos de los padres del muchacho que -de chiquilín- había sido su compañero de juegos.

Lo que ignoraban los padres de Luis es que el hijo que criaron con cuidado y cariño no se había convertido en un monstruo, sino que siempre lo había sido, aún desde chico, aunque no lo hubiese advertido. Ellos no tenían la más pálida idea -y nunca tuvieron razones para sospechar- que Luisito, desde chico, era un homicida en una potencia que llegaría a concretarse cruelmente.

Pero, luego de haberlo escuchado tan despectivo los viejitos se quedaron solos tomando mate en la cocina y reflexionando en voz alta entre ellos -motivado esto casi seguramente por el orgullo y admiración que mantenían todavía por él- que, quizás, Luisito tendría sus razones para no opinar. Es que los “lulú” sabían -por experiencias ajenas- que esos no eran comentarios políticos que se podían pensar en voz alta y por eso el chico se cuidaba. Pero esto no fue óbice para que cada uno se quedase rumiando para sus adentros en qué se habrían equivocado en la educación que le dieron, ya que ambos habían coincidido en educarlo en valores sociales que hacían un culto de la solidaridad y que Luisito había podido vivenciar en la fraternal relación que su padre mantenía con los operarios del taller.

Luego de haberse encontrado con sus padres a una tertulia tomando mate y comiendo unas facturas, Luis retornó a su automóvil cabizbajo, sentía vergüenza por lo que les había dicho, más eso era lo que él pensaba. ¿Es que lo pensaba realmente? El interrogante lo tenía a mal traer, no cesaba de recordar, con angustia, sus peripecias -cando regresaba a su domicilio, luego de matar a la “gorda” en la playita- para evitar los controles policiales y que hasta tuvo que hacer maniobras para esquivar un tiroteo -que divisó a lo lejos- entre las “fuerzas de seguridad” y los “terroristas subversivos”. En aquellos momentos hizo como

que comprendía porque se hacían aquellas cosas, aunque en su interior no podía dejar de putear a los milicos de mierda. Y esto se juntaba con sus recuerdos de la colimba y entonces le entraba más bronca y asco no solamente contra los milicos, sino contra sí mismo, por la conversación que acababa de tener con sus padres y que él había terminado drásticamente sin dar lugar a que ellos pudieran agregar algo más.

Pero Luis no podía con su genio y, a poco de tener las cavilaciones anteriores, fue como que ignorase los reclamos de su conciencia y entonces puso en marcha el estéreo del auto y así nuevamente meta y ponga escuchar a Gardel que salía con su agradable voz por los parlantes; esto lo satisfizo como era su costumbre y que tanto le agradaba, con lo cual prestamente se olvidó de sus disquisiciones. Al llegar junto a Lucía la felicitó por encontrarla tan panzona y tan linda y le dio un tierno beso en la boca para luego tenderse junto a ella en la cama matrimonial, mientras le acariciaba cariñosamente la barriga.

Y esta actitud de Luis continuó por uno días más hasta que una de las pocas veces que fue a la empresa lo asombró la noticia que le dio el ordenanza sobre que hacía más de una semana que Esteban -el patrón- no aparecía por “Cóndor S.A.” y, además, le contó -casi al oído- que observaba cosas raras en la empresa. Sorprendido Luis le preguntó a Alfredo cuáles eran aquellas maniobras

y éste le dijo que de un saque había renunciado el nuevo contador y que escuchó que se habían suspendido un par de órdenes de pago a proveedores y que los mismos estaban bastante “calentitos” dado esto no era la primera vez que sucedía y que últimamente se repetían esas faltas de pago.

Y la sorpresa de Luis llegó a un punto máximo cuando le informaron que estaba entrando una comisión policial -acompañada por algunos miembros de la gendarmería- al establecimiento, de inmediato se irguió de su sillón y salió disparado hacia el pasillo en búsqueda de la escalera para bajar a encontrar a la comisión policial pero, antes que llegara a hacerlo, ya había subido un comisario y otros policías los que le preguntaron su nombre e inmediatamente le mostraron la orden de allanamiento y, sin más trámite le comunicaron que se lo llevarían detenido. Al requerir, sumisamente las razones de tal medida, le informaron escuetamente que era la única persona responsable de “Cóndor S.A.” y que la firma había sido denunciada por vaciamiento y, al preguntar ingenuamente, que era eso el comisario a cargo de la comisión policial lo miró como si fuera un pelotudo y le explicó que Esteban se había fugado del país con todo el efectivo que tenía en las cuentas bancarias y que -a la vez- cobraba los productos vendidos pero no pagaba a los proveedores y que, además, hacía dos meses que tampoco recibían sus salarios los operarios. Asimismo hacía unos

meses que Esteban estaba “liquidando” los bienes de la empresa, tales como el espacio de dos mil quinientos metros cuadrados que ocupa la fábrica, dos camiones, tres automóviles e incluso algunas máquinas que se usan en la fábrica.

Todo este relato dejó estupefacto a Luis, no sólo por que se lo llevaban en “cana” sino fundamentalmente porque se sentía un pelotudo galopante que no había tenido la capacidad de observar lo que sucedía a su alrededor. Esteban -tan buen tipo que parecía- no era otra cosa más que un pícaro estafador que lo había engatusado ofreciéndole su confianza y que, a la hora de la verdad, lo “dejó colgado del pincel”. Y que la policía se lo llevara detenido le produjo un escozor de pánico que lo puso blanco como el papel, Luis ¡¡¡era un cagón!!! Temía que una vez adentro de la comisaría lo hicieran confesar por el crimen de la gorda García y eso no le producía miedo por la condena penal que recibiría, sino que le aterrizzaba no haber cometido el crimen perfecto; eso hubiera sido terrible para una vida dedicada a planificar algo que nunca se pudiera descubrir. Él no se creía ¡¡¡tan pelotudo!!!

Al interior de la comisaría lo pusieron a disposición de las autoridades judiciales luego de haberle “tomado los deditos” y repetirle una y otra vez las mismas preguntas sobre sexo -acaso no lo veían, domicilio, estado civil, edad y algunas pavadas más que hacían a su identificación. Mientras estos trámites se

desarrollaban lentamente, no pudo menos que recordar sus épocas de colima, en que el tiempo asemejaba estar detenido en el espacio. Y nuevamente el espacio era el de una lúgubre cárcel, aunque en realidad se trataba de una húmeda celda compartida con dos ladrones de automóviles.

En tanto se desarrollaban estos trámites, más los que se referían a los de la instrucción judicial, tuvo la noticia que Lucía había parido -sin dificultades- un hermoso varón que pesó casi cuatro kilos. La novedad ni siquiera lo alegró, más bien lo llenó de tristeza saber que había nacido su hijo con el padre detenido y hasta llegó a elucubrar si la criatura no tendría algo del “Bebé de Rosmary”.

CAPITULO 10

Y DESPUÉS ¿QUÉ PASÓ CON LUIS?

Pocos días después que Luis fuera ingresado detenido a la comisaría de Don Torcuato por orden de un Fiscal en lo Penal Económico de la Provincia de Buenos Aires y luego de prestar declaración -sin negarse a hacerlo, como se lo permite la Constitución Nacional- ante el Juez en la causa por defraudación y estafa de la empresa “Cóndor S. A.”, en la cual estaba implicado por complicidad, Luis fue dejado en libertad condicional. Entretanto un abogado amigo de Lucía y suyo preparaba un escrito para que se lo exculpara por falta de mérito.

Entonces salió a la calle y en la vereda de enfrente lo esperaban ansiosos sus padres en un auto nuevo que él les había comprado para llevarlo a su casa junto a Lucía y su Luisito. Más, ante la sorpresa de ambos y del vigilante que estaba en la puerta de la dependencia policial, apareció sorpresivamente un “Angel”. Sí, así, sin acento como también sin alas plumíferas, el que con un rápido y certero movimiento le clavó un largo y punzante estilete por debajo de la tetilla izquierda, la que se dejaba adivinar por debajo del bolsillo de la camisa que usaba en esos momentos de calor veraniego. Inmediatamente Luis trató de tapar la sangre que empezaba a teñir de rojo sus ropas pero no pudo dejar de

levantar la vista y, mirando sorprendido a su agresor, no pudo menos que exclamar entre tartajeos:

“Tú también Angel, padre mío”.

Y tras esas únicas palabras cayó muerto sobre la acera, en la cual derramaba las últimas gotas de su vida.

¿Qué había ocurrido? Muy sencillo. Luis fue una creación maléfica -de sesenta días y sesenta noches aporreando el procesador de textos con mi único dedo útil- de un aprendiz de escritor de novelas que no podía dejar que aquél monstruo del mal continuara vivo. De haberlo dejado vivir hubiese sido un peligro para la seguridad de todos aquellos que queremos vivir en paz, sin violencia y con respeto por los derechos de todos. Y no estoy de acuerdo con matar ni al más cruel asesino o violador, pero en este caso no se trató de una persona de carne y hueso, simplemente se trató de un personaje de ficción... y en la ficción todo vale.

Por esa sencilla razón tuve que matarlo, no podía dejar que siguiese viviendo un tipo con tan “bajos instintos”, como dirían las crónicas periodísticas. Fue una construcción fantástica y como tal debía desaparecer. Y así lo hice. No es preciso que los lectores me lo agradezcan, sólo cumplí con mi deber social como buen ciudadano que pretendo ser.

¿El crimen perfecto?

Y después, ¿qué pasó con Luis?

FIN